



Un
soltero
irresistible

GINA WILKINS

eLit

Un soltero irresistible

Gina Wilkins

Índice

[Un soltero irresistible](#)

[Sinopsis](#)

[Prologo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Perry Goodman, un soltero muy sexy, era capaz de enfrentarse a cualquier situación... hasta que Kristin Cole, escritora de novelas románticas, lo compró en una subasta benéfica para "inspirarse".

Ella pasaba por un bache de creatividad en su profesión. Él se encontraba ante una mujer a la que deseaba desesperadamente.

Mientras la química que había surgido entre ellos amenazaba con volverse explosiva, Kristin fue recuperando la inspiración. Lo único que le quedaba por hacer era convencer a Perry de que se convirtiera en el protagonista de su vida.

Prólogo

Perry Goodman se hallaba entre bastidores, en el escenario del lujoso Waldorf Astoria, deseando encontrarse en otro sitio. En cualquier otro sitio. Tiró del cuello de su esmoquin para aliviar la sensación de ahogo. En su trabajo como estratega político solía vestir esmoquin a menudo, y no le molestaba tener que hacerlo. Pero esa noche en concreto habría preferido llevar su vieja camiseta de los Denver Broncos y unos vaqueros.

Normalmente disfrutaba trabajando en salas abarrotadas de gente, siendo el centro de atención mientras hablaba de los candidatos políticos a los que representaba y de sus programas. Por eso había elegido una profesión que debía ejercerse tras la escena política; porque le gustaba relacionarse con la gente y porque se preocupaba de verdad por los asuntos prioritarios de su partido político. Pero esa tarde en particular habría preferido estar sentado en su sofá frente al televisor. Solo.

Miró por el borde del telón al pobre infeliz que se hallaba al final de una pasarela parecida a las que se utilizaban en los desfiles de moda y en los concursos de belleza.

El fastuoso salón estaba abarrotado de gente, la mayoría mujeres, y todas las miradas estaban posadas en el hombre que se ofrecía en aquellos momentos en la subasta caritativa de solteros promocionada por Heart Books. La última oferta por él había sido de cinco mil dólares.

La entrada valía dos mil quinientos dólares por persona, lo que sumado al dinero que se obtuviera en la subasta supondría una bonita suma para los grupos de alfabetización en beneficio de los

cuales se celebraba esta. Recordar ese importante detalle dio ánimos a Perry para alzar la barbilla y decirse que podía superar aquello, y que podía hacerlo con estilo. Él nunca habría decidido por su cuenta desfilarse por aquella pasarela ofreciéndose a la mejor postora para pasar con ella un fin de semana, pero, a fin de cuentas, era por una buena causa.

Además, los malditos Broncos habían perdido un partido en el que Perry había hecho una apuesta con un viejo amigo que, casualmente, trabajaba en el departamento de publicidad de Heart Books. Y Perry jamás se había echado atrás en una apuesta.

Se dijo que incluso podía pasarlo bien durante el fin de semana con su compradora, cosa que supondría un agradable cambio respecto a las insulsas tardes que había pasado desde que se rompió su compromiso, un año atrás. Aunque, probablemente, la mujer que se lo llevara sería una ávida aficionada a las novelas románticas, esperaba que no fuera demasiado fantasiosa.

Él nunca había leído una novela romántica, y no sentía el más mínimo interés por hacerlo, pues las consideraba cosa de mujeres. Pero también sabía cuándo guardarse sus opiniones para sí mismo.

En beneficio de la subasta, y por su propia reputación, simularía estar interesado en aquella literatura y en sus aficionadas... al menos, en una aficionada en particular. En la que lo «comprara» para el fin de semana.

Capítulo uno

Tal vez fue el champán lo que hizo que Kristin Cole ofreciera varios miles de dólares por pasar un fin de semana con un atractivo desconocido. Normalmente no se permitía más que unos sorbos, pero sus animadas compañeras de mesa no dejaban de llenarle la copa y de brindar por los solteros que desfilaban por la pasarela. Pronto y con la encantada aprobación de su madre y de Sophie, que estaba sentada a su lado, Kristin se encontró riendo y disfrutando de la fiesta.

Había llegado a la subasta sin la más mínima intención de implicarse en ella. Estaba allí porque, como autora de una docena de novelas románticas, quería implicarse en el plan de su editora para obtener fondos para la alfabetización, una causa que ella apoyaba de todo corazón. Y también porque le había parecido divertida la idea de pasar una tarde con su editora y algunas de sus amigas escritoras, así como con su madre, que se había enterado del acontecimiento y había decidido de inmediato asistir.

Kristin también era consciente de que aquella función suponía una excusa muy conveniente para evitar enfrentarse al ordenador durante unos días. Hizo una mueca al pensar en la pantalla vacía de su ordenador esperándola en casa. Hacía algún tiempo que pensaba que ese vacío era un reflejo muy simbólico de su carencia de ideas. Y, según se acercaba la fecha límite para cumplir con su último contrato, la desesperación aumentaba.

—¿Qué sucede, Kristin? —preguntó Sophie Cole, mal interpretando el ceño fruncido de su hija—. ¿No te gusta ese guapísimo agente de bolsa?

Esforzándose por apartar de su mente el problema que la agobiaba hacía unos meses, Kristin miró al escenario, sonrió y negó con la cabeza.

—Es muy atractivo, pero prefiero a los hombres morenos.

Sophie hizo una mueca.

—Querida, la última cosa en la que una se fijaría respecto a ese monumento de hombre sería en el color de su pelo. Mira esos hombros. Y ese bonito y prieto...

—Mamá —Kristin giró los ojos con expresión exasperada mientras las otras cuatro mujeres que se hallaban en la mesa rompían a reír—. Trata de no avergonzarme por completo, ¿de acuerdo?

Sophie se limitó a sonreír y a dar un sorbo al champán, sin apartar la mirada del último soltero. Sophie Cole tenía cincuenta y cuatro años, pero podría haber pasado por una mujer diez años más joven. Llevaba su brillante pelo rojo artísticamente revuelto, y mantenía una estupenda figura basada en el ejercicio y la actividad constante. Debido a su fidelidad casi religiosa a las cremas hidratantes y a los protectores solares, apenas había arrugas en torno a sus ojos y boca, y las que había procedían de sus rápidas y contagiosas sonrisas. Viuda desde hacía veinte años, era una mujer divertida, impulsiva e impredecible. Y Kristin la adoraba a pesar de sus diferencias.

Para desesperación de Kristin y diversión de sus compañeras de mesa, Sophie se había ofrecido a «comprar un hombre» para el trigésimo cumpleaños de su hija. Kristin se había limitado a lanzarle una mirada iracunda y a decirle que lo olvidara. Tras su último desastre romántico, no sentía ningún interés especial por salir con nadie, y menos aún con un desconocido.

El agente de bolsa rubio fue adquirido por una escritora con la que Kristin se había visto en algunas ocasiones. Todo el mundo la ovacionó mientras alzaba un puño triunfante en el aire.

—¿No es divertido? —preguntó Joyce Milholen, la editora de Kristin, que se hallaba sentada a la izquierda de esta. Felizmente casada, Joyce no estaba pujando en la subasta, pero parecía estar pasándolo en grande—. No puedo creer la cantidad de dinero que se está gastando esta noche. La recaudación va a ser un éxito.

Kristin sonrió y asintió.

—Eso parece, desde luego.

—Tu madre parece estar pasándolo muy bien.

Kristin miró a su derecha y vio que su madre hablaba animadamente con otra escritora y una mujer que trabajaba en el departamento de ventas.

—Mi madre siempre lo pasa bien.

—¿Y tú? ¿Estás disfrutando de la tarde? —Joyce observó atentamente a Kristin mientras hablaba, y esta se preguntó si estaría al tanto de la situación de estrés por la que estaba pasando.

Kristin respondió con un desenfado que esperó resultara convincente.

—Oh, lo estoy pasando muy bien.

Alguien reclamó en ese momento la atención de Joyce, y Kristin casi suspiró de alivio. No había hablado con nadie de su reciente dificultad para escribir, ni siquiera con su madre. Temía que si expresaba en voz alta su problema solo conseguiría que se volviera más real. Además, la mera idea de pronunciar las palabras «bloqueo mental» le producía terror.

—¿Por qué no echas un vistazo a este? —Sophie suspiró cuando el siguiente soltero comenzó a avanzar por la pasarela.

Kristin miró una de las pantallas en que aparecía en primer plano. De cerca de cincuenta años, tenía la piel morena, los ojos de color azul claro y el pelo negro y algo plateado en torno a un rostro de facciones atractivamente duras. El maestro de ceremonias, cuyos animados comentarios habían hecho reír a menudo a la audiencia, lo presentó como Jack Burnett, piloto de aerolínea. La cita con él incluía

un salto en paracaídas y un baile de salón.

—Ese sí que es un auténtico héroe romántico... una gran cita — dijo Joyce, y suspiró—. Si estuviera en tu lugar, Kristin, pujaría por él.

Kristin estaba a punto de recordar a su editora que no tenía intención de pujar por nadie cuando su madre la interrumpió.

—Lo siento, cariño, pero este es mío —dijo, y a continuación alzó la mano para hacer una puja inicial de mil dólares.

Kristin se quedó boquiabierta.

—¡Mamá! ¿Se puede saber qué haces?

Otra mujer elevó la oferta a mil quinientos dólares. Sophie subió de inmediato a dos mil y luego contestó a la pregunta de su hija.

—¿A ti qué te parece? Voy a comprar una cita con ese hombre de aspecto delicioso.

—¿Una cita que incluye saltar de un avión? ¿Has perdido la cabeza?

—Es algo que siempre he querido intentar —Sophie volvió a subir la nueva oferta de la otra mujer.

Finalmente, para regocijo de las compañeras de Kristin y bochorno de esta, su madre acabó llevándose al piloto por cinco mil dólares.

—No puedo creer que lo hayas hecho —murmuró Kristin.

—Oh, vamos, Kristin, ánimo —Sophie rellenó la copa de champán de su hija y la suya—. Brindemos por mi éxito, ¿de acuerdo?

Dos solteros y varios brindis después, Kristin renunció a tratar de mantener el sentido común. Las ofertas por el resto de los solteros fueron rápidas y frenéticas, y pronto se encontró animando a las participantes con tanto entusiasmo como el resto de los asistentes. Ya que la fiesta se debía a una buena causa y además le había ayudado a salir de su rutina, ¿por qué no disfrutar de ella al máximo? Y tal vez, se dijo con un ligero toque de desesperación, volvería a casa con una idea brillante para su libro.

—Y ahora, señoras, permitan que les presente a Perry Goodman

—anunció el maestro de ceremonias tras una introducción a la que Kristin apenas había prestado atención. Creía haber oído algo referente al mundo de la política y a una cita que incluía la asistencia a una de las galas para recaudar fondos más exclusiva de la temporada.

El ruidoso aplauso que dio la bienvenida al nuevo soltero sorprendió a Kristin. Tal vez no fuera un político. Debía tratarse de un actor o de algún atleta conocido que simplemente planeaba asistir a la gala con su cita. En muy pocas ocasiones había escuchado unos aplausos tan animados dedicados a un político. Lamentó no haber escuchado más atentamente la presentación. Se inclinó hacia Joyce y preguntó:

—¿Quién es ese tipo?

Joyce pareció sorprendida por su pregunta.

—¿No has oído hablar de Perry Goodman?

Kristin frunció el ceño mientras trataba de concentrarse. El nombre le resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo.

—Creo que no.

—¿No estás al tanto de lo que sucede en política?

Kristin negó con la cabeza.

—La política me aburre —admitió—. Todo en ella resulta tan falso y pretencioso...

—Seguro que has oído hablar de Perry Goodman —dijo Sophie—. Sale en televisión todo el rato. El pasado domingo participó en el programa *Meet the Press*.

—Supongo que estaría viendo alguna película clásica en el canal de cine —replicó Kristin con un encogimiento de hombros—. Ya sabes que no me interesa la política, mamá. ¿Se presenta Perry Goodman a algo?

—Él no se presenta a nada. Es un estratega político. Es el cerebro que hay tras las campañas de los políticos que lo contratan.

—Oh —Kristin se movió en la silla para poder ver mejor al

hombre que era en aquellos momentos el centro de atención de todas las miradas. Sintió que los ojos se le abrían de par en par.

—¡Oh, cielo santo!

Sophie rio junto con sus compañeras de mesa ante la estupefacta expresión de Kristin.

—Vaya, esto resulta alentador. Después de todo, mi hija no es totalmente inmune a los encantos de un joven guapo.

«Estupefacción» era la palabra exacta para describir la reacción de Kristin mientras miraba el primer plano de Perry Goodman en la pantalla más cercana. Pero la palabra «guapo» era deplorablemente inadecuada para describir al hombre. Era... maravilloso, decidió, y sintió que se ruborizaba. Su pelo, moreno y ondulado, solo podía haber sido peinado por un experto. Los ojos, rodeados de pestañas oscuras y tupidas, eran de color avellana brillante. Sus rasgos eran clásicos, definidos. Su sonrisa, muy sexy, revelaba una blanca hilera de dientes... y un par de hoyuelos increíblemente atractivos.

Kristin pensó de repente que se parecía mucho al héroe del libro que llevaba tratando de escribir varios meses. No podría haberlo descrito mejor si hubiera estado mirando su fotografía cuando creó al héroe, Nick O'Donnell.

—Si no estuviera casada, yo misma pujaría por él —murmuró Joyce.

—¿Seguro que no quieres que te lo compre para tu cumpleaños, cariño? —preguntó Sophie, con expresión de necesitar tan solo un pequeño empujón para abrir la subasta.

—Olvidalo, mamá —replicó Kristin, aunque su tono careció de la firmeza anterior.

Le resultaba imposible apartar la mirada de él. Aquel pelo. Aquellos hoyuelos. Aquella actitud confiada y ligeramente chula. ¿Habría visto alguna vez a aquel hombre en la televisión y lo habría convertido inconscientemente en un héroe romántico?

La puja comenzó por mil dólares. En menos de un minuto había

subido a cinco mil.

—Alguna mujer afortunada va a pasar un fin de semana espectacular —murmuró Sophie—. Tal vez debería comprarlo para mí misma. Así tendría dos magníficas citas seguidas.

Como si a su madre le faltaran citas, pensó Kristin irónicamente. El calendario social de su madre hacía que el suyo resultara claramente aburrido. Probablemente debido a que lo era, pensó. Desde su dolorosa ruptura con Jim Hooper, no se había arriesgado a salir con ningún otro hombre. Había asegurado a su madre repetidamente que no iba a permitir que un error arruinara su vida para siempre, pero no había sido fácil recuperarse de una relación que le había hecho dudar de su habilidad para reconocer a un buen hombre cuando lo veía.

Alguien ofreció cinco mil quinientos dólares por la cita con Perry Goodman. De inmediato, otra mujer subió a seis mil. La multitud pidió más. En la pasarela, y en las pantallas gigantes de televisión, la sonrisa de Perry adquirió un matiz de diversión que, en opinión de Kristin, hizo que pareciera aún más atractivo.

Mientras observaba la pantalla tuvo la inquietante sensación de que la miraba directamente a ella, animándola a pujar por él, tentándola...

Pensó en toda la angustia que había pasado mientras trataba de insuflar algo de vida a aquella historia. La frustración se había ido transformando en pánico ante la perspectiva de tener que desarrollar otra idea para cumplir con su contrato antes de la fecha límite. Había habido momentos en los que había temido no volver a ser capaz de escribir. El hecho de saber que numerosos escritores se enfrentaban a menudo con aquellos mismos temores no le había servido de consuelo.

Se preguntó si pasar un fin de semana con un hombre que podría haber salido directamente de las páginas de su novela le serviría de inspiración para terminarla.

Sintió que alzaba la mano, aunque no recordaba haber tomado la decisión de pujar en la subasta.

—¡Muy bien, Kristin! —exclamó alguien en la mesa. Sophie aplaudió frenéticamente. Kristin mantuvo la mirada fija en la pantalla y alzó la mano de nuevo cuando alguien ofreció quinientos dólares más.

Hacer aquello no era una completa locura, se dijo, tratando de racionalizar su comportamiento. Si existía la más mínima oportunidad de salvar su carrera obteniendo inspiración de un héroe de la vida real, sería una estupidez no aprovecharla. No solo estaría haciendo una donación por una causa que merecía la pena, sino que además se estaría ayudando a sí misma en el proceso. De manera que lo que estaba haciendo tenía mucho sentido.

—¡Vendido por diez mil dólares! —anunció el maestro de ceremonias unos minutos después.

Kristin sintió que se hundía en el asiento como si los huesos se le hubieran vuelto de gelatina. Se preguntó qué la habría poseído mientras veía que su madre lanzaba un beso alborozado al hombre de la pasarela.

¡Acababa de pagar diez mil dólares por pasar un fin de semana con un desconocido!

Debía estar más desesperada respecto a su libro de lo que creía. Después de todo, ¿cuántos escritores se veían obligados a comprar un «héroe»?

Kristin organizó las cosas para quedarse en Nueva York entre el día de la subasta y el jueves por la tarde, día en que comenzaba la cita que había «comprado». Se reunió en varias ocasiones con su agente y su editora y les aseguró que su libro seguía adelante sin problemas y que podría entregárselo a tiempo de cumplir con la fecha del contrato. Sophie se quedó en Nueva York hasta dos días después de la subasta, y ella y Kristin hicieron algunas compras. Sophie animó a su hija a comprar algún traje más atrevido para su

vestuario, pero Kristin insistió en mantener el estilo clásico y conservador que prefería hacía tiempo.

Durante aquellos días llegó a la conclusión de que el día de la subasta debió perder momentáneamente la cabeza para empezar a pujar por aquel atractivo político. El champán, las risas y las bromas, las brillantes luces, el hecho de que se pareciera tanto al héroe al que trataba de dar vida en las páginas de su novela... todo ello debía haber contribuido a que se volviera momentáneamente loca.

¿Qué había pensado que iba a hacer? ¿Seguir al tipo con un cuadernito para anotar cualquier cosa interesante que dijera? ¿Convertirse durante aquellos dos días en la pediatra alta, sofisticada y ocurrente que había imaginado como heroína de la novela? Ja.

No sabía nada de política, y no era un tema que le interesara. No le atraían los acontecimientos pretenciosos y superficiales como la gala de cinco mil dólares a la que iba a asistir. Ni siquiera beneficiaría al partido político al que solía votar.

¿Cómo iba a ayudarle aquello a terminar su libro? Lo único que había conseguido de momento había sido retrasar su trabajo una semana más. Sus intentos de escribir en la habitación del hotel con el ordenador portátil habían resultado inútiles. En cada ocasión había terminado por apagarlo y escapar de la habitación en busca de distracción... de cualquier distracción.

Y, tal vez, de eso trataba el asunto de la cita, decidió mientras se vestía para la gala. Se volvió hacia el espejo para echar un último vistazo a su aspecto. Tal vez era un intento más de distraerse, de evitar enfrentarse a sus problemas con la creatividad. Había oído hablar a otros escritores sobre furiosas limpiezas de todos sus armarios u ocurrencias absurdas como ordenar alfabéticamente el contenido de sus neveras... todo antes que enfrentarse a sus peores temores. ¿Estaría haciendo ella lo mismo con la excusa de investigar a su héroe?

Contempló sombríamente su imagen en el espejo. El vestido

negro sin mangas en forma de tubo y los tacones altos le hacían parecer más alta, y su corte minimizaba los dos o tres kilos que había engordado debido a la glotonería que despertaba en ella el estrés. Había hecho lo posible por encajar con las personas elegantes y sofisticadas con las que iba a reunirse esa tarde, aunque era consciente de que su imagen era sobre todo una ilusión.

Pero ella se ganaba la vida creando ilusiones, se recordó. Podía enfrentarse sin problemas a una tarde de fantasía.

Por deseo expreso de Kristin, Perry y ella habían quedado por teléfono en encontrarse en el hotel en que iba a celebrarse la gala. Él había prometido enviarle una limusina, y una mirada a su reloj hizo ver a Kristin que ya era hora de bajar al vestíbulo.

En el último minuto metió en su bolso un pequeño cuaderno. Solo por si acaso...

Perry no había tenido oportunidad de conocer a la mujer que «le compró» en la subasta de solteros. Después de él quedaban aún unos cuantos por subastar, y tuvo que irse antes de que acabara el acontecimiento para tomar un avión de vuelta a casa.

Debido a los focos que iluminaban la pasarela y a la cantidad de gente que abarrotaba el salón, apenas pudo ver nada. La oferta final llegó de una mesa que se hallaba más o menos en medio del salón. La única mujer a la que Perry vio con claridad en aquella mesa sobresalía entre las demás debido a su pelo rojo y al vestido color púrpura que llevaba. Además, le lanzó un beso cuando se volvió para salir del escenario.

Cuando le dijeron que la mujer en cuestión era Kristin Cole, una conocida escritora de novelas románticas, supuso que se trataba de la mujer de pelo rojo y se felicitó por sus poderes de deducción. Por su aspecto y extrovertida actitud, aquella mujer encajaba con su idea preconcebida del aspecto que debía tener una exitosa escritora de novelas románticas. Evidentemente, tenía bastantes más años que él, pero también tenía una sonrisa contagiosa que le hacía sospechar

que podía ser una compañera divertida. Estaba deseando conocerla.

Les esperaba una tarde brillante y festiva. Normalmente, Perry disfrutaba con aquellos acontecimientos, aunque asistir a ellos formara parte de su trabajo. Trabajaba incluso mientras se relacionaba con los demás invitados, pero él siempre estaba trabajando. Algunas personas, especialmente su ex prometida, lo habían acusado de ser un adicto al trabajo. Y de otras cuantas cosas, admitió a su pesar.

Estaba con un par de colegas mientras esperaba a que apareciera su cita. A pesar de que iban adecuadamente vestidos para la gala, estaban trabajando, y se tomaban su trabajo muy en serio. Incluso la decisión de Perry de llevar a su cita a aquel acontecimiento había sido detenidamente calculada; ser visto como un hombre interesado por la causa de la alfabetización haría que su reputación creciera, y también le daría la oportunidad de comentar que su partido político siempre había estado firmemente comprometido con los avances en la educación.

—Asegúrate de que el senador Henley saluda a todo el mundo y que es fotografiado con los individuos que te he mencionado antes — dijo Perry a uno de sus colegas.

Elspeth Moore asintió enérgicamente.

—No te preocupes. No le perderé la pista.

—Bien. Marcus... —Perry se volvió hacia el hombre que estaba junto a Elspeth.

—¿Sí, Perry?

—No pierdas de vista a la señora Henley, por favor. Trata de interponerte lo más posible entre ella y la esposa del senador O'Malley. Y, si puedes, también entre la señora Henley y el champán.

Marcus sonrió.

—Lo intentaré.

—Elspeth, además de ocuparte del senador Henley, ¿podrás hacerte cargo del congresista Nalley?

—Por supuesto, Perry. Por cierto, ¿no tenías una cita esta tarde?

Las burlonas sonrisas de sus compañeros hicieron que Perry sonriera a su vez.

—Como ya sabéis, esta tarde va a reunirse alguien conmigo como parte de mi contribución a la gala pro-alfabetización que organizó la semana pasada la editorial Heart Books. Se trata de una conocida escritora de novelas románticas, y estoy seguro de que será una compañía muy interesante. Espero que hagáis un esfuerzo por darle la bienvenida.

—He oído que pagó diez mil dólares para pasar la tarde contigo —bromeó Marcus—. Me pregunto cuánto tardará en descubrir que la han estafado.

—Si lo único que pretendía era asistir a esta gala, con pagar los cinco mil dólares que cuesta la entrada se habría ahorrado los otros cinco mil —dijo Elspeth—. Y así no habría tenido que pasar toda la tarde con Perry.

—Sí, pero ya hace varios meses que se agotaron las entradas —le recordó Marcus—. Tal vez, venir con Perry ha sido la única manera que ha encontrado para poder entrar.

—¿Tanto os cuesta creer que simplemente quisiera pasar la tarde en mi compañía?

Marcus y Elspeth sonrieron y dijeron al unísono.

—Sí.

—Muchas gracias. Con amigos como vosotros...

—¿Crees que querrá que poses para la portada de uno de sus libros, Perry? Tal vez podrías quitarte la camisa y simular que tienes algún bíceps que flexionar.

—De acuerdo, Marcus, ya vale.

—Eso le gustaría —insistió Elspeth—. Sería una oportunidad para conseguir que su bonito rostro apareciera en otro medio, ¿no crees, Marcus?

—¿Habéis terminado ya?

—Siempre se ha considerado un tipo heroico —murmuró Marcus, apenas intimidado por la exasperación de Perry—, retando a sus oponentes a proponer a sus candidatos, llevando adelante el estandarte de sus creencias e ideales.

Perry miró atentamente su reloj.

—La gala está a punto de empezar. ¿No tenéis nada que hacer?

—Oh, vamos, Perry. Queremos conocer a la mujer que pensó que valías diez mil dólares.

Perry frunció el ceño.

—Marcus, ¿te importaría...?

—¿Señor Goodman?

Al oír su nombre, Perry dedicó a sus compañeros una mirada de advertencia antes de volverse para conocer a su cita.

Al parecer, sus poderes de deducción no eran tan buenos. Si aquella era Kristin Cole, no podía ser más distinta que la mujer de pelo rojo con la que había asumido que iba a pasar el fin de semana.

La mujer que estaba ante él no debía tener más de treinta años y llevaba su pelo castaño sujeto en un prolijo y conservador moño alto. Su vestido negro revelaba unas bonitas curvas, y las escasas joyas que llevaba eran discretas y elegantes. Sus rasgos eran agradables, más bonitos que hermosos, pero sus ojos marrones tenían una expresión tan cautelosa mientras observaba a Perry que hizo que este pensara que se estaba preparando para describirlo más tarde a un dibujante de la policía.

Sin embargo, tenía el aspecto exacto del tipo de mujer que llevaría a casa de su madre para que la conociera. Estaba seguro de que se ganaría de inmediato la aprobación de esta.

Tal vez no fuera Kristin Cole. Tal vez se tratara de alguien que lo había reconocido y quería hablar de política.

—Soy Perry Goodman —confirmó.

La mujer alargó la mano hacia él.

—Y yo soy Kristin Cole. Tu... cita de esta tarde.

Perry se aseguró de que su sorpresa no quedara reflejada en la sonrisa que le dedicó mientras estrechaba su mano.

—Estaba deseando conocerte. He oído hablar muy bien de tus libros. Uno de mis colegas no ha dejado de alabarte durante toda la semana. Me habría gustado tener la oportunidad de leer alguno de ellos, cosa que pienso hacer en cuanto tenga algo de tiempo —Perry se volvió hacia sus visiblemente curiosos colegas—. Kristin, estos son mis asociados, Elspeth Moore y Marcus Williams.

—Me alegro de conocerla, señorita Cole —dijo Marcus, mientras Elspeth murmuraba un educado saludo—. Tenemos entendido que el fin de semana pasado hizo una generosa donación para un programa de alfabetización.

Kristin sonrió.

—Mi editora siempre ha apoyado incondicionalmente los programas de alfabetización, y yo trato de colaborar cuando puedo.

—Perry nos ha dicho que ya ha escrito doce libros —dijo Elspeth—. ¿De dónde saca sus ideas, señorita Cole?

—Llámame Kristin, por favor. Las ideas son la parte divertida de mi trabajo, las encuentro en numerosos lugares.

Perry volvió a mirar su reloj, decidido a rescatar a su cita antes de que Elspeth y Marcus empezaran a tomarle el pelo, como habían hecho con él.

—Será mejor que vayamos entrando —dijo. No quería que la señora Henley empezara a beber champán demasiado pronto, o a meterse con la esposa del senador O'Malley. Las dos mujeres eran rivales de toda la vida ya que sus respectivos maridos tenían intención de presentarse a la presidencia, y a pesar de su conocido tacto político, estos no habían podido evitar que saltaran chispas la última vez que se encontraron en un acontecimiento político parecido a aquel.

Perry era irónicamente consciente de que el público toleraría palabras acaloradas entre ambos candidatos, pero, fueran cuales

fuesen las circunstancias, esperaría que sus esposas sonrieran y fueran corteses todo el rato. Y su trabajo consistía en darle al público lo que quería.

Una vez que sus ayudantes se fueron, Perry se volvió de nuevo hacia Kristin y la encontró observándolo pensativamente, de un modo que le hizo sentirse ligeramente cohibido. De inmediato, echó mano del encanto innato que tan buenos resultados le había dado siempre y le dedicó su mejor sonrisa a la vez que le ofrecía su brazo.

—¿Nos sumamos a la fiesta?

La sonrisa que le devolvió Kristin fue lo suficientemente dulce como para hacerle tragar saliva.

—De acuerdo —murmuró, y deslizó una mano bajo el brazo de Perry.

Después de todo, aquella tarde podía resultar realmente interesante, pensó él mientras aspiraba el delicado aroma floral de su compañera y se hacía consciente del femenino balanceo de sus caderas. Kristin Cole no era en absoluto lo que esperaba, pero, sin duda, era una mujer muy intrigante.

Capítulo dos

Kristin estaba deslumbrada. Habría sido difícil no estarlo durante las horas que siguieron a su encuentro con Perry Goodman en el vestíbulo del exclusivo hotel Manhattan, donde se celebraba la gala. La mayoría de los invitados habían entrado por otra puerta, y ya estaban saludándose y charlando cuando Kristin pasó al salón con Perry.

En el escenario, el primero de una serie de conocidos cantantes interpretaba una canción que lo había hecho famoso, acompañado por una magnífica orquesta. Entre los rostros de los allí reunidos había varios que Kristin había visto en el cine y la televisión, otros sobre los que había leído en las revistas de sociedad y otros que eran vistos a menudo por la Casa Blanca y el senado.

—Hola, Perry, ¿cómo te va? —preguntó un hombre sorprendentemente joven al pasar junto a ellos sin detenerse.

—Muy bien, gracias —replicó Perry cordialmente, aunque el hombre ni siquiera se había detenido para escuchar la respuesta.

Kristin volvió la cabeza, aunque procuró no hacerlo de manera demasiado obvia. —¿Era...?

—Sí. ¿Has visto su última película de acción?

—No. Parecía un poco violenta para mi gusto.

Perry sonrió.

—Entonces supongo que te gustan las películas en las que los protagonistas acaban viviendo felices y comiendo perdices, ¿no?

—Las prefiero, desde luego —contestó Kristin y alzó la mirada con cierta timidez hacia el hombre que estaba a su lado que, en su humilde opinión, era aún más guapo y fascinante que el actor—. ¿Y a

ti? ¿Qué clase de películas te gustan?

—La verdad es que no voy mucho al cine. Suelo estar demasiado ocupado con la realidad.

—Y supongo que solo lees revistas de política y encuestas de opinión.

—Y el ocasional libro super ventas sobre los cotilleos que circulan por Washington —asintió Perry—. Solo por si me citan incorrectamente.

Kristin lo observó con gesto serio, preguntándose si lo único que le preocupaba era que lo citaran correctamente. Apenas conocía a personas relacionadas con la política y, por lo que había oído y leído, la opinión que tenía sobre estas no era demasiado positiva. De momento, Perry Goodman, con todas sus sonrisas y hoyuelos, no había contribuido demasiado a hacerle cambiar de opinión.

Oh, no había duda de que era encantador. Educadísimo. Decía y hacía todo lo que debía hacer y decir. Era casi como si hubiera practicado para ser perfecto. Y tal vez fuese así; a fin de cuentas, ¿no formaba aquello parte de su trabajo?

Kristin se había prendado en más de una ocasión de hombres guapos, y había llegado a la conclusión de que hacía falta algo más para impresionarla. También había aprendido por el camino difícil que las apariencias podían engañar. Algunos hombres tenían la habilidad de hacer y decir lo correcto con tal naturalidad que pocas personas dudaban de ellos. Pero no eran sinceros. Jim Hooper la impresionó con su atractivo rostro y sus atentos modales, pero acabó descubriendo que no había nada tras aquella fachada. Desde entonces había decidido ser mucho más cauta con los hombres de aquel estilo.

Lo que no significaba que no pudiera disfrutar de una tarde de fantasía con el que la acompañaba en aquellos momentos.

Y fue una tarde de fantasía. Durante las siguientes horas, Kristin se mezcló con los ricos y famosos como si fuera algo que hiciera

habitualmente. Perry la presentó a actrices y actores, a cantantes y a gigantes de los negocios. Pasó varios minutos fascinantes hablando con una senadora a la que siempre había admirado. También tuvo la oportunidad de charlar con un famoso escritor de novelas de misterio a quien no había tenido la oportunidad de conocer anteriormente.

Perry no ocultó las circunstancias que habían llegado a reunirlos aquella tarde; de hecho, parecía disfrutar contándole a todo el mundo que Kristin lo había «comprado» como una generosa contribución para una campaña de alfabetización. Cínicamente, Kristin sospechó que Perry consideraba políticamente beneficiosa su participación en la subasta. Incluso se las arregló para que varios fotógrafos de los periódicos más importantes del país los fotografiaran, asegurándose de que el senador Henley, de cuya campaña para la reelección se ocupaba personalmente, fuera incluido en alguna de las fotos.

Kristin se portó maravillosamente toda la tarde. Bebió champán con discreción, picó algunos entremeses y prestó atención a lo que otros decían. No cayó en ningún momento en una actitud ensoñadora, como solía hacer a menudo desde pequeña cuando estaba aburrida o distraída. Guardó para sí sus pocas opiniones políticas cada vez que entraban en conflicto con las expresadas por otros, incluyendo las de Perry.

Aunque aquel no era el medio habitual en que solía desenvolverse, no se sintió realmente nerviosa durante la tarde. Tal vez, la continua presencia de Perry a su lado ayudó a ello. Parecía sentirse tan completamente cómodo a su lado que no pudo evitar relajarse. Aunque hubo momentos en que notó que su atención estaba centrada en otro lugar, normalmente, en alguno de sus candidatos, no le importó. Después de todo, no paraba de tomar notas mentales de todo lo que pudiera servirle para su libro.

Una mujer preciosa de pelo oscuro y pechos realmente asombrosos asomados al escote de un maravilloso vestido negro se

acercó a ellos con una débil sonrisa para Perry y una mirada de curiosidad para Kristin.

—Hola, Perry. Cuánto tiempo.

Por primera vez en toda la tarde, Kristin notó que la sonrisa de Perry era un poco tensa.

—Hola, Jennifer. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Muy bien. He oídos que acabas de volver de Europa.

—De Italia —confirmó Jennifer—. Es un país maravilloso.

Aquella era la conversación más forzada que Kristin había escuchado durante toda la tarde. Era bastante evidente que aquella mujer y Perry tenían una historia personal. Debieron hacer una pareja estupenda, pensó, observándolos discretamente. Pero, por su comportamiento, era obvio que la relación no había terminado bien.

Jennifer se volvió hacia Kristin.

—Lo siento, pero estamos siendo un poco groseros. Ya que Perry no nos ha presentado, soy Jennifer Craig. ¿Y tú eres...?

La pulla hacia Perry fue sutil, pero cortante. Kristin se aclaró la garganta.

—Soy Kristin Cole.

—Elsbeth ha mencionado que «compraste» a Perry en una subasta de solteros organizada en beneficio de una campaña de alfabetización.

Kristin sonrió.

—Es cierto. Perry se prestó generosamente a ello.

Jennifer alzó una ceja perfectamente arqueada.

—Con lo ocupado que suele estar, es asombroso que encontrara tiempo para hacerlo.

Kristin captó el mensaje que implicaba el comentario. Fuera cual fuese la relación que hubiera habido entre Jennifer y Perry, era evidente que la ocupada agenda de este había sido un problema para ellos.

—Estoy aprendiendo a organizar mi tiempo un poco mejor que antes —dijo Perry—. Esa campaña para la alfabetización es importante }• saqué tiempo para ella.

Jennifer lo observó unos momentos con expresión seria.

—Me alegra oír eso —dijo, finalmente—. Puede que por fin hayas aprendido que hay algunas cosas más importantes que los resultados de las últimas encuestas —se volvió hacia Kristin sin darle a Perry la oportunidad de contestar—. Ha sido un placer conocerte, Kristin. Espero que disfrutes del resto de la tarde. Ahora, si me disculpáis, me están esperando. Hasta pronto, Perry.

—Hasta pronto, Jenn —contestó él.

Tras contemplar unos momentos cómo se alejaba Jennifer, Perry se volvió hacia Kristin.

—Tengo sed —dijo, y sonrió tan animadamente como antes de su encuentro con Jennifer—. ¿Te apetece un poco de champán?

Kristin asintió y lo acompañó hasta la mesa más cercana. Notó que Perry no mlió por encima del hombro mientras se alejaban. Al parecer, quería olvidar cuanto antes su encuentro con Jennifer Craig.

Ya entrada la tarde, después de que varios oradores prominentes dieran la bienvenida a los invitados, comenzó el baile. Kristin bailó varias veces con Perry; y luego con el capitán de su equipo favorito de fútbol. Perry arregló aquel baile para ella después de que Kristin mencionara al verlo cuánto disfrutaba siguiendo al equipo. Antes de que acabara la tarde había bailado con tantas celebridades que sabía que su madre se pondría contentísima, y también un poco envidiosa, cuando le contara todo lo sucedido.

Guardó el último baile para Perry. A pesar de todas sus precauciones mentales, no pudo evitar un pequeño estremecimiento cuando la tomó en sus brazos. Sin duda, aquel esbelto y elegante varón tenía todo un cuerpo oculto bajo su conservador traje.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Perry, arrimándose a ella con el pretexto de conversar mientras bailaban.

—Lo he pasado de maravilla —contestó Kristin, decidida a apartar la atención del amplio pecho y los fuertes muslos de Perry.

—¿Hay alguien más a quien te gustaría conocer y que no te haya presentado?

Kristin rio y movió la cabeza.

—Nunca recordaré a todas las personas que he conocido esta tarde. Pero gracias por ser un anfitrión tan amable.

—Yo también lo he pasado bien —dijo Perry, con expresión sincera... aunque Kristin no dio demasiada importancia a ese detalle, pues sabía que aparentar sinceridad era el principal talento de un político de éxito.

—Parece que la mayoría de los invitados ya se han ido —comentó, mirando a su alrededor.

—Sí. Ya se han asegurado de que sus nombres aparezcan mañana en las páginas de sociedad, y ahora van a divertirse como realmente les gusta.

Kristin miró a Perry y se preguntó qué pensaría realmente de aquellas galas ostentosas y de la gente que asistía a ellas.

—¿La tarde ha sido un éxito? Desde el punto de vista de la recaudación de fondos, quiero decir.

—Ha sido un éxito en todos los aspectos —contestó Perry, con expresión satisfecha.

—Apenas he oído hablar de política durante la tarde.

Perry se encogió de hombros.

—Lo importante esta noche era el dinero, y se ha recaudado mucho. Es curioso que tú y yo hayamos pasado dos fines de semana seguidos recaudando fondos por causas que merecen la pena, ¿no te parece?

Kristin no pudo evitar fruncir el ceño al comparar la subasta de solteros con el acontecimiento de esa noche. Estaba apasionadamente a favor de conseguir dinero para fines tan loables como el de la alfabetización. De hecho, solía participar en

acontecimientos parecidos siempre que podía. Pero le costaba creer que pertenecieran a la misma categoría que recaudar dinero para asegurarse de que los compinches políticos de Perry resultaran elegidos para el cargo que fuese.

Perry entrecerró los ojos.

—¿Sucede algo malo, Kristin?

Kristin suavizó de inmediato su expresión.

—No, claro que no. Me alegra que tu recaudación haya sido un éxito. Debes estar muy satisfecho.

Perry fue a decir algo, pero en ese momento acabó la música. Kristin supuso que solo fue cosa de su imaginación, pero le pareció reacio a soltarla. Perry la retuvo un momento entre sus brazos mientras la música se desvanecía y observó su rostro como preguntándose qué estaría pensando. Ella rogó fervientemente para que sus ojos no reflejaran sus pensamientos, ya que estaba haciendo todo lo posible para que no se notara lo deslumbrada que estaba por él.

Justo a tiempo, Marcus Williams se acercó a ellos.

—Perry, necesito hablar un momento contigo —dijo, en tono de disculpa.

—¿Qué sucede, Marcus? ¿La señora Henley..?

Marcus negó con la cabeza.

—No, la señora Henley está perfectamente. Pero acabo de enterarme de que te van a pedir que aparezcas mañana en el programa Friday Morning Update. Van a hablar sobre la última metedura de pata del vicepresidente, y han pensado que, en lugar de enviar al senador Henley, será mejor que acudas tú en su representación.

Kristin observó que la expresión de Perry se volvía automáticamente especulativa. Casi pudo verlo sopesar las ventajas y desventajas de la situación.

—Probablemente será lo mejor —dijo, finalmente—. No

queremos que Robert aparezca como un oportunista.

Kristin logró reprimir su exasperación. El proceso político era algo tan calculado... Se calculaba cada palabra, se debatía cada acción. ¿Quién quería vivir así?

Perry volvió a mirarla.

—Respecto a nuestros planes para mañana... —empezó.

—No tengo ninguna intención de interferir en tu trabajo. Si necesitas cancelar nuestra cita, lo entenderé.

Perry negó con la cabeza.

—No tengo intención de cancelarla. El programa Friday Morning Update se graba muy temprano. Solo necesito retrasar media hora nuestro encuentro. Te recogeré a las diez en lugar de a las nueve y media, si no te importa.

—Claro que no me importa, ¿pero estás seguro de que tendrás tiempo? Mi contribución a la gala por la alfabetización ha merecido la pena a cambio de la fiesta de hoy, y lo cierto es que yo también tengo que ponerme a trabajar.

—Compraste un lote que incluía salir mañana —insistió Perry—. Te recogeré a las diez.

Kristin sintió que el orgullo de Perry acababa de entrar en juego, y asintió, complaciente.

—De acuerdo. Estaré lista a las diez.

—Estupendo. Marcus, ¿puedes ocuparte de hacer los cambios necesarios?

—Desde luego.

—Gracias —Perry miró su reloj—. Ya que mañana voy a levantarme tan temprano, será mejor que demos por concluida la noche. ¿Estás lista para irte, Kristin?

—Sí —Kristin sonrió y frunció la nariz—. Para serte sincera, ya hace rato que ha pasado mi hora habitual de acostarme. Tiendo a acostarme temprano y a levantarme temprano.

Perry rio.

—Yo tiendo a acostarme tarde y a levantarme temprano. La mayoría de las noches me basta con cuatro o cinco horas de sueño.

—A veces, menos —asintió Marcus irónicamente.

Tras dar algunas instrucciones más a su ayudante, Perry acompañó a Kristin hasta la limusina que los aguardaba. Ella miró por encima del hombro mientras salían del salón. Había sido una tarde realmente especial, pensó, no sin cierta añoranza.

Las pocas personas que se hallaban en el vestíbulo del hotel en que se hospedaba Kristin aquel jueves por la noche volvieron la cabeza cuando Perry entró con ella por la puerta principal. Kristin sabía que su ropa de fiesta los hacía sobresalir entre los turistas y los viajantes que se alojaban en el hotel. Y también distinguió a los que reconocieron a Perry, aunque todos se mostraron muy discretos al respecto.

Pero estaba convencida de que Perry habría llamado la atención aunque no hubiera sido famoso. Los hombres prestarían atención a la seguridad en sí mismo que reflejaba su forma de caminar; las mujeres se sentirían atraídas por su elegancia y belleza masculina. Kristin estaba más acostumbrada a fundirse con las multitudes sin que se fijaran en ella, y siempre se había considerado más una espectadora que una participante. Sin embargo, debía admitir que resultaba agradable ser vista con un hombre como Perry Goodman, aunque nada más fuera por una tarde.

Solo esperaba que todas las notas mentales que había tomado durante esa tarde le fueran útiles cuando volviera a sentarse ante su ordenador.

Perry insistió en acompañarla hasta la habitación, aunque Kristin le aseguró que podía ir sola.

—¿Qué clase de cita sería esta si no te acompañara hasta la puerta? —la reprendió Perry de buen humor mientras entraban en el ascensor.

Kristin sabía que trataba de ser educado, de cumplir con su

papel de «cita perfecta». Toda aquella tarde había sido una ilusión y ella consideraba que lo había llevado bastante bien, teniendo en cuenta que se había pasado todo el tiempo fingiendo. Se preguntó si Perry habría insistido en pasar más tiempo con ella si hubiera visto a la auténtica Kristin Cole.

No había nadie más en el pasillo cuando salieron del ascensor. Kristin se volvió hacia Perry cuando se detuvieron ante la puerta de su habitación.

—Gracias de nuevo por esta tarde tan interesante.

Perry dio un paso hacia ella, en una actitud nada amenazadora y con los ojos sonrientes.

—Así que este es el final de la primera mitad de nuestra cita de diez mil dólares.

Kristin no pudo evitar reír, aunque se hizo consciente de pronto de que estaba a solas con él por primera vez.

—Sí, supongo que sí.

—No estoy seguro de que hayas obtenido lo que merecía tu dinero —dijo Perry, con una sonrisa de desaprobación.

—Yo creo que sí —replicó Kristin con ligereza.

—Aún hay un pequeño detalle del que deberíamos ocuparnos antes de despedirnos oficialmente.

Kristin no se fió ni por un momento de la expresión inocente de Perry. De pronto, su pulso mostró una clara tendencia a acelerarse.

—¿Qué pequeño detalle?

—El beso de buenas noches. Es la costumbre al final de una cita.

Kristin se aclaró la garganta.

—Esto no ha sido exactamente una cita.

—Claro que sí. De hecho, ha sido la cita más agradable que he tenido en una larga temporada.

Hasta ese momento, Perry no había mostrado ninguna tendencia a flirtear con ella, pero era evidente que lo estaba haciendo en aquellos momentos. Y Kristin tendría que haber sido de piedra para

no reaccionar. Tragó saliva.

—Es muy agradable que digas eso, pero...

—Un pequeño beso —murmuró Perry, mientras apoyaba una mano sobre la mejilla de Kristin—. Solo para hacerlo oficial.

Ella no pudo evitar sonreír un poco, aunque sentía que los latidos de su corazón eran cada vez más fuertes. Alzó las manos hacia los hombros de Perry.

—Supongo no hay ningún daño en que nos demos un pequeño beso.

—Claro que no —aseguró Perry, y acercó su boca a la de ella.

En cuanto sus labios se tocaron, Kristin comprendió que aquel no iba a ser un «pequeño beso». Mientras él deslizaba sus labios sobre los de ella, supo que iba a ser intenso, incitante, que iba hacer sonar mil campanillas en su interior. ¡Y cuánto lo estaba disfrutando!

Cuando, finalmente, Perry se apartó un poco para respirar, Kristin se encontró mirándolo, aturdida, sin saber qué pensar o decir.

Él no se apartó. En lugar de ello, volvió a inclinarse hacia ella y murmuró:

—Uno más, tal vez...

Sorprendentemente, el segundo beso fue tan espectacular como el primero. Las rodillas de Kristin se volvieron de goma y tuvo que apoyarse contra él. Perry la rodeó con los brazos por la cintura... y ella no supo a quién estaba sujetando, si a ella, o a sí mismo. Tomó aliento convulsivamente cuando, por fin, él apartó la cabeza.

—Podría pasar un rato a tu habitación... —murmuró Perry con voz ronca.

A pesar de que le tentó la idea de aceptar, Kristin logró sonreír y negar con la cabeza.

—Mañana nos espera un día ajetreado. Será mejor que descanse un poco.

Perry pareció momentáneamente decepcionado, pero enseguida sonrió y dio un paso atrás.

—Merecía la pena intentarlo. Nos vemos mañana por la mañana, Kristin. Que duermas bien.

—Buenas noches, Perry.

Kristin se volvió y abrió la puerta. Antes de pasar al interior, no pudo evitar la tentación de volverse a mirar por encima del hombro. Perry esperaba al ascensor. Con su esmoquin, el pelo un poco revuelto y una mano apoyada contra la pared, tenía un aspecto tan delicioso que Kristin sintió que la boca se le hacía agua.

Antes de ceder a la tentación de arrastrarlo consigo a la habitación, entró rápidamente, cerró y echó todos los cerrojos. Solo entonces se permitió apoyarse contra la puerta y murmurar:

—¡Santo Moisés!

A la mañana siguiente, mientras se vestía, Kristin encendió la televisión para ver Friday Morning Update, un programa que nunca había visto.

Tras unos aburridos minutos de presentación, Perry apareció en pantalla. Kristin comprendió de inmediato por qué era tan popular en los programas de entrevistas de la televisión. La cámara lo adoraba. Cuando hablaba, daba la sensación de que se dirigía expresamente a ella, y Kristin supuso que a los demás espectadores les pasaría lo mismo. Presentó su caso con concisión y claridad, y cuando su oponente trató de arrastrarlo a una acalorada discusión, Perry fue capaz de mantenerse en su terreno sin recurrir a ataques personales.

Kristin no necesitó estar de acuerdo con todo lo que dijo para admirar su estilo. Su exposición fue perfecta, y fue precisamente esa perfección lo que la inquietó. ¿Quién era el verdadero Perry Goodman? ¿Qué había tras la fachada que mostraba ante el público? ¿Estaba realmente comprometido con sus ideales, o defendería con la misma elocuencia a los contrarios si le pagaran lo suficiente?

¿Perdía alguna vez los estribos? ¿Habría hecho el ridículo alguna vez en su vida?

Lo cierto era que no había pasado el suficiente tiempo con Perry como para conocerlo. Y si él la estaba juzgando basándose en las pocas horas que habían pasado juntos, probablemente tendría una imagen de ella muy distinta a la real. La noche anterior todo había ido bien; no había dicho ni hecho ninguna tontería... excepto, tal vez, permitir que la besara. Pero achacaba aquello al champán, lo que suponía una excusa muy conveniente para su atípico comportamiento.

Solo esperaba superar un día con « Perry el Perfecto» sin meter la pata.

Nada de lo que vio en el reflejo del espejo le dio motivos de preocupación. Había elegido una chaqueta de encaje color crudo sobre una blusa a juego y unos amplios pantalones negros. Las únicas joyas que llevaba puestas eran una cadena de oro en torno al cuello, unos aros, también de oro y una sortija con un rubí en la mano derecha. Y se había soltado el pelo. Era una vestimenta cómoda y a la vez lo suficientemente sofisticada como para cualquier cosa que Perry tuviera planeada para ese día.

El teléfono sonó y fue a contestar, preguntándose si Perry habría salido ya de los estudios de televisión... o si, tal vez, se habría visto obligado a cancelar sus planes. La parte más cobarde de sí misma casi esperaba que así fuera.

Pero la que llamaba era su madre.

—Oh, bien, aún estás ahí. ¿Qué tal va tu cita de diez mil dólares?

Sophie había vuelto a regañadientes a su casa en Raleigh, Carolina del Norte. Pretendía quedarse con su hija para conocer a Perry Goodman y asegurarse de que Kristin aprovechara al máximo sus dos días con él, pero, para alivio de esta, sus obligaciones sociales le hicieron regresar.

—Todo va bien, mamá.

—Detalles, cariño. Quiero detalles. He leído los artículos de sociedad sobre la gala a la que asististe anoche. ¿Fue tan fabulosa

como parece? ¿Conociste a alguien famoso?

—Creo que todas las personas a las que conocí son famosas — contestó Kristin en tono irónico—. Y sí, fue fabulosa.

—¿Qué vais a hacer hoy?

—No estoy segura. Creo que el día incluye un almuerzo con champán y luego algunas «sorpresas» —Kristin ya se había prometido no beber más de una copa ese día.

—Suenan interesantes. Estoy deseando enterarme de todo.

—Te llamaré en cuanto vuelva a casa mañana —prometió Kristin—. ¿Y tu cita? ¿Cuándo planeas saltar de ese avión? Me gustaría saberlo, sobre todo para pasarme el día rezando al santo patrón de las mujeres locas.

Sophie rio.

—Saldremos el próximo fin de semana. Y no estoy loca, muchas gracias. Simplemente, soy una mujer audaz. Intenté criarte de modo que tú también lo fueras, pero no tuve éxito.

—Estoy pasando un fin de semana con un político, ¿no? Creo que eso me convierte en una mujer bastante audaz.

—La verdad es que Perry Goodman es un hombre divino, Kristin. Lo he visto varias veces por televisión, y espero que sea tan encantador en persona como parece en pantalla.

—Es bastante encantador.

—¿Te gusta?

—Es muy agradable.

—¿Le gustas tú a él?

—Pero si ni siquiera me conoce, mamá —replicó Kristin, exasperada—. Apenas hemos pasado unas horas juntos.

—¿Te besó?

—¡Mamá!

—Eso significa que lo hizo —concluyó Sophie, satisfecha—. ¿Lo hizo bien?

—No estoy teniendo esta conversación.

—No pasaría la noche contigo, ¿no?

—¡Mamá!

—No lo hizo —Sophie suspiró—. Bueno, siempre queda esta noche.

—Voy a colgar.

—Solo trato de animar un poco tu vida, cariño. No se puede tener una relación duradera con un ordenador.

—Tampoco espero tener una relación duradera con Perry Goodman —replicó Kristin con aspereza—. De hecho, no creo que volvamos a vernos después de hoy.

Sophie volvió a suspirar.

—Una madre puede soñar, ¿no?

—El fin de semana pasado no tenía ninguna intención de comprarme un novio, mamá. Hice una donación para una causa importante que incluía estos dos días con Perry Goodman como parte del lote. Puede que incluso saque algo de material para un libro de todo esto. Pero eso es todo, ¿de acuerdo?

Sophie murmuró algo que Kristin no llegó a entender. No le pidió que lo repitiera.

—Ahora tengo que irme, mamá. Perry va a pasar a recogerme. Te llamaré cuando llegue a casa mañana.

Colgó antes de que su madre pudiera presionarla más. Luego se pasó una mano por el pelo e hizo una mueca; ¿qué pensaría Perry de ella después del fervor con que había respondido a sus besos? Esperaba que no hubiera llegado a la conclusión de que era una especie de « grupi » política, o una mujer soltera y desesperada dispuesta a comprar un romance a cualquier precio.

Era posible que la noche pasada hubiera sido Cenicienta en el baile, pero Perry iba a encontrarla muy diferente ese día. Ella se tomaba tan en serio su trabajo como él el suyo. Metió su cuaderno de notas en el bolso, junto con una de las cámaras desechables que solía utilizar en sus investigaciones.

Aquello no era una cita formal, se dijo con firmeza. Lo único que le interesaba, aparte de la donación, por supuesto, era obtener material para su libro. No pensaba olvidarlo. Lo que significaba no más besos, se dijo, moviendo la cabeza con renovada determinación. Por muy tentadores que fueran.

El teléfono volvió a sonar. Esperaba que no fuera su madre.

—¿Señorita Cole? El señor Goodman la espera en el vestíbulo — le informó una voz bastante mecánica.

—Gracias. Enseguida bajo.

Kristin colgó el teléfono, tomó su bolso, respiró profundamente y se encaminó hacia la puerta.

Capítulo tres

El modo en que latió el pulso de Kristin al ver a Perry esperándola en el vestíbulo le hizo comprender que no había tenido mucho éxito al tratar de convencerse de que su encuentro de ese día iba a ser un mero «asunto de trabajo». Perry estaba tan atractivo vestido informalmente con un polo y unos pantalones caqui como con su elegante esmoquin. Y cuando le dedicó una cálida sonrisa de bienvenida, la mente de Kristin se llenó de recuerdos de los besos que habían compartido hacía tan solo unas horas.

En respuesta a sus inoportunas reacciones físicas, su voz sonó aún más fría de lo que pretendía.

—Buenos días, Perry.

Él alzó levemente una ceja, pero su saludo fue mucho más amistoso.

—Buenos días, Kristin. Tienes un aspecto encantador.

—Gracias.

—¿Estás lista para tu «día de sorpresas»? —preguntó Perry, citando con una sonrisa el folleto que se distribuyó entre los asistentes el día de la subasta.

—Sí —mintió Kristin—. ¿Qué vamos a hacer?

Perry movió un dedo admonitorio ante ella.

—Si te lo dijera no sería una sorpresa.

Kristin esperó que su sonrisa resultara menos forzada de lo que era. Estaba lista para dejar atrás aquel día, para dejar de jugar a ser encantadora con Perry Goodman y volver a su trabajo. Al menos, esperaba ser capaz de trabajar a partir del día siguiente. No quería enfrentarse a la posibilidad de volver a su ordenador solo para

descubrir que su creatividad aún seguía de vacaciones.

Perry la acompañó hasta la limusina que los aguardaba fuera del hotel.

—¿Champán? —preguntó, una vez en el interior.

Kristin negó con la cabeza.

—No, gracias.

—También tenemos zumos, refrescos y agua —ofreció Perry mientras miraba el interior de la pequeña nevera.

—No me apetece nada, gracias. Ya he tomado zumo y café en mi habitación.

Perry se apoyó contra el respaldo del asiento.

—Anoche apenas tuvimos oportunidad de hablar. Háblame de ti.

Kristin tuvo la sensación de encontrarse ante uno de los presentadores de los programas de televisión con los que tanto tiempo pasaba Perry.

—¿Qué quieres saber?

Sin inmutarse por la reservada actitud, Perry continuó.

—Tengo entendido que has escrito una docena de libros. ¿Cuánto tiempo llevas escribiendo?

—Hace cinco años que me publican —contestó Kristin, sin molestarse en añadir que escribía historias desde que aprendió a usar el lápiz. Siempre le había resultado fácil hacerlo... al menos hasta hacía dos meses.

—¿Qué te hizo elegir la literatura romántica?

—Escribo sobre lo que me gusta leer. La literatura romántica aborda temas que me atraen, como el amor, la amistad, la lealtad, las relaciones familiares, los niños... El marco de una historia de amor me permite escribir comedias, dramas, novelas de aventura, de fantasía... casi cualquier cosa que me apetezca. Lo encuentro a la vez satisfactorio y retador.

Más retador que satisfactorio en aquellos momentos, pero esperaba que eso cambiara pronto.

—¿Crees que alguna vez escribirás un libro de verdad?

Kristin alzó ambas cejas. No era la primera vez que le hacían aquella pregunta tan insensible, pero no la esperaba de Perry.

—Ya he escrito doce libros «de verdad».

Perry tuvo el detalle de ruborizarse.

—No pretendía que sonara así. Yo... me refería a si tenías intención de escribir alguna vez algo que no fuera una novela romántica.

—No en este momento. Todo depende de a dónde me lleve mi musa en el futuro.

Perry se aclaró la garganta, aún ligeramente desconcertado. Kristin casi se sintió aliviada al comprobar que podía decir algo fuera de lugar ocasionalmente, aunque fuera a sus expensas. Su metedura de pata le hacía parecer un poco menos perfecto.

Perry cambió deliberadamente de tema. —Anoche dijiste que vivías en Raleigh, Carolina del Norte, ¿no?

—No en Raleigh. Tengo una casa en un pequeño pueblo al oeste de Raleigh, a los pies de las colinas de Carolina.

—¿Cómo se llama el pueblo? Puede que haya oído hablar de él.

—Lo dudo —contestó Kristin en tono irónico—. Se llama Cutter's Point. Apenas llega a los cinco mil habitantes. Me crie allí.

—¿Tu familia vive aún allí?

—Tengo algunos primos en la zona. Mi padre murió hace unos años, y mi madre vive ahora en Raleigh.

—¿No tienes hermanos y hermanas?

—No.

—Ya veo —Perry miró un momento por la ventanilla, con la evidente intención de pensar algo más que decir.

Kristin comprendió que estaba siendo grosera. Había empezado a usar subconscientemente una táctica que había aprendido para ahuyentar conversaciones molestas: contestar las preguntas sin ninguna elaboración y sin devolver las preguntas. Estaba

permitiendo que sus problemas para escribir y la vergüenza que le producía pensar en aquellos inesperados besos se impusieran a sus modales.

—No consigo localizar con exactitud tu acento, Perry. No eres originalmente de Nueva York, ¿verdad?

Perry pareció aliviado al ver que Kristin había hecho un esfuerzo por mantener viva la conversación. Se volvió hacia ella con una sonrisa renovada en el rostro.

—Crecí en Denver, pero he viajado bastante desde que terminé mis estudios en el colegio. Me gradué en Stanford, asistí a la facultad de derecho de Harvard, enseñé un par de años en la universidad Rice, de Houston, y desde entonces no he dejado de viajar trabajando en varias campañas políticas. Mantengo un apartamento en Washington D.C., aunque apenas lo utilizo.

Kristin sintió la tentación de preguntarle si alguna se había planteado conseguir un trabajo «de verdad». Pero eso habría sido imperdonablemente grosero, aunque eso era lo que él acababa de hacer. En lugar de ello, preguntó:

—¿Piensas presentarte alguna vez a un cargo político?

—No tengo intención de hacerlo de momento. Lo cierto es que creo que puedo ser más útil a mi partido ocupándome de las campañas de nuestros candidatos que presentándome a los cargos. Se me da bien organizar las campañas. Disfruto haciéndolo y de momento he tenido bastante éxito.

—¿Te ocuparías de la campaña de alguien que no te gustara, o con quien no estuvieras de acuerdo?

—Creo que lo que quieres preguntarme es si estoy en venta para el mejor postor —Perry mantuvo su agradable expresión, aunque con un matiz añadido de diversión—. No, no estoy en venta. Si no apoyara sinceramente al candidato o la candidata y no lo considerara adecuado para el cargo, no aceptaría el trabajo.

—¿Has rechazado ofertas de candidatos que te han propuesto

que te ocupes de sus campañas?

— Varias veces. Creo en lo que hago, Kristin. Para mí no es un mero trabajo.

Kristin aún no estaba convencida de que Perry se sintiera más atraído por la fama y el glamour de su profesión que por su ideología, pero se limitó a asentir y a murmurar una evasiva. Entonces miró por la ventana y se dio cuenta de a dónde se dirigían.

— ¿Vamos al aeropuerto?

Los hoyuelos de Perry afloraron y el pulso de Kristin se aceleró al instante.

— Sí.

Reprendiendo en silencio a sus recalcitrantes hormonas, Kristin preguntó.

— ¿Vamos a subir a un avión?

— Sí. Espero que eso no sea un problema para ti.

— No me asusta volar, si es eso lo que estás preguntando. Pero, ¿a dónde vamos? ¿Cuándo volveremos?

— Estaremos de vuelta en Nueva York hoy mismo —aseguró Perry.

A Kristin se le ocurrió de pronto una pregunta mucho más inquietante.

— Las famosas «sorpresas» no incluirán un salto en paracaídas, ¿no?

Perry rio.

— No. Eso estaba incluido en otro lote.

— Lo sé. Lo compró mi madre —dijo Kristin, en tono grave.

Perry pareció sorprendido.

— ¿Tu madre?

— Al parecer, era algo que siempre había querido intentar.

Perry movió la cabeza.

— Trato de imaginar a mi madre saltando de un avión, y no lo consigo. A menos que el avión estuviera en llamas y cayendo en

picado, por supuesto.

— ¿Tu madre no es del tipo «audaz»?

Perry volvió a reír.

— En absoluto. El máximo riesgo a que está dispuesta a exponerse es a comer en un restaurante nuevo.

— ¿Y tu padre?

— Le gusta pescar. Incluso atrapa algún pez de vez en cuando. Según dice, se conforma con eso y con sus actividades en los negocios.

— ¿Tienes hermanos o hermanas?

— Dos hermanas. Las dos mayores que yo, casadas y con hijos. Y ambas están convencidas de que su hermano nunca va a madurar y a sentar la cabeza.

Kristin aún estaba pensando en aquello cuando Perry la ayudó a salir de la limusina y la acompañó hasta un precioso reactor Lear. No pudo evitar abrir los ojos de par en par al ver el elegante interior, recubierto de madera y con unos sillones forrados de cuero de aspecto comodísimo. Nunca había volado en un avión privado.

— ¿Es tuyo?

Perry sonrió y movió la cabeza.

— No. Pertenece a un amigo. Ha donado su uso para hoy como contribución a la campaña pro alfabetización.

Kristin pensó que aunque Perry no fuera dueño del avión, se notaba que no era la primera vez que volaba en él, o en otros parecidos.

Y volvió a recordar lo diferente que era la ajetreada vida de Perry Goodman comparada con la suya. Ella pasaba largas horas a solas ante el ordenador y asistía ocasionalmente a alguna conferencia o acontecimiento literario. La habían entrevistado algunas veces para la prensa y había aparecido dos veces en televisión, pero nunca había contratado a un publicista ni había buscado la fama. Lo único que quería era escribir y tener lectores que disfrutaran de sus historias.

Ser publicada había sido la culminación de sus sueños.

Quería recuperar esa satisfacción.

Al pensar de nuevo en su trabajo, abrió el bolso y sacó el cuaderno de notas mientras Perry iba a hablar con el piloto. Empezó a describir el interior del avión en frases concisas e hizo algunas anotaciones sobre Perry. No le preocupaba que pudiera leerlas accidentalmente; nadie podía descifrar la taquigrafía que había desarrollado para sus investigaciones.

Hijo pequeño. Único varón, escribió. ¿Joven príncipe mimado? Acostumbrado a recibir atención y a salirse con la suya. ¿Presionado por su familia para asentarse?

Aquellas observaciones podían resultar útiles para el héroe de su novela, Nick O'Donnell.

—¿Estás escribiendo tu testamento? —preguntó Perry mientras ocupaba un sillón frente a ella—. Puedes estar tranquila. El avión es muy seguro.

Kristin cerró el cuaderno.

—No lo dudo. ¿Adónde has dicho que íbamos?

—No lo he dicho —contestó Perry con una sonrisa—. Pero ahora voy a hacerlo; vamos a Washington D.C.

Teniendo en cuenta a qué se dedicaba, a Kristin no le sorprendió su respuesta. No iba a D.C. desde que era una adolescente. Sería interesante verlo acompañada por un profesional de la política. Y podía investigar para su novela mientras estaba allí.

«Exclusivamente trabajo», se recordó mientras miraba disimuladamente a su compañero. No se trataba de una cita... dijera lo que dijese su madre.

Perry estaba teniendo dificultades para entender a Kristin. Siempre se había enorgullecido de su talento para conocer rápidamente a la gente. Como consejero de las campañas políticas, debía saber tratar a las personas que lo rodeaban según sus cualidades y aconsejar adecuadamente sobre cómo manejar a ciertos

individuos. Pero no lograba averiguar qué pasaba por la cabeza de Kristin.

Estaba siendo muy agradable, y su comportamiento había sido impecable, aunque un poco reservado. Pero era evidente que no estaba revelando muchas cosas de sí misma. No se había enterado de sus verdaderas afiliaciones políticas, ni de lo que opinaba sobre determinados temas que habían surgido durante su visita a D.C. No sabía qué le había hecho pujar por él durante la subasta... ni por qué había llegado a pagar tanto por pasar aquellos dos días cuando era evidente no estaba interesada románticamente en él.

En varias ocasiones a lo largo del día había sacado un cuaderno del bolso para tomar notas en un tipo de taquigrafía que debía haber desarrollado por su cuenta. Había fisgoneado en un par de ocasiones por encima de su hombro con la intención de averiguar lo que estaba escribiendo, de descubrir algo, cualquier cosa, sobre la auténtica Kristin Cole. Pero no había logrado enterarse de nada.

Era como tener una cita con una periodista. No, no una cita. Eso habría implicado algo personal. Más bien tenía la sensación de estar siendo entrevistado para un artículo que fuera a llamarse *La Vida y la Época de Perry Goodman*.

Pero se suponía que aquello era una cita, no una entrevista. Lo cierto era que su ego se sentía un poco dolido porque no parecía atraer en lo más mínimo a Kristin. Con la excepción de los dos espectaculares besos de la noche anterior, que parecieron sorprenderla de forma positiva, apenas había mostrado interés en él, salvo para tomar notas en el cuadernito que no dejaba de sacar del bolso.

¿Estaría tan acostumbrado a recibir atención femenina que no soportaba comprobar que él era el único interesado en aquella cita?

Trató de convencerse de que Kristin lo atraía precisamente por su reticencia. Siempre había sentido debilidad por una apuesta. Aunque nunca le habían atraído las cartas ni los dados, era la excitación del

reto, la importancia de lo que estaba en juego, lo que lo atrajo en principio hacia la política. Y, sin duda, Kristin era todo un reto.

Pero sabía que era más que eso. Era algo relacionado con sus ojos oscuros, con la curva de su carnoso labio inferior, con la actitud casi majestuosa en que se sentaba, que contrastaba divertidamente con su diminuto tamaño, con el modo en que se arrugaba su nariz cuando sonreía.

Él había tenido que esforzarse mucho para conseguir aquellas sonrisas.

Había algo especial en Kristin Cole, y quería averiguar con exactitud de qué se trataba.

La observó mientras el jet rodaba por la pista de despegue. Estaba escribiendo de nuevo en su cuaderno. Empezaba a molestarle aquel cuaderno de un modo muy parecido a los celos.

Se aclaró la garganta de modo bastante obvio y le satisfizo comprobar que el ruido llamó la atención de Kristin. Alzó la vista y lo miró. Él le dedicó una sonrisa que le había llevado años elaborar y con la que había obtenido algunos éxitos en el pasado.

Kristin lo observó un momento y luego anotó algo en su cuaderno.

La sonrisa de Perry se desvaneció. Se sintió como un paramecio observado por el microscopio.

—¿Tomando notas para tu novela?

—Puede que para la siguiente. O para otra. Anoto cualquier cosa que me llama la atención. Luego archivo las notas hasta que las necesito.

—¿Y hoy te ha llamado la atención algo en especial?

Kristin se encogió de hombros.

—He tomado notas sobre los fascinantes lugares a los que me has llevado, sobre este jet privado, sobre los importantes políticos a los que hemos visto...

—¿Aparezco yo en tus notas? —preguntó Perry, tratando de dar a

la conversación un giro personal.

Un ligerísimo rubor cubrió las mejillas de Kristin mientras cerraba el cuaderno y lo guardaba en el bolso.

—Ya te he dicho que no utilizo a personas reales. Solo anoto algunas características que me intrigan.

—Oh. ¿Y hay algo en mí que te haya intrigado? Kristin miró por la ventanilla mientras el avión despegaba.

—Recuérdame que felicite al piloto cuando lleguemos a Nueva York. Apenas me he enterado de los despegues y aterrizajes, y el vuelo ha sido muy suave.

Perry decidió pasar por alto el evidente cambio de tema de Kristin. Al menos, en lugar de tomar notas en su cuaderno, estaba hablando con él.

c—¿Cuándo vuelves a Carolina del Norte?

—Mañana. Mi vuelo sale a las nueve.

—Me habías comentado que se acercaba la fecha límite para entregar tu última novela, ¿no?

La expresión de Kristin se ensombreció un instante, aunque el tono despreocupado de su voz desmintió su expresión.

—Sí. Tendré que ponerme a trabajar en cuanto deshaga el equipaje.

—¿Cuándo tiene que salir tu libro?

Perry volvió a captar algo que no pudo descifrar en la expresión de Kristin.

—Pronto.

—¿Cuánto te queda por escribir?

—Demasiado —contestó Kristin, y a continuación ríó como si hubiera hecho una broma.

Perry no estaba tan seguro de que estuviera bromeando. Había percibido cierta tensión en su risa. Debía ir retrasada con su libro.

—Estoy seguro de que lograrás acabarlo —dijo, con la intención de darle ánimos.

Por algún motivo, más que animarla, sus palabras parecieron enfadarla. Asintió y volvió a mirar por la ventanilla.

Perry reprimió un suspiro. Había vuelto a cerrarse a él. Pero no admitiría así como así una derrota.

— ¿Todo lo de hoy ha sido trabajo para ti, o has disfrutado algo?

Kristin pareció sorprendida por la pregunta, y luego un poco avergonzada.

— Lo he pasado muy bien — dijo, mirándolo a los ojos —. Espero no haberte dado motivos para creer lo contrario.

— ¿Qué es lo que más te ha gustado?

— La comida en Capitol Hill — contestó Kristin, y sonrió.

Perry asintió, más animado.

— La comida estaba muy buena, ¿verdad?

— Sí, pero también ha sido muy interesante observar a toda la gente.

Perry recordó que Kristin había tomado muchas notas durante la comida. ¿Dejaba de ser escritora alguna vez? ¿Se implicaba alguna vez lo suficiente en algo como para olvidar tomar notas, tanto mentalmente como por escrito?

Consiguió que siguiera hablando del día que habían pasado hasta que aterrizaron en Nueva York. Tras dejar su cuaderno de notas, Kristin parecía estar esforzándose por responder. Quizá estaba empezando a relajarse con él, pensó Perry con optimismo. Tal vez fuera un poco tímida y no se sintiera cómoda al principio con la gente. Aquella explicación le gustaba, porque le permitía pensar que no tenía por qué tomarse personalmente su aparente desinterés por él.

Como estaba planeado, la limusina los esperaba en el aeropuerto. Perry se alegró de que todo hubiera ido tan bien, sin retrasos ni problemas de ningún tipo, Tomó nota mental para recompensar de algún modo a su eficientísima secretaria. Si el resto del día transcurría igual de bien, podría considerar que su

contribución a la causa de la alfabetización había sido un éxito.

—Tenemos reserva para cenar a las ocho —dijo, cuando ya se acercaban al hotel de Kristin—. Tenemos tiempo de sobra para refrescarnos y cambiarnos.

Kristin miró su reloj y asintió.

—¿Cómo debo vestirme? ¿Formal, o informalmente?

—Estaría bien que te vistieras con un estilo algo formal —Perry sonrió con cierta petulancia—. He conseguido unas reservas en el...

Su teléfono móvil sonó en ese momento, impidiéndole mencionar el exclusivo restaurante al que planeaba llevar a Kristin esa noche. Ya que había dejado estrictas instrucciones para que no lo molestaran a menos que fuera por algo importante, suspiró y respondió.

En cuanto oyó la voz de Marcus supo que se trataba de algo importante. Tuvo que esforzarse para no maldecir cuando su ayudante le explicó la situación. El resto de su cita no iba a transcurrir con tanta suavidad como esperaba. De hecho, no iba a transcurrir en absoluto.

Precisamente cuando creía que empezaba a debilitar las defensas de Kristin.

Concluyó la conversación con cierta tensión y guardó el móvil en el bolsillo.

—Kristin...

—Tienes que cancelar la cena, ¿no? —no había ningún matiz de acusación en la voz de Kristin—. He notado por el tono de tu voz que había surgido algo.

Perry asintió.

—Lo siento mucho. Uno de mis candidatos se ha metido en un lío en California y debo ir allí de inmediato.

—Supongo que es algo serio.

—Sí. Un posible escándalo. Mi equipo jura que se trata de algo totalmente inventado por la oposición, pero debo comprobarlo

personalmente antes de hacer ninguna declaración.

—Lo comprendo —aseguró Kristin, y parecía realmente sincera.

—No era así como quería que acabara nuestra cita —dijo Perry, apesadumbrado.

—No te preocupes. Sé que tienes una agenda muy ajetreada.

—Sí, pero...

Kristin apoyó una mano en un brazo de Perry.

—Lo entiendo, de verdad.

Él miró su mano. Podía sentir su calidez a través de la tela de la camisa. La piel de Kristin parecía muy suave, y tenía los dedos largos y delicados. De pronto, su mente se llenó con una imagen de aquella bonita mano acariciando su piel desnuda, de aquellas uñas pintadas de rosa clavadas en su espalda.

Agitó levemente la cabeza para apartar aquella imagen, preguntándose de dónde habría salido.

—Me gustaría compensarte. Si me das tu número de teléfono, te llamaré cuando todo se solucione y podremos...

Kristin apartó la mano y sonrió forzosamente.

—No es necesario. Te has tomado muchas molestias para entretenerme. Más de las que esperaba. No me debes nada.

—Pero...

La limusina se detuvo frente al hotel. Un solícito portero apareció de inmediato para abrir la puerta. Kristin se dispuso a salir, pero antes de hacerlo se volvió hacia Perry.

—No hace falta que salgas. Sé que tienes prisa. Buena suerte con tu crisis, Perry. Estoy seguro de que si alguien puede manejarla eres tú.

Perry pensó que parecía tener prisa por que se fuera. Si le había disgustado que su cita hubiera acabado de forma tan brusca, no se le notaba en lo más mínimo. Su ego volvió a caer en picado. Alargó una mano para tomarla del brazo.

—Volverás a tener noticias mías —murmuró, y se inclinó hacia

ella.

Antes de que Kristin pudiera darse cuenta de sus intenciones, Perry la estaba besando. Él no había dejado de preguntarse si los asombrosos besos de la noche anterior habrían sido algo único. Volviendo a besar a Kristin esperaba demostrarse a sí mismo que hacerlo solo era un agradable entretenimiento, nada parecido a lo de la noche anterior. Estaba convencido de que el rayo no volvería a caer en el mismo lugar en aquella situación, de que sus reacciones de la noche anterior se habían debido al champán, a la música romántica y al baile.

Pero ese día no había habido champán, y en lugar de bailar habían pasado varias horas visitando lugares de interés. Y no estaban solos en el pasillo de un hotel en medio de la noche, sino en una limusina con el chófer tras el volante y un portero esperando pacientemente a abrirles la puerta.

Y a pesar de todo, la cabeza le estaba dando vueltas. Kristin Cole era mucho más que un agradable entretenimiento.

No supo cuál de los dos se retiró primero. Kristin tenía las mejillas ruborizadas cuando salió del vehículo con ayuda del portero.

—Adiós, Perry —dijo, con la respiración un poco entrecortada.

Perry la observó mientras entraba en el hotel. «No», pensó. «Adiós no». Aunque ella no lo supiera, iban a volver a verse.

Cuando la limusina se puso de nuevo en marcha, Perry se preguntó si incluso en aquellos momentos, Kristin estaría tomando notas sobre sus besos para utilizarlas en una futura escena de amor.

Capítulo cuatro

Kristin se preguntó cuánto tiempo le llevaría aprender contabilidad. U odontología. O podía hacerse guardabosques. Ya que su creatividad parecía haberse agotado, tenía que hacer algo para mantenerse.

Durante las dos semanas transcurridas desde que había vuelto de Nueva York había escrito diez páginas... y eran tan excitantes como la pasta que se usaba para pegar papel en la pared. Había pasado los dos primeros días escribiendo un esbozo del carácter de su héroe. Sin duda, había sido una excusa para retrasar las cosas, pero esperaba que aquello le sirviera de acicate para empezar. Basándose principalmente en sus notas y recuerdos sobre Perry Goodman, había creado una lista de características potenciales que había sujetado con una chincheta en el tablero de corcho que tenía junto al ordenador. Eso era lo último que había hecho mínimamente útil.

Había pensado bastante en Perry desde su regreso. Pero eso era lógico, ya que estaba creando un carácter libremente basado en él. El problema residía en que su personaje no llegaba a adquirir vida. Se movía a través de las páginas de la novela como un juguete mecánico. Y cuando intentaba expresar la instantánea fascinación que sentía por su igualmente insípida heroína, las escenas que surgían resultaban forzadas y trilladas.

Tal vez debería hacerse bombero, pensó, mientras apartaba las manos del teclado para cubrirse el rostro con ellas. Siempre le habían gustado los cascos rojos y brillantes.

Ni siquiera le había servido de nada ver las películas románticas

a las que solía recurrir en busca de inspiración. Cuando se sentaba a escribir, era incapaz de recrear los sentimientos que palpitaban en ellas. Sus personajes resultaban insulsos, y el afecto que manifestaban entre sí tibio y poco entusiasta. Y ella estaba a punto de arrojar el ordenador por la ventana a causa de la frustración.

El teléfono sonó en ese momento. Se planteó dejar que saltara el contestador. Podían ser su agente o su editora, y no estaba de humor para hablar con ninguno de ellos. O podía tratarse de su madre para hablarle sobre su ajetreada vida social, que ya incluía a su piloto, quien al parecer se había enamorado de ella mientras colgaba de un paracaídas a dos mil metros de tierra firme.

Debido a que Kristin apenas había salido de casa desde su regreso, dos semanas atrás, su madre estaba cada vez más preocupada por ella.

—¿Cómo vas a encontrar inspiración quedándote sentada a solas en tu despacho? —le había preguntado en más de una ocasión—. Tienes que salir por ahí, mezclarte con la gente, acumular ideas. Vive un romance y te resultará mucho más fácil escribir sobre ello.

A Kristin empezaba a preocuparle que el motivo por el que le estaba costando tanto escribir sobre el amor fuera que, en algún momento durante los pasados meses, había dejado de creer en él. Al menos para sí misma.

El teléfono sonó por última vez antes de que saltara el contestador. Impulsivamente, Kristin descolgó el auricular. Cualquier distracción sería mejor que el tormento de tratar de terminar el primer capítulo.

—¿Hola?

—Hola, Kristin, soy Maggie. Supongo que estarás trabajando, y siento interrumpirte, pero, ¿tienes un minuto?

Kristin tuvo que sonreír. Los «minutos» de Maggie Gibson solían durar entre media y una hora, a pesar de que la llamada era de larga distancia.

—Sabes que siempre tengo tiempo para ti, Mags. ¿Qué sucede?

—Tengo problemas con el argumento de mi libro. ¿Te importa que lo repasemos juntas? Yo te lo resumo y tú me dices si te parece tan soso como a mí.

Kristin no sabía si reír o llorar. Aquel tipo de llamadas era muy habitual entre escritores. Era el motivo principal por el que les gustaba tanto reunirse en conferencias. Su trabajo era una actividad básicamente solitaria, y reunirse de vez en cuando les permitía crear una red de amigos con los que compartir sus problemas literarios. Ella misma había hecho llamadas parecidas a aquella en otras ocasiones.

Sin embargo, aún no había llamado a nadie para hablar de los problemas que se le estaban planteando con su última novela. No creía que una simple llamada telefónica fuera a servir para resolverlos. Y aún no se atrevía a pronunciar en alto las palabras «bloqueo mental», y menos aún la palabra «quemada».

—Cuéntame tu argumento, Maggie. Si veo algún problema en él, te lo diré.

Aunque no pudiera hacer nada respecto a su crisis personal, tal vez podía echar una mano a su amiga para resolver aquel problema relativamente menor.

Perry asistía a una gala política en la que iba a hablar el gobernador de New Jersey. Cumpliendo con lo que la sociedad esperaba de él, había ido acompañado de una mujer. El asunto de las citas se estaba complicando con el paso del tiempo. Si lo veían demasiado a menudo en compañía de una mujer en particular, los cotillas de turno, y a veces la mujer misma, veían en ello más de lo que había que ver. Y si iba con una mujer distinta a cada gala corría el riesgo de que empezaran a verlo como a un «playboy» al que no había que tomar en serio.

Había llegado a un término medio cultivando la amistad de algunas mujeres a las que no les importaba ser vistas con él en

algunas galas y que lo único que querían era su compañía y la posibilidad que les ofrecía de introducirse en su círculo social. Elspeth Moore era una de aquellas generosas mujeres. Cada vez que era fotografiado con ella aparecían en la prensa como «asociados y amigos», cosa que resultaba conveniente para ambos.

Tomó un bocado de su comida y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no estremecerse.

—Pato de plástico a la naranja —murmuró—. Otra vez.

Elspeth reprimió una risita.

—Al menos has identificado uno de los platos. ¿Qué se supone que es esa masa verde? —preguntó en un susurro.

—Musgo de árbol hecho puré, creo.

Los ojos de Elspeth brillaron de diversión, pero su cuidada expresión no mostró indicios de la conversación que estaban manteniendo.

—No sabes cuánto significa para mí que me hayas traído a esta gala. Haré lo posible por devolverte el favor. Puede que te apetezca acompañarme a la próxima cena para mujeres en la que cada invitada aporta un plato.

Perry miró a su acompañante con gesto irónico.

—Lo siento mucho, Elspeth, pero me temo que ese día estaré ocupado.

Elspeth sonrió.

—De todas formas, pienso devolverte el favor de algún modo.

Perry sabía que lo haría. Elspeth, que tenía veintiséis años y era hija de un congresista de Texas, había crecido en aquel ambiente y tenía mucha más experiencia de la que podía esperarse a su edad. Perry sospechaba que tenía aspiraciones políticas propias y estaba convencido de que, si se empeñaba en ello, conseguiría lo que se proponía.

Más de una persona había sugerido que formaban una buena pareja, pero ellos solo seguían siendo buenos amigos, nada más.

Aunque Perry tenía intención de casarse y crear una familia algún día, no se imaginaba haciéndolo con Elspeth, por mucho que le gustara y la admirara. Sencillamente, no existía química entre ellos. No había magia.

Casi gruñó al darse cuenta de a dónde lo habían llevado sus pensamientos. ¿Química? ¿Magia? Al parecer, últimamente había pasado demasiado tiempo con la gente del negocio de la literatura romántica.

Y, por supuesto, aquello le hizo pensar en Kristin Cole, algo que había hecho bastante a menudo durante las dos semanas pasadas. Se dijo que aún le molestaba haberse visto obligado a interrumpir su cita. Le había prometido llevarla a cenar a un sitio especial... y había acabado dejándola plantada en su hotel.

Debería haber insistido en acompañarla hasta su habitación.

Kristin tenía unos ojos tan bonitos... Y sin esforzarse demasiado también podía recordar con claridad cómo fruncía la nariz cuando sonreía. Se preguntó si habría pensado en él durante aquellos días, o si se habría sumergido felizmente en su escritura en cuanto lo había perdido de vista.

En algunas ocasiones, Elspeth había sido acusada de ser una bruja, en el mejor sentido de la palabra, por supuesto. Perry entendió por qué cuando, inesperadamente, su compañera preguntó:

—¿Has hablado últimamente con Kristin Cole?

—No —contestó él tras recuperarse de la sorpresa—. No he vuelto a saber nada de ella desde que me vi obligado a dejarla plantada en Nueva York.

Había contado a Elspeth casi todo lo que había sucedido entre Kristin y él, aunque sin mencionar los besos y el poderoso efecto que le habían producido, por supuesto.

—Me cayó muy bien.

Perry asintió.

—A mí también.

—Pues llámala.

—Puede que lo haga.

Perry no añadió que Kristin no le había dado su número de teléfono. Que él recordara, era la primera vez que una mujer se negaba a hacerle saber cómo localizarla. Estaba acostumbrado a que las mujeres le susurraran su número de teléfono junto al oído, o incluso a que se lo escribieran en la mano. Pero Kristin se había limitado a ignorar su solicitud.

Elsbeth interrumpió los sombríos pensamientos de Perry con un comentario.

—La semana pasada leí uno de sus libros. Me pareció bueno.

Perry no pudo evitar reír.

—Pareces sorprendida.

—Lo cierto es que me sorprendió bastante. No creía que fuera a gustarme esa clase de literatura romántica. Pero me gustó como si fuera un libro de verdad.

Perry sintió una repentina vergüenza al recordar la reacción de Kristin cuando él hizo un comentario tan irreflexivo como aquel.

—Kristin escribe libros de verdad —dijo, con delicadeza.

Elsbeth se mordió el labio.

—Me temo que he hecho un comentario muy desconsiderado. No pretendía...

—No tiene importancia. Sé lo que querías decir.

—¿Has leído tú algo suyo?

—No —admitió Perry con cierta timidez—. Todavía no.

El repentino pitido de un micrófono hizo que todos los asistentes se sobresaltaran. Un avergonzado orador esperó a que se hicieran los ajustes necesarios del sonido, se disculpó profusamente y luego empezó una larga y excesivamente obsequiosa introducción del gobernador.

Perry trató de prestar atención a lo que decía, pero su mente no dejaba de volar hacia una mujer en Carolina del Norte. Una mujer

que no le había dado su número de teléfono... pero que, de todos modos, pronto tendría noticias suyas.

Hacía veinticuatro horas que Kristin había ayudado a Maggie con el argumento de su novela. Desafortunadamente, la sesión no le había servido a ella para salir del atolladero en que se encontraba. Desde entonces había escrito tres párrafos... y había borrado los tres.

Había empezado a plantearse la posibilidad de vender su ordenador y unirse a algún circo ambulante.

Cuando sonó el timbre de su puerta a las cinco de la tarde, suspiró y se levantó de su silla. Supuso que sería el cartero, pues esperaba las pruebas de su último libro. Al menos, repasarlas le proporcionaría algo productivo que hacer para el resto de la tarde. Y leer su propio trabajo le ayudaría a recordar que en otra época fue una escritora.

Se miró rápidamente en el espejo del pasillo mientras se dirigía hacia la entrada. No podía decirse que tuviera su mejor aspecto. Llevaba el pelo sujeto en una desaliñada cola de caballo y no se había molestado en maquillarse ni en ponerse las lentillas. Además de las gafas, llevaba puesta una gran camiseta rosa bajo un peto vaquero y calzaba unas zapatillas peludas de un color rojo chillón. El cartero ya la había visto así vestida en más de una ocasión, de manera que no esperaba asustarlo demasiado.

Debido a que vivía en un pueblo pequeño y a que no había desarrollado el hábito, abrió sin molestarse en echar un vistazo por la mirilla, lo que hizo que se quedara boquiabierta al descubrir que el que había llamado a su puerta era Perry Goodman, y no el cartero.

Vestido con un impecable traje, estaba tan atractivo como lo recordaba. Y la estaba mirando como si no la hubiera visto nunca.

Resistió el impulso de llevarse una mano a su revuelta cola de caballo y en lugar de ello la apoyó en una cadera.

—Perry Goodman. Esto sí que es una sorpresa. Perry se recuperó rápidamente de la suya. —Hola, Kristin.

—¿Pasabas por aquí por casualidad?

—No. He venido específicamente a verte. Te habría llamado antes, pero olvidaste darme tu número de teléfono —la sonrisa de Perry resultó un tanto petulante.

Kristin sabía que tampoco le había dado sus señas, pero ya que ambos eran conscientes de ello, no vio la necesidad de mencionarlo.

—Adelante —dijo, y se apartó a un lado a la vez que hacía un gesto con la mano.

Perry pasó junto a ella y entró en el cuarto de estar.

—Bonita casa —comentó, mientras observaba los sencillos pero elegantes muebles y los toques de brillantes colores añadidos por Kristin.

—Gracias.

Perry se fijó en una fotografía enmarcada que se hallaba sobre la repisa de la chimenea.

—¿Es tu madre?

—Sí.

—Creo que la vi el día de la subasta.

—Es bastante difícil no fijarse en ella. Siéntate, Perry. ¿Te apetece tomar algo?

—Ahora mismo no, gracias —Perry esperó a que Kristin se sentara antes de hacerlo él mismo en el sofá—. ¿Qué tal te ha ido últimamente?

Kristin pensó que era casi surrealista que

Perry estuviera allí charlando con ella. Esa misma mañana lo había visto en la CNN. Se esforzó por aparentar la misma despreocupación que él.

—Bien, gracias. Um... ¿por qué has venido?

Perry sonrió.

—Te debo una cena, ¿recuerdas? Siempre pago mis deudas.

Kristin no podía creer que hubiera hecho aquello. De hecho, no esperaba volver a verlo en persona. Tal vez debería estar molesta

porque se hubiera presentado en su casa sin avisarla de antemano, pero no lo estaba.

Supuso que debería agradecerle que hubiera hecho el esfuerzo de localizarla. Y así era, al menos un poco. Pero no sabía qué hacer al respecto.

Decidió tratar de llevar el asunto con humor.

—¿Y la has traído contigo?

—¿La cena? —Perry sonrió—. No. Tendremos que salir a buscarla.

—¿Te has parado a pensar que podría tener otros planes para esta tarde?

—Por supuesto. Y estoy totalmente dispuesto a esperar hasta que estés libre.

—¿Y si no estuviera libre hasta la semana que viene?

Perry rio.

—En ese caso, supongo que tendría que irme y volver otro día. ¿Qué te parece si examinamos nuestros calendarios?

Kristin tomó una rápida decisión y negó con la cabeza.

—No será necesario. Lo cierto es que no tengo ningún plan para esta tarde.

Habría sido agradable que Perry hubiera fingido cierta sorpresa. En lugar de ello, se limitó a asentir con satisfacción.

—Estupendo. En ese caso, podemos salir hoy.

—Bien —dijo Kristin. Después de todo, Perry había recorrido una gran distancia para compensarla por haber tenido que cancelar la última parte de su cita. Había sido todo un detalle... aunque debería haberla llamado antes por teléfono—. Tendrás que darme algo de tiempo para cambiarme.

Perry asintió.

—¿Te importa que espere aquí mientras lo haces? No te molestaré. Puedo ver las noticias en la televisión, o alguna otra cosa.

Kristin se levantó, se quitó la goma del pelo y sintió que este caía

en torno a sus hombros.

—La televisión está tras la puerta de ese armario, junto con el mando a distancia. Hay refrescos y cervezas en la nevera y vasos en el armario que se halla a su derecha. Si quieres comer algo, hay unas galletas de avena en un bote de Marvin el Marciano en la encimera de la cocina. Estás en tu casa. Trataré de darme prisa.

—Tómate tu tiempo y no te preocupes por mí.

Kristin dudó solo un momento antes (te salir del cuarto de estar en dirección a su dormitorio. Cuando abrió la puerta del armario, trató de concentrarse en qué ropa ponerse en lugar de en el hombre que la aguardaba en el cuarto de estar.

Inquieto y curioso por naturaleza, Perry recorrió el cuarto de estar tras servirse un refresco en la cocina. Se fijó en los títulos de los libros que ocupaban las numerosas estanterías, miró las fotos y examinó los variados objetos que adornaban la habitación. Finalmente, sus pasos lo llevaron hasta una puerta abierta que daba a lo que sin duda debía ser el estudio de Kristin.

Recordando que le había dicho que se sintiera como si estuviera en su propia casa, pasó al interior. «Bonito sistema informático», pensó. Marvin el Marciano volvía a aparecer, en ese caso, en la alfombrilla del ratón. Había un escáner, dos impresoras, una láser para el blanco y negro y otra más pequeña para el color, una máquina de fax, una fotocopidora, un equipo de sonido y una pequeña televisión con vídeo incorporado.

Al parecer, Kristin compartía su aprecio por la electrónica, pensó, sonriente.

En una estantería cercana a un mueble archivador había varios libros con el nombre de Kristin impreso en el lomo. Perry se fijó con interés en que había algunos traducidos a otros idiomas. Además, había numerosos diccionarios, tesauros, atlas, libros de citas y otros que no reconoció.

En una de las paredes, junto al escritorio, había un gran tablero

de corcho con varias fotos recortadas de revistas y catálogos. ¿Sería así como conservaría en su mente las descripciones de los personajes de sus novelas? ¿Describiría los rostros con exactitud o solo utilizaría ciertos atributos, como le comentó que hacía con algunas de las personas que conocía?

También había dos hojas sujetas al tablero. Cada una llevaba un encabezamiento.

Esquema del personaje Amy Hulsizer, se leía en la primera. Y en la otra, *Esquema del personaje Nick O'Donnell*.

¿Serían los protagonistas de la novela que estaba escribiendo? Perry había supuesto que se habría referido a ellos como el héroe y la heroína. ¿Sería así como creaba los personajes en su mente antes de tratar de describirlos para sus lectores? Se preguntó si habría elaborado aquellas listas antes o después de su cita. Si lo había hecho después, ¿reconocería alguna característica de las personas que le había presentado aquel día? ¿Reconocería alguna característica suya?

Naturalmente, Perry no pudo resistir el impulso de leer el resumen de los rasgos personales del héroe.

—*Hijo único*— leyó en voz alta, y sonrió—. *Dos hermanas mayores*.

Al parecer, había impresionado favorablemente a Kristin, pensó, sintiendo que su ego se recuperaba un tanto al comprobar que lo estaba utilizando para dar vida al héroe de su novela.

Pero según siguió leyendo, su sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

Capítulo cinco

Kristin no tardó más de lo necesario en arreglarse, pero necesitó media hora para ducharse, peinarse, maquillarse un poco y vestirse. Se puso una rebeca de color verde menta, una falda larga floral verde, rosa y azul lavanda y unos zapatos de suela alta muy a la moda. Era un atuendo menos sofisticado que los que usó los dos días que salió con Perry, pero aquello no era Nueva York ni Washington. Así era como se vestía en su vida «real».

Encontró a Perry sentado en el sofá, donde lo había dejado. Tenía la televisión encendida y estaba hablando por su teléfono móvil. ¿Dejaría de trabajar alguna vez? Y, siendo un hombre tan ocupado, ¿por qué se había molestado en ir hasta allí solo para invitarla a cenar? ¿Se debería tan solo a su alto sentido de la responsabilidad, o le preocuparía que ella pudiera decir algo poco halagador sobre su frustrada cita? A fin de cuentas, los políticos siempre estaban preocupados por su imagen, aunque no actuaran en primera línea.

—¿Te he hecho esperar demasiado? —dijo Kristin cuando Perry terminó de hablar.

—En absoluto —aseguró él, y se puso de inmediato en pie, haciendo gala una vez más de su impecable educación—. Estás muy guapa.

—Gracias —Kristin observó un momento la sonrisa de Perry. Algo había cambiado en él durante la media hora que lo había dejado solo. Algo en sus ojos, tal vez.

Agitó la cabeza ligeramente y se dijo que estaba siendo demasiado imaginativa. A menos que... señaló con un gesto el móvil que Perry aún sostenía en la mano.

—¿Ha surgido algo?

—Si te refieres a si voy a cancelar de nuevo nuestra cena, en absoluto —Perry guardó el teléfono en su funda—. Solo me estaba ocupando de un pequeño asunto mientras te preparabas. Ahora ya estoy libre.

Kristin asintió y se repitió que debía haber imaginado cosas que no estaban pasando. Perry señaló la puerta.

—¿Estás lista para salir a comer?

—Lo cierto es que estoy muerta de hambre —contestó Kristin con candidez—. Hoy solo he almorzado una manzana y un refresco.

Perry rio y avanzó hacia la puerta.

—En ese caso, hay que alimentarte a toda costa. No quisiera que me acusaran de estar demasiado centrado en otras cosas como para olvidarme de cuidar a una mujer hambrienta.

Aunque el tono de su voz fue claramente humorístico, algo en él hizo dudar a Kristin. ¿Qué habría querido decir con aquel comentario? Lo miró con atención y notó que, a pesar de su sonrisa relajada y agradable, la expresión de sus ojos era impenetrable. Por primera vez desde que lo había conocido, le hizo sentirse un poco nerviosa.

Pero el momento pasó tan rápido que volvió a preguntarse si no se estaría dejando llevar por su imaginación. Perry parecía totalmente relajado cuando abrió la puerta e hizo una burlona reverencia.

—Después de usted, señorita.

Kristin pensó que aún estaba aturdida por su inesperada aparición y que ese era el motivo por el que no dejaba de imaginar que, tras sus encantadoras sonrisas, estaba más que un poco enfadado con ella. Pero ya que no recordaba haber hecho nada como para merecer aquello, se limitó a sonreír y a pasar junto a él.

—Gracias, señor.

—Es evidente que conoces la zona mejor que yo —dijo Perry cuando ya estaban sentados en el coche—. ¿Cuál es el mejor

restaurante de Cutter Point?

Kristin no pudo evitar una risita.

—Si quieres un buen restaurante, tendremos que ir a Raleigh. Cutter Point no es conocido precisamente por su exquisitez gastronómica.

—Me ha gustado lo que he visto del pueblo mientras venía hacia tu casa. La vieja plaza con sus antiguos edificios, los jardines llenos de flores, los asientos de mimbre en los porches delanteros, donde imagino a los vecinos pasando tranquilamente la tarde... Para alguien que pasa demasiado tiempo viajando de una gran ciudad a otra, este tipo de poblaciones tienen un atractivo muy especial.

Kristin suspiró con nostalgia.

—Incluso aquí, la costumbre de pasar una tarde apacible sentado en el porche de casa se está volviendo más y más rara. Todo el mundo está siempre demasiado ocupado. Ni siquiera un pueblo pequeño como este se ve libre de la vorágine de la vida moderna.

—Estás destruyendo mis ilusiones respecto a la tranquilidad de la vida rural —protestó Perry.

—Lo siento. Pero si no quieres que te las estropee del todo, insisto en que será mejor que vayamos a algún restaurante en Raleigh.

—De acuerdo.

Media hora después entraban en uno de los lugares favoritos de Kristin en Raleigh, un sofisticado restaurante con un menú ecléctico y un ambiente muy relajado. No se admitían las reservas, y normalmente había que esperar un poco para conseguir mesa, pero a los clientes no solía importarles esperar en el animado bar en que un buen trío de jazz tocaba desde un pequeño escenario.

A Perry pareció gustarle la elección de Kristin. Alabó la decoración del local y la música que escucharon mientras tomaban un vino blanco antes de cenar. Unos minutos después, tras haber sido conducidos a una mesa, estudió el menú con interés.

—Fascinante —murmuró.

—La dirección del restaurante se enorgullece ofreciendo platos difíciles de encontrar en otros lugares —explicó Kristin.

—La verdad es que estoy teniendo problemas para decidir qué tomar.

—Mi madre recomienda el avestruz. Normalmente, yo elijo algo de marisco. Me encanta el marisco.

—Tu madre parece una mujer interesante.

—Es... diferente, sin duda.

Perry cerró su menú y lo dejó a un lado.

—¿Y tú? ¿También eres diferente?

Kristin se encogió de hombros sin apartar la mirada del menú.

—Supongo que eso depende de a quién preguntes. Yo tiendo a considerarme una persona bastante normal.

—Casi todos los escritores a los que he conocido se consideran un tanto excéntricos y temperamentales. ¿Tú no tienes ninguna peculiaridad creativa?

—Supongo que sí —Kristin se sintió aliviada cuando un camarero se acercó a tomarles nota. Nunca se había sentido cómoda diseccionando su propia psique... artística o de cualquier otra clase.

Tras elegir el menú, se miraron un momento en silencio. Ya que Perry no parecía tener prisa por romper este, Kristin se sintió impulsada a hacerlo.

—Veo que has decidido fiarte de mi madre.

Perry asintió.

—Hace tiempo que no como avestruz. Supondrá un agradable cambio respecto al pollo de «plástico» que he comido últimamente.

—La gente que prueba por primera vez el avestruz suele decir que le recuerda más a la carne de vaca que a la de pollo o pavo —dijo Kristin, solo por seguir hablando.

—Me dijiste que te criaste en esta zona. ¿Has vivido alguna vez en otro lugar?

—Estudié en la universidad de Florida y luego viví cerca de cuatro años en Tampa. Volví a Cutter Point después de vender mi segundo libro.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué elegiste vivir en un pueblo tan pequeño? ¿No habría sido mejor para tu carrera vivir en Nueva York?

Kristin se encogió de hombros.

—Estoy en contacto con mi editora a través del teléfono y el fax, y tengo suficiente con ver a mi agente un par de veces al año. Me gusta la tranquilidad de Cutter Point.

—Supongo que la actividad social del pueblo será un tanto escasa, ¿no?

Kristin sonrió irónicamente.

—Me las arreglo para estar suficientemente entretenida.

—¿Hay algún hombre especial en tu vida que te ayude a mantenerte entretenida? —preguntó

Perry en un tono demasiado despreocupado. Kristin alzó una ceja y respondió sucintamente:

—No.

—Así que aún estás buscando uno de esos héroes románticos de tus novelas, ¿no?

Kristin frunció el ceño. Cada vez era más evidente que algo había molestado a Perry. ¿Qué había hecho ella para irritarlo?

—No necesariamente. Soy perfectamente feliz con mi vida tal como es —dijo, y se alegró de que aún no les hubieran servido la comida, porque probablemente se habría atragantado al decir aquella mentira. Pero no era su falta de vida amorosa lo que le preocupaba... al menos, no del todo. Lo que realmente le inquietaba eran las dificultades que estaba teniendo para seguir adelante con su profesión, algo sobre lo que no tenía intención de discutir con Perry.

—¿No crees que existan en realidad los tipos sobre los que

escribes en tus libros? Héroe más grande que la vida misma, capaces de arrastrar a una mujer y llevársela para vivir siempre felices.

Kristin respondió cuidadosamente.

—Creo en los finales felices, si te refieres a los matrimonios que salen bien. He visto muchos ejemplos entre mis familiares y amigos. Y si hubieras leído alguno de mis libros sabrías que los héroes que creo pueden ser más grandes que la vida en ciertos aspectos, pero también tienen imperfecciones y son vulnerables como cualquier ser humano. Tienen que superar sus problemas y encontrar su camino en la vida antes de ser libres para amar plenamente. Y las mujeres de mis libros no son «arrastradas» para encontrar la felicidad. La encuentran por sí mismas.

—En otras palabras, no necesitan un hombre.

Kristin frunció el ceño.

—Esperan encontrar el amor, por supuesto. Alguien con quien compartir su vida. Hijos. Pero son capaces de cuidar de sí mismas.

—¿Y cuánto se parecen tus heroínas a ti?

Una vez más, Kristin se sintió aliviada cuando la conversación volvió a ser interrumpida. Mantuvo la mirada fija en la mesa mientras el camarero les servía la comida, preguntándose cómo podía cambiar de tema sin ser demasiado obvia. Normalmente no le importaba hablar de su trabajo, pero en esos momentos no se sentía cómoda haciéndolo. Sobre todo por las dificultades que estaba teniendo últimamente, por supuesto. Pero también se debía al enigmático trasfondo de Perry, a la extraña sensación que tenía de que había motivos para sus preguntas que no llegaba a comprender.

Afortunadamente, él pareció sentir su renuencia a seguir con el tema. Charlaron de temas intrascendentes a lo largo de la comida y Perry contó unas cuantas anécdotas muy divertidas sobre su trabajo. Era muy entretenido cuando quería y Kristin supo que, mientras no se metiera en terrenos demasiado dolorosos, podía disfrutar

realmente de su compañía. Y también mientras no olvidara que el encanto exterior no era un indicio de lo que había debajo.

—Llevas una vida muy excitante —comentó mientras comían—. Debes disfrutar viajando y estando rodeado de gente.

—Casi todo el tiempo. Pero hay veces en que echo de menos el silencio y la calma. La soledad. Entonces suelo ir a alguna isla tranquila a relajarme unos días.

—¿Y tienes oportunidad de hacerlo a menudo?

—Un par de veces al año. Suele bastarme con eso para recargar las baterías.

Kristin tuvo un pensamiento irónico que le hizo sonreír.

—¿Qué te parece tan divertido?

Kristin arrugó la nariz.

—Estaba pensando que tú y yo llevamos vidas muy opuestas. Tu trabajo es muy público, y lo que buscas para tus vacaciones es paz y soledad. Yo trabajo en completo aislamiento, y normalmente acudo a abarrotadas conferencias o a ajetreadas ciudades cuando estoy de vacaciones. El contraste me ha parecido divertido.

A Perry no pareció divertirle demasiado su comentario.

—Hay cosas similares en nuestros trabajos. Los dos necesitamos promoción y publicidad para sacar adelante en el mercado nuestros productos, tus libros y mis clientes. Los dos vivimos de vender nuestras ideas y esperamos que lleguen a una gran audiencia.

—No había pensado en ello de ese modo.

Perry asintió, evidentemente satisfecho de sí mismo.

—Solo he pensado que debía comentarte que no soy el único que necesita la atención pública para tener éxito en lo que hace.

—¿Te ha parecido que estaba siendo crítica con tu trabajo? —preguntó Kristin con curiosidad—. Si es así, te aseguro que no pretendía serlo. He dicho que nuestras vidas eran distintas, pero no pretendía sugerir que una fuera mejor que la otra. Solo... diferentes.

—¿Así que no piensas que soy una persona superficial y

hambrienta de publicidad?

En esa ocasión, el tono de Perry fue claramente retador. Kristin dedujo que debía haber dicho o hecho algo que lo había molestado, pero no sabía de qué se trataba.

Respondió cuidadosamente.

—Solo hemos pasado unas horas juntos, de manera que no puede decirse que te conozca demasiado bien. Por lo que he visto hasta ahora, te gusta tu profesión y tienes éxito en ella, y pareces ser bastante popular entre tus colaboradores. Has hecho todo lo posible por ser agradable conmigo, y admiro tu generosa contribución a la causa de la alfabetización. Si me estás preguntando si mi opinión sobre ti ha sido generalmente positiva desde que te conozco, la respuesta es sí.

Perry rio con suavidad, moviendo la cabeza.

—Has hablado como una consumada política. Si alguna vez decides presentarte a algún cargo, avísame. Mi trabajo resulta mucho más cómodo cuando mi candidato sabe responder con tanto tacto.

—Me desconciertas, Perry —confesó Kristin tras una pausa, deseando saber con exactitud qué pasaba por su cabeza.

Perry alzó una ceja con gesto irónico.

—Es lo justo —murmuró—, porque tú me tienes totalmente desconcertado, Kristin Cole. Ella no ocultó su sorpresa.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Aún no he sido capaz de llegar a entenderte —contestó Perry y, con una sonrisa que hizo aflorar sus atractivos hoyuelos, añadió—: Pero no pienso dejar de intentarlo.

Kristin se aclaró la garganta. Algo en la mirada de Perry la puso nerviosa; era como si acabara de lanzarle un reto para el que no sabía si estaba preparada. Centró de nuevo su atención en la comida, diciéndose que estaba volviendo a imaginar cosas. Perry solo había

ido a buscarla para dejar zanjada su cita. Si tenía algo más en mente, debía encontrar el modo de hacerle ver que no merecía la pena que malgastara su tiempo y su encanto.

A pesar de todo lo que había leído y escrito sobre la «atracción de los opuestos», Perry y ella eran la pareja más improbable que podía imaginar. Y aquel era el momento menos adecuado de su vida para pensar en tener una relación con alguien. Estaba tan preocupada por el futuro de su profesión y tan dolida por lo mal que había ido su última relación que no podía fiarse de su propio juicio. Necesitaba tiempo para recuperar confianza en varios aspectos de su vida.

No podía distraerse con un romance que parecía abocado a terminar de modo doloroso. Por muy atractivo que resultara Perry Goodman al sonreír. Por muy tentadores que resultaran sus hoyuelos. Por muy halagada que se sintiera debido a las molestias que se había tomado para completar su cita interrumpida. Por mucho que hubiera recordado sus besos y hubiera tratado de convencerse de que en realidad no habían sido los más espectaculares que había experimentado en su vida.

Apartó la mirada de su plato y la alzó de nuevo hacia Perry. Al ver la cálida expresión de sus ojos mientras la miraba, no pudo evitar ruborizarse.

A pesar de sí misma, tuvo que reconocer que aquellos besos sí habían sido asombrosos, y que no le habría importado disfrutar de algunos más. Pero era lo suficientemente fuerte como para resistir la tentación cuando sabía que ceder a ella solo le haría mal.

O, al menos, eso esperaba.

Kristin Cole frustraba a Perry más que ninguna otra mujer que hubiera conocido. Había hecho todo lo posible por cautivarla. ¿Cuánto tiempo hacía que no se esforzaba tanto? ¿Y cuánto tiempo hacía que tenía tan poco éxito con sus esfuerzos?

Aunque Kristin era una compañía muy agradable, aún tenía la sensación de que lo consideraba tan solo una distracción. Si sentía la

más mínima atracción sexual por él, lo disimulaba maravillosamente. Si recordaba los besos que le había dado, no se notaba en lo más mínimo en su mirada.

Sin embargo, él había pensado mucho en aquellos besos... y en la posibilidad de que se repitieran.

Tenía la desagradable sospecha de que no le gustaba demasiado a Kristin. No entendía por qué, porque lo cierto era que se estaba comportando maravillosamente con ella.

Acostumbrado a ser el centro de atención, y tal vez un poco estropeado por la adulación, Perry estaba teniendo dificultades para resignarse a renunciar a Kristin. Le gustaba aquella mujer... y no entendía que el sentimiento no fuera recíproco.

Pensó en las características del personaje sobre el que había leído en el despacho de Kristin. Al principio le había halagado comprobar que lo estaba utilizando como modelo para su héroe, pero al seguir leyendo y encontrar palabras como *chulito*, *egocéntrico* y *hambriento de atención*, había esperado fervientemente que hubiera escrito aquella lista antes de conocerlo.

Pero aún tenía la desagradable sospecha de ser el modelo de su héroe, y de que todas aquellas palabras describían la visión que Kristin tenía de él. ¿Cómo podía hacerle cambiar de opinión? Y, dados los pocos ánimos que estaba recibiendo por parte de ella, ¿por qué se estaba convirtiendo en algo tan importante para él intentarlo? A fin de cuentas, nunca se había considerado un masoquista.

Kristin dudó inicialmente respecto a pedir un postre, pero Perry la animó a que lo hiciera.

—Has dicho que apenas has comido.

—Es cierto —contestó ella, indecisa, y un instante después capituló—. Sirven un exquisito pastel de lima. Creo que voy a tomar eso.

—Me parece muy buena idea —Perry dejó a un lado el menú de los postres y sonrió a la camarera—. Que sean dos. Me encanta el

pastel de lima.

La camarera le devolvió una coqueta sonrisa.

—En ese caso, me aseguraré de que le sirvan una buena ración.

Kristin alzó una ceja mientras la camarera se alejaba dándose aires.

—Parece que acabas de conseguir otra admiradora.

Perry frunció el ceño. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Se trataría de otra sutil puya o solo sería un comentario intrascendente? Recordó algo más que había leído en el despacho de Kristin sobre su personaje Nick O'Donnell. *Un poco engreído. Acostumbrado a la atención femenina.*

¿Sería así como lo veía Kristin? ¿O solo estaría imaginando que el personaje de Nick O'Donnell estaba basado en él?

Antes de poder decidir cómo responder, notó que Kristin se había distraído. Siguió su mirada y vio a una pareja mayor que se hallaba sentada en una mesa cercana. Estaban tomados de la mano y se sonreían el uno al otro con evidente dulzura.

—Deben estar celebrando un aniversario —murmuró Perry, pensando que aquel tema atraería a Kristin—. ¿Sus bodas de oro, tal vez?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—El hombre acaba de darle a la mujer un anillo de compromiso y ella se lo ha puesto.

Perry volvió a mirar por encima del hombro y se fijó en el diamante que brillaba en la arrugada mano de la mujer. La pareja debía tener por lo menos setenta años, pero sus ojos brillaban como los de dos adolescentes. Perry sonrió y volvió a mirar a su compañera. Pero la sonrisa se esfumó de su rostro al volver a ver su temible cuaderno de notas. Lo había sacado de su bolso y estaba escribiendo algo en él. ¿Harían todos los escritores lo mismo?

Kristin apartó el cuaderno a un lado cuando la camarera regresó con los postres. El de Perry era casi el doble que el de Kristin, y la

camarera se lo sirvió con una risita. Kristin lo miró irónicamente y él sintió que se le acaloraban las mejillas. No había flirteado en lo más mínimo con la camarera. Simplemente había sido amable con ella. Otras mujeres reaccionaban a sus encantos... ¿por qué no Kristin?

Tal vez estaba siendo demasiado sutil.

Probó un trozo de su pastel.

—Mmm. Sabroso y tentador. Como tú —añadió, alzando una ceja.

Kristin lo miró como si acabara de sacarse una moneda de detrás de la oreja.

—¿Sueles tener suerte con ese piropo?

—En ocasiones —contestó Perry, arrepentido por haberlo dicho. Evidentemente, el cambio de táctica no había servido.

Kristin asintió pensativamente y luego anotó algo en su cuaderno.

Por mucho que odiara perder, Perry se preguntó si habría llegado el momento de reconocer su derrota en su campaña por conquistar la aprobación de Kristin.

Pero siendo de naturaleza optimista, decidió que había hecho muchos progresos con ella durante el postre. Incluso consiguió que riera en alto cuando le hizo un par de bromas.

Pero el modo en que arrugaba su nariz cuando reía lo volvía loco. Y el brillo de sus ojos oscuros cuando reía. Y el leve hoyuelo que se formaba en el lado derecho de su boca cuando sonreía.

Aún no tenía por qué considerarse derrotado. Tal vez fuera un poco tímida y le costara entrar en calor con nuevos conocidos.

Finalmente, Kristin se declaró incapaz de comer nada más.

—Ha sido una comida estupenda —dijo, y suspiró, satisfecha—. Mucho mejor que la sopa de lata y el sándwich frío que habría comido si no hubieras venido.

—A mí también me ha gustado. Pero eso se ha debido tanto a la comida como a la compañía. —Estás flirteando de nuevo.

—Un poco —admitió Perry—. ¿Quieres que deje de hacerlo?

—Supongo que un poco de flirteo no le hace mal a nadie —contestó Kristin al cabo de un momento, en un tono lo suficientemente coqueto.

Perry pagó la cena y luego volvieron al coche. Mientras cruzaban el aparcamiento, apoyó la mano en la parte baja de la espalda de Kristin. Le divirtió notar que se sentía casi como un adolescente, satisfecho consigo mismo por haber encontrado el coraje necesario para tocarla... y porque ella le estuviera permitiendo hacerlo.

Una vez en el coche, buscó una emisora de música suave e íntima para el trayecto de regreso, sin poder dejar de pensar en cómo reaccionaría Kristin si volviera a besarla.

Cuando la acompañó hasta la puerta de su casa, ella se volvió y dijo:

—¿Te apetece pasar a tomar un café?

—Me encantaría —contestó Perry rápidamente. Al parecer las cosas iban mejorando.

La siguió hasta la cocina y se apoyó contra la encimera mientras ella preparaba el café.

—Me gusta tu cocina.

Se había fijado en ella mientras Kristin se cambiaba antes de salir a cenar. La cocina tenía un ambiente acogedor y hogareño, con el suelo de madera, muebles de roble, encimera de granito gris, cacerolas con la base de cobre y algunas plantas metidas en cestas de mimbre. A su lado había otra cesta llena de sobres, cupones y trozos de papel. Casi podía imaginar a Kristin sentada allí, tomando café mientras leía el periódico o abría su correo.

Y casi pudo imaginarse a sí mismo desayunando con ella.

—Gracias —Kristin sacó dos tazas de un armario—. ¿Cómo quieres el café?

—Solo, gracias. ¿Te gusta cocinar?

—Apenas me molesto en hacerlo para mí misma, pero me gusta

cocinar ocasionalmente cuando tengo invitados.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Sobre todo los platos de pasta. Son fáciles, saludables y muy variados.

—Me encanta la pasta en cualquiera de sus modalidades.

Kristin también se apoyó contra la encimera mientras esperaba a que saliera el café.

—Y a ti, ¿te gusta cocinar?

—Nunca he aprendido —admitió Perry—. Me gustaría hacerlo, pero nunca encuentro tiempo para ello. Puedo revolver huevos, fundir queso y preparar alguna otra cosa, pero mi repertorio culinario no va mucho más allá.

—Cocinar no es difícil. Solo es cuestión de seguir paso a paso las recetas escritas.

—Tal vez, algún día podrías enseñarme a cocinar algo.

—Tal vez.

Perry creyó percibir un matiz de duda en el tono de voz de Kristin. Si era así, ¿se debería a que no consideraba probable a que llegaran a compartir alguna vez una lección de cocina, o a que no creía que fueran a volver a verse?

Pero si pensaba que él no tenía interés en volver a verla, estaba muy equivocada. No había ido a Cutter Point a cumplir con una obligación; al menos, ese no había sido el motivo principal. Había ido porque quería volver a ver a Kristin. Y sospechaba que iba a querer volver a verla después de aquella noche.

Pero no estaba seguro de que ella sintiera lo mismo, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado. Normalmente, nunca dudaba del interés que pudiera sentir una mujer por él.

Pero Perry no era un hombre que dudara demasiado tiempo sobre lo que debía hacer. Sin pensárselo dos veces, se apartó de la encimera y dio un paso hacia Kristin.

—Hay algo que llevo deseando hacer toda la tarde.

Fue evidente que ella no necesitó preguntar a qué se refería. Alzó una mano con la palma vuelta hacia él en señal de advertencia.

—Perry..

—Kristin —interrumpió él, sin dejar de avanzar—. ¿Te he dicho alguna vez que tienes la nariz más bonita que he visto en mi vida?

Kristin parpadeó.

—¿La... nariz?

Perry dio el paso definitivo hacia ella. La mano que Kristin había extendido para detenerlo acabó apoyada contra su pecho.

—También me encanta tu boca. Ese adorable hoyuelo que te sale en el lado derecho cuando sonríes resulta realmente tentador.

Las mejillas de Kristin se cubrieron de rubor. Hizo un visible esfuerzo por hablar con firmeza.

—Sé que antes he dicho que no me importaba un poco de flirteo, pero...,

—Durante la cena me he permitido flirtear un poco —interrumpió Perry de nuevo—, pero esto es distinto.

Kristin aún no había apartado la mano de su pecho. Flexionó los dedos contra la tela de su camisa.

—Vuelves a confundirme —se quejó.

Perry sonrió y bajó la cabeza.

—Bien —murmuró y cubrió la boca de Kristin con la suya.

Su último pensamiento coherente fue que se alegraba de que Kristin no lo hubiera apartado de un empujón... de que, de hecho, le estuviera devolviendo el beso. Y cuando entreabrió los labios bajo los suyos, ya no fue capaz de pensar nada más.

Capítulo seis

Perry no entendía qué sucedía cuando besaba a Kristin Cole. No oía campanas, ni música, ni fuegos artificiales. El suelo no se movía bajo sus pies ni el mundo se balanceaba sobre su eje. Pero, sin duda alguna, había algo diferente en aquellos besos, algo a lo que podría volverse fácilmente adicto.

Tras un largo y agradable interludio, Kristin pareció darse cuenta de repente de lo que estaba haciendo. Se apartó con un grito ahogado.

—El... el café ya está listo —dijo, como si aquello fuera terriblemente importante.

—Puede esperar —replicó Perry y volvió a estrecharla entre sus brazos.

Con un débil murmullo que podría haber sido de resignación, Kristin lo rodeó con los brazos por el cuello y alzó el rostro. Perry tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no devorarla. Sus labios eran tan suaves, su boca tan dulce... La sentía cálida y vibrante en sus brazos y las curvas de su cuerpo parecían hechas a la medida de sus manos. Cuando deslizó estas desde sus hombros hasta lo alto de sus caderas, ella dejó escapar un apagado gemido de placer.

Perry pensó que, tal vez, empezaba a gustarle.

La falta de oxígeno lo obligó finalmente a alzar la cabeza.

—Si supieras lo a menudo que he pensado en besarte durante estas dos pasadas semanas... —dijo, y a continuación volvió a besarla.

En la siguiente ocasión fue Kristin la que se apartó para respirar temblorosa y profundamente.

—Esto no me parece buena idea —murmuró con voz ronca.

—Entonces, ¿por qué resulta tan agradable?

Kristin permaneció un momento en silencio. Luego dijo:

—Apenas nos conocemos

Perry la besó en la frente y sonrió al sentir que ella temblaba.

—Creo que estamos empezando a conocernos bastante bien.

—Este no es el modo habitual en que suelo conocer a la gente.

Perry notó que Kristin no había retirado los brazos de su cuello. Inclino de nuevo la cabeza hacia ella y habló contra sus labios.

—En esta ocasión podrías hacer una excepción.

Kristin murmuró algo incoherente contra su boca. Perry supuso que había accedido, pues se arrimó contra él y le hizo sentir la cálida presión de su cuerpo.

Cediendo a la tentación, deslizó una mano desde la cadera de Kristin hacia uno de sus pechos, sintiendo que la palma de la mano le picaba de impaciencia. Entonces, su codo tropezó contra la cesta en la que se había fijado antes, la que estaba llena de sobres y papeles. La cesta cayó de la encimera y derramó su contenido por el suelo.

«Muy hábil, Goodman», pensó, irritado consigo mismo mientras Kristin se apartaba. ¿Por qué iba todo siempre mal cuando estaba con ella?

—Lo siento —dijo, y se agachó para ayudarle a recoger el contenido de la cesta—. Normalmente no soy tan patoso.

—Estoy segura de ello —dijo Kristin, sonando divertida mientras recogía unas monedas del suelo.

Un sobre había caído tras Perry, derramando su contenido por el suelo. Mientras lo recogía, se fijó en que eran unas fotos. Kristin aparecía en la mayoría de ellas y estaba tan guapa que no pudo evitar admirarlas. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos que mostraban sus bonitas piernas y una camiseta sin mangas que realzaba sus curvas. Su pelo suelto brillaba a la luz del sol. Las fotos parecían haber sido tomadas en un parque de atracciones. En varias de ellas, Kristin aparecía con una niña de unos siete u ocho años. En otras

estaba junto a un hombre rubio, alto y atractivo que la rodeaba con un brazo por los hombros. Perry pensó que parecían una familia muy feliz.

Kristin tomó las fotos de sus manos.

—Voy a volver a guardarlas en el sobre.

—Parece que lo estabas pasando bien —comentó Perry, sin saber cómo preguntar quiénes eran el hombre y la niña y qué significaban para Kristin.

—Mi madre las tomó el pasado verano. Estábamos en un parque de atracciones con algunos... amigos —su expresión era pensativa mientras miraba una foto de sí misma junto al hombre y a la niña, todos riendo y con los brazos enlazados.

Perry se preguntó qué habría pasado para que se pusiera tan triste al mirar aquellas fotos. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no formular las preguntas que rondaban su cabeza. Había tantas cosas que quería saber sobre Kristin... De hecho, quería saberlo todo.

Miró de nuevo al suelo y se fijó en una foto que había caído boca abajo. Se agachó a recogerla y la volvió. La imagen le hizo fruncir el ceño. Kristin y el hombre de las otras fotos habían sido captados en un abrazo que preludiaba claramente un beso. Sin entender por qué, Perry sintió un repentino arrebató de posesividad masculina, un absurdo impulso de golpear a aquel tipo.

—Aquí hay otra —dijo, y se la alcanzó a Kristin.

Ella la tomó sin mirarla. Apenas echó un vistazo a la fotografía antes de guardarla en el sobre junto a las otras.

—Parece que eso es todo —dijo, mientras colocaba de nuevo la cesta en la encimera.

Perry se irguió.

—Kristin...

Aún sin mirarlo, Kristin se apartó de él.

—Se está haciendo tarde —dijo, lanzando una significativa

mirada al reloj de pared de la cocina—. ¿Aún quieres tomar ese café antes de irte?

Su comentario fue tan sutil como un mazazo. Le había ofrecido café y se lo iba a dar, pero luego le iba a enseñar dónde estaba la puerta.

Algo le dijo a Perry que no iba a poder hacerle cambiar de opinión. El ambiente se había roto y Kristin había vuelto a alzar sus defensas. Y él tendría que haber sido un idiota para no darse cuenta de que aquello tenía que ver con el hombre de las fotos.

Necesitaba pensar en aquello. Tenía que decidir cuál iba a ser su siguiente paso y si realmente quería darlo.

—Se está haciendo tarde —dijo, y miró automáticamente su reloj—. Creo que será mejor que pase del café por esta noche.

Kristin pareció preocupada ante la posibilidad de haber roto alguna regla de etiqueta.

—¿Estás seguro de que no quieres tomarte una taza antes de irte?

—Gracias, pero no —Perry sabía que si no se iba en aquel momento intentaría volver a besarla. O algo más. A menos que quisiera perder el poco terreno conquistado, más le valía apartarse de la tentación.

Kristin lo acompañó a la puerta.

—¿Tienes algún sitio en el que quedarte a pasar la noche?

—He reservado una habitación en un hotel cerca del aeropuerto de Raleigh. Voy a tomar un vuelo temprano por la mañana. Tengo que estar en Washington para el almuerzo.

Habría sido agradable que Kristin hubiera mostrado cierta decepción al saber que se iba, pero se limitó a asentir.

—Que tengas un buen vuelo.

Perry se volvió hacia ella en la puerta.

—Solo necesito saber una cosa antes de irme.

Kristin lo miró con expresión de duda.

—¿De qué se trata?

Perry la miró atentamente mientras preguntaba:

—¿Sigues enamorada de él?

Por un momento temió que no fuera a contestarle.

Finalmente, Kristin negó con la cabeza.

—No.

La certeza de su respuesta dio nuevos ánimos a Perry, así como el valor necesario para inclinarse y besarla en la mejilla.

—En ese caso, volverás a tener noticias mías.

Kristin permaneció muy quieta mientras él abría la puerta y salía al exterior. Casi había llegado al coche cuando lo llamó.

—¿Perry?

Cuando él se volvió, la vio en el umbral de la puerta, evidentemente nerviosa.

—¿Sí?

—Mi nuevo libro... no marcha muy bien.

—Siento oír eso —Perry esperó, sabiendo que aún faltaba algo.

—Y lo cierto es que no me gusta nada la política. Me temo que es algo que me aburre.

A Perry no le sorprendió especialmente aquella revelación, y ya que aquel no era el momento adecuado para entrar en una disertación sobre por qué todo ciudadano debería interesarse en la política, se limitó a asentir y a decir:

—De acuerdo.

Pero al parecer, no estaba reaccionando como ella esperaba.

—Me temo que este es un mal momento para mi, Perry — continuó Kristin—. Y aunque no fuera así, creo que tú y yo tenemos muy poco en común.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Hablaremos de ello la próxima vez y comprobaremos en cuántas cosas coinciden nuestros gustos.

—¿La próxima vez? Acabo de decirte...

—Buenas noches, Kristin. Tendrás noticias mías —Perry entró

rápidamente en el coche, antes de que Kristin pudiera decir algo que no quería oír. Aún seguía en el umbral de la puerta cuando puso el coche en marcha y se alejó.

A veces, cuando tenía problemas de creatividad con el ordenador, Kristin salía con un cuaderno, un bolígrafo y un vaso de té al jardín trasero de su casa, desde el que se divisaban las aguas azules de un lago cercano. Allí, sentada en una cómoda tumbona, esperaba hasta que las palabras comenzaban a fluir con soltura.

Pero aquella tarde, tras pasar más de una hora sentada con el bolígrafo preparado sobre el papel, las únicas palabras que había logrado escribir eran *Perry Goodman*.

Arrancó la hoja del cuaderno, la arrugó y la arrojó a un lado.

—¡Esto es ridículo! —exclamó en voz alta, asustando a un gorrión que se había posado en la valla cercana.

Habían pasado dos días desde la visita de Perry y, desde entonces, Kristin había pasado demasiado tiempo pensando en él y preguntándose cuándo volvería a tener noticias suyas. No «si», sino «cuándo». Perry había dejado muy claro que volvería a llamarla.

Ella había tratado de no alentarle, pero era lo suficientemente sincera como para reconocer que existía una cierta química entre ellos, evidenciada por sus reacciones cada vez que se besaban. Pero las aventuras breves, ardientes o de cualquier tipo, no eran su estilo, y eso era lo que había tratado de decirle antes de que se fuera. Y no podía imaginar que pudiera haber nada más profundo entre ellos.

Pero no entendía por qué estaba pasando tanto tiempo pensando en aquello. Todo lo que tenía que hacer era decir no cuando Perry volviera a invitarla a salir. O no dejarle pasar si volvía a presentarse en su casa sin avisar. En más de una ocasión había tenido que rechazar las atenciones de algún hombre, y lo había hecho sin dificultad. Tal vez, lo que más le preocupaba era que no quería rechazar las de Perry.

—O puede que solo lo estés utilizando como excusa para no

tener que ponerte a escribir.

—¿Con quién hablas, Kristin?

Kristin dio tal bote en el asiento que el cuaderno cayó de su regazo.

—¡Mamá! ¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó, con una mano sobre su palpitante pecho—. No te he oído llegar.

Vestida con un colorido y flotante conjunto que le hacía parecer un arco iris, Sophie cruzó la cancela del jardín y ocupó la tumbona que se hallaba junto a la de su hija.

—Eso tiene buen aspecto —dijo, señalando el vaso de té que Kristin tenía a su lado, sobre una pequeña mesita.

Kristin se inclinó y empujó el vaso hacia su madre.

—Toma este. Aún no lo he probado. Iré a por otro vaso para mí.

Sólo tardó unos momentos en ir a la cocina a por otro vaso. Utilizó aquel rato para recobrar la compostura y prepararse para el interrogatorio que la aguardaba. Cuando volvió al jardín, encontró a su madre bebiendo té y ojeando las páginas en blanco de su cuaderno.

—Al parecer, he llegado justo cuando estabas empezando —dijo Sophie, y dejó el cuaderno sobre la mesa—. Lo siento, querida. Espero no haberte hecho perder el hilo.

—No te preocupes. Hace tiempo que lo perdí —replicó Kristin mientras se sentaba, tratando de mostrarse despreocupada.

Sophie alzó una ceja.

—¿No te va bien con el libro?

—No, hoy no. Estoy un tanto atascada.

Sophie sonrió.

—Ya he oído eso antes. Más o menos, cada vez que vas por la mitad de un libro.

Kristin rio.

—Ya me conoces, mamá. Tengo que seguir las viejas rutinas.

Sophie dejó de sonreír mientras observaba el rostro de su hija.

—Claro que te conozco. ¿Te sucede algo malo, cariño?

Kristin se encogió de hombros.

—Oh, supongo que estoy un poco deprimida, nada más. ¿Qué te trae por aquí, mamá? No te esperaba.

—Lo sé, pero me apetecía ver hoy a mi niñita.

Algo en la voz de su madre hizo que Kristin entrecerrara los ojos.

—¿Qué sucede, mamá?

—No sucede nada —contestó Sophie, sin demasiada convicción—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque yo también te conozco, y sé que hoy has venido a verme por algún motivo.

Sophie suspiró y movió la cabeza.

—Lo cierto es que quiero hablar de algo contigo, pero no es nada importante.

—¿De qué se trata, mamá?

—Jack me ha pedido que vaya a Australia con él. Se va dentro de unos días.

Kristin se quedó boquiabierta.

—¿A Australia? —repitió.

Sophie asintió, con las mejillas sospechosamente rosadas.

—Va a hacer una visita de tres semanas a varias zonas interesantes del país. Pueden ser unas vacaciones fantásticas.

—¿Y vas a ir con él?

—Creo que sí. Ya sabes cuánto he deseado siempre conocer Australia. Es un sueño que he tenido toda mi vida, pero ya casi había perdido la esperanza de que fuera a realizarse.

Kristin movió la cabeza lentamente.

—Sé que siempre has querido hacer ese viaje, ¿pero estás segura de que quieres ir con Jack? Hace muy poco tiempo que lo conoces.

—Ya lo sé. Pero lo cierto es que Jack me gusta mucho. Lo pasamos muy bien juntos. Y no quiero perderme esta maravillosa oportunidad.

Kristin estaba acostumbrada a la impulsividad de su madre, pero aquello era algo distinto a lo habitual. En aquella ocasión, Sophie estaba hablando de irse al otro lado del mundo a pasar casi un mes con un hombre al que apenas conocía.

—No sé, mamá. No me parece muy buena idea.

Sophie alzó una ceja.

—¿Acaso te ha dado la impresión de que te estaba pidiendo permiso para ir?

—Sé que no necesitas mi permiso. Creía que me estabas pidiendo consejo.

—Ni siquiera eso, cariño. Solo quería ponerte al tanto de mis planes.

—De manera que vas a ir.

—Ya le he dicho a Jack que sí. Estoy muy excitada al respecto, Kristin.

—En ese caso, espero que lo pases muy bien, mamá —contestó Kristin, sabiendo que no tenía otra opción. Después de todo, su madre era una mujer adulta. Y lo cierto era que siempre había hablado de visitar Australia algún día. No tenía derecho a estropearle los planes solo porque estuviera preocupada por ella.

¿O no se debían sus dudas exclusivamente a la preocupación? No pudo evitar preguntarse si parte de sus reservas se deberían a puros celos. Su madre se iba de vacaciones con un hombre atractivo a un lejano país mientras ella se quedaba atrás con la amenazadora fecha de entrega de su novela pendiente sobre su cabeza y el temor a relacionarse con el único hombre que le había interesado en mucho tiempo.

Sophie cambió repentinamente de tema.

—¿Has vuelto a tener noticias de Perry desde que vino a visitarte?

—No, no ha llamado. Pero tampoco esperaba que lo hiciera.

—Dijo que te llamaría, ¿no?

—Sí, pero la gente dice esa clase de cosas todo el tiempo.

Sophie movió la cabeza.

—Si Perry dijo que te llamaría, estoy segura de que lo hará.

—¿Y cómo puedes saberlo? Ni siquiera lo has conocido personalmente.

—Lo he visto muchas veces en la televisión. Tiene una mirada sincera. Y estoy segura de que es lo suficientemente listo como para saber que eres una buena pieza.

Kristin miró al cielo, exasperada.

—No soy un pescado.

Sophie rio.

—No, pero eres una buena pieza de todos modos. Háblame de él.

—No puedo contarte mucho más de lo que ya te dije por teléfono. En realidad, apenas conozco a Perry, y tampoco espero volver a verlo pronto, y tampoco sé si volveremos a vernos alguna vez. Le dije que en estos momentos estaba muy ocupada con mi trabajo.

—Puede que estés muy ocupada, querida, pero no estás muerta. No puedes encerrarte en esta casa. No me extraña que tengas problemas para escribir. Hay que experimentar la vida para escribir sobre ella.

—No soy ninguna ermitaña, mamá. De hecho, últimamente he estado tan ocupada «experimentando la vida», que apenas he tenido tiempo para escribir.

Sophie no creyó aquella excusa.

—En los últimos cinco meses solo te has tomado una semana libre. Solo has tenido una cita desde que volviste de Nueva York, y eso gracias a que Perry se presentó en tu casa. Eres demasiado joven para llevar una existencia tan tranquila, cariño. Necesitas vivir un poco.

Kristin había oído aquel sermón tantas veces que su respuesta

fue automática.

—Me va bien, mamá.

—Siempre dices lo mismo, pero eso no explica lo preocupada que estabas cuando he llegado. Y tampoco explica por qué no tienes tiempo para un hombre soltero, atractivo y encantador.

—¿Y cuándo sales para Australia? —en aquellos momentos, Kristin casi estaba deseando ayudar a su madre a hacer las maletas.

Afortunadamente, Sophie estaba tan excitada respecto a su inminente viaje que aceptó el radical cambio de tema sin rechistar.

Perry sabía que no debería haberse presentado de nuevo en casa de Kristin sin avisarla previamente. Pero lo cierto era que cada vez que descolgaba el teléfono para llamarla, volvía a colgarlo. No había querido hablar con ella con demasiados kilómetros de por medio. No había querido darle la oportunidad de que le dijera que no quería volver a verlo.

No estaba seguro de si su presencia ante la puerta de Kristin era un acto de cobardía o de valentía.

Pero no fue ella la que respondió cuando llamó al timbre. Perry parpadeó ante la colorida visión que lo recibió. La mujer tenía el pelo rojo brillante y llevaba un vestido flojo y de muy variados colores. Aunque sus ojos marrón oscuro eran el único parecido que tenía con Kristin, Perry la reconoció por la foto que había visto sobre la repisa de la chimenea.

—¿Es usted la madre de Kristin?

—Sophie Cole —respondió ella y le dedicó una amplia sonrisa—. Y usted es Perry Goodman. Es un placer conocerlo.

Perry estrechó la mano que le ofrecía Sophie.

—El placer es mío, señora Cole. ¿Qué tal fue su salto en paracaídas?

Sophie rio musicalmente.

—Fue increíble. Pero pase, por favor, señor Goodman. ¿Le apetece beber algo?

—No, gracias, y por favor, llámeme Perry —Perry cerró la puerta a sus espaldas y se fijó en que Kristin no estaba por allí.

Sophie ocupó un extremo del sofá y señaló uno de los sillones que había a un lado.

—Kristin ha salido hace un momento para comprar algo de comer. No creo que tarde más de un cuarto de hora o veinte minutos en volver.

—No me esperaba. Me temo que me he presentado sin avisar.

—Bien hecho —Sophie asintió con firmeza—. Si hubieras llamado, habría encontrado alguna excusa para mantenerte a distancia.

—Eso era lo que me temía —ya que Sophie parecía estar de su lado, Perry preguntó con franqueza—: ¿A qué crees que se debe? ¿He hecho algo que la haya molestado?

—Oh, no te lo tomes como algo personal. Kristin no ha salido con nadie últimamente. Me he pasado la tarde reprendiéndola por ello... aunque no ha servido de nada.

Perry pensó en la fotografía que le había estado fastidiando los dos últimos días, aquella en la que Kristin aparecía en una actitud tan íntima con el hombre del parque de atracciones.

—¿Se debe al hombre con el que salía hasta hace poco? ¿El tipo alto y rubio?

—¿Jim Hooper? ¿Te ha hablado de él? —Sophie parecía realmente sorprendida.

—Vi accidentalmente una foto. Sophie me dijo que tú hiciste esa foto el año pasado en un parque de atracciones.

Las cejas de Sophie, cuidadosamente depiladas, se unieron en el entrecejo.

—Habíamos llevado a la hija de Jim, Kimberly, al parque de atracciones por su cumpleaños. Jim y Kristin rompieron una semana después de que esas fotografías fueran tomadas.

Perry trató de encontrar un modo relativamente delicado de

hacer una pregunta sobre algo que no era asunto suyo.

Pero Sophie no le dio la opción de preguntar.

—Jim volvió con su esposa, el muy miserable. Tras pasar meses asegurando a Kristin que su matrimonio había acabado y que ya no sentía nada por su esposa, resultó que no había dejado de cortejar a esta todo el tiempo. Solo estaba utilizando a mi hija para tener compañía hasta poder convencer a su esposa para que lo aceptara de nuevo.

—¿Sufrió mucho Kristin?

—Sobre todo sufrió su orgullo. Odiaba reconocer que se había dejado engañar de aquella manera, pero lo peor de todo fue que se había encariñado con Kimberly. Después de romper con Jim no volvió a verla —Sophie suspiró y movió la cabeza—. No le haría ninguna gracia saber que te he contado todo esto, por supuesto, y no voy a contarte nada más. Solo he pensado que debías saber con qué te enfrentas.

—Gracias.

La repentina y animada sonrisa de Sophie recordó a Perry de inmediato a la de Kristin. Incluso tenía la misma manera de arrugar la nariz, cosa que hizo que le cayera aún mejor.

—He tenido esperanzas desde que Kristin te compró en la subasta —dijo Sophie—. Por lo poco que me ha contado de ti, sé que le gustas... pero es lógico que le preocupe volver a sufrir. Mi hija es una mujer fuerte y competente, pero tiene algunas inseguridades. A veces me culpo por ello —admitió.

Perry no sabía muy bien qué decir. Era evidente que a Sophie le gustaba hablar, y que no era particularmente discreta haciéndolo. Supuso que sería una madre difícil de seguir para una hija que tendía a ser más bien callada.

—Su padre murió cuando era muy joven y me temo que yo no fui la influencia más estabilizadora durante su juventud. La quiero mucho, por supuesto, y siempre he tratado de apoyarla, pero hay

algunas personas que me han etiquetado de... superficial y frívola.

Perry sonrió.

—Aún no conozco muy bien a Kristin, pero sé que adora a su madre.

—Sí, lo sé —dijo Sophie, y sonrió con dulzura—. Solo estoy diciendo que, a pesar de que nos queremos mucho, somos muy distintas. He pensado que si te hablo un poco de ella te resultará más fácil llegar a conocerla.

—Pienso que eso es algo que debo hacer por mí mismo, ¿no te parece? —preguntó Perry con delicadeza.

Sophie asintió y continuó hablando enseguida.

—Últimamente, también parece un poco preocupada respecto a su escritura. Apenas me ha hablado de ello, pero sospecho que no le va bien.

—A mí me mencionó algo parecido.

—¿Has leído alguno de sus libros?

Perry se aclaró la garganta.

—No, aún no he tenido oportunidad de hacerlo.

—Mi hija es una escritora con mucho talento. Sus libros son frescos e ingeniosos, y tiene muchos lectores que disfrutan leyéndola. Sus temas favoritos son el amor, la familia y el romance, y creo que, al menos en parte, ese es su problema. Le está costando escribir sobre relaciones románticas porque, después de todas las mentiras de Jim, no cree en ellas, al menos para sí misma.

Perry se preguntó si Sophie le estaría aconsejando sobre cómo cortejar a su hija. ¿Relaciones románticas? Él nunca se había considerado un experto en aquel arte, aunque había tenido unas cuantas relaciones de aquel tipo. ¿Estaría sugiriendo Sophie que tuviera una aventura con su hija, cosa bastante improbable, o estaría empezando a oír imaginarias campanas de boda?

A pesar de lo fascinado que estaba con Kristin y de su empeño en pasar más tiempo con ella, estaba muy lejos de sentirse preparado

para pensar en alguna clase de compromiso. Salió con Jennifer casi dos años antes de pedirle que se casara con él, y su meditada decisión acabó siendo un error garrafal. Pero, probablemente, estaba deduciendo demasiado de las palabras de Sophie. Tal vez, lo único que pretendía esta era que su hija se relajara y lo pasara bien, algo que él estaba muy dispuesto a ofrecerle.

—¿Tienes algún otro consejo para mí, Sophie?

Sophie rio.

—No, me temo ya estás solo en esto. Solo te he dicho algunas cosas sobre Kristin que podrían resultarte útiles. Y conho en que las utilices con prudencia y sabiduría. Si haces daño a mi hija, haré que tus enemigos políticos parezcan tus mejores amigos.

—Por tu tono de voz, no me queda más remedio que creerte.

Sophie sonrió enseñando los dientes.

—Harás bien en creerme, Perry. Si solo estás jugueteando con mi hija para pasar el rato, puedes irte ahora y ella no sabrá nunca que has venido.

Perry se arrellanó cómodamente en el sillón.

—No he cancelado media docena de citas, volado hasta Raleigh, alquilado un coche y venido hasta aquí para irme sin ni siquiera verla.

Sophie asintió, satisfecha.

—Supongo que no te habrías tomado todas esas molestias si solo estuvieras pensando en una aventura de una noche.

—Lo que me interese o deje de interesarme es algo que solo nos concierne a tu hija y a mí.

En lugar de ofenderse, Sophie rio, aparentemente encantada.

—Me caes muy bien, Perry Goodman.

Él le devolvió la sonrisa.

—Y tú me caes muy bien a mí, Sophie Cole.

—Bien —Sophie se levantó y tomó su bolso rojo de piel de la mesa—. Sé bueno con mi hija, Perry.. o tal vez debería decir «sé

bueno para ella».

Perry se levantó rápidamente.

— ¿Te vas?

— Sí. No necesitáis una mamá dando vueltas a vuestro alrededor toda la tarde. Si me quedo, Kris

tin no abrirá la boca y dejará que yo hablé todo el rato... y te aseguro que sucedería exactamente eso —Sophie extendió su mano derecha hacia Perry—. ¿Volveremos a vernos?

A Perry le pareció adecuado tomar la mano de Sophie para besarla, y así lo hizo.

— Cuenta con ello, Sophie.

Capítulo siete

Kristin apenas podía ver por encima de las bolsas que sostenía mientras trataba de abrir la puerta. Probablemente debería haber hecho dos viajes, pero aún estaba enfadada e impaciente por el retraso que se había producido en el supermercado. Finalmente, apoyó una de las bolsas más cargadas en una de sus rodillas y logró abrir.

—¿Mamá? ¿Puedes tomar una de las bolsas? Estoy a punto de...

Unos brazos fuertes rodearon las dos bolsas.

—Son demasiado pesadas. Deberías haber hecho dos viajes.

Kristin miró al hombre que la observaba con una bolsa en cada brazo. ¿Estaría alucinando? No. Los intensos latidos de su corazón le hicieron saber que Perry estaba realmente allí, lo suficientemente cerca como para tocarlo.

Cerró los dedos para evitar hacerlo.

—¿Perry? ¿Qué...?

—¿Dónde quieres que deje las bolsas? —preguntó él, como si no pudiera entender que a Kristin le hubiera sorprendido encontrarlo en su casa—. ¿En la cocina?

—Sí —Kristin miró a su alrededor en busca de Sophie, pero no la localizó—. ¿Dónde está mi madre?

—Me ha pedido que te dijera que ha tenido que irse a ver a tía Myrtle —dijo Perry, por encima del hombro—. ¿De verdad tienes una tía Myrtle?

Kristin lo siguió a la cocina, tratando de comprender qué había pasado durante el rato que había estado fuera.

—Sí, por supuesto. Es la hermana de mi madre. ¿Cuándo se ha

ido mi madre, por cierto?

—Hace unos veinte minutos —Perry dejó las bolsas sobre la mesa y empezó a revisar su contenido—. Llevo esperándote desde entonces. Estaba empezando a preocuparme. Tu madre me ha dicho al irse que estabas a punto de volver.

—He tenido que hacer cola tras un cretino en el supermercado. ¿Qué haces aquí, Perry? ¿Y por qué se ha ido madre? Iba a quedarse a comer. ¿Le has dicho algo?

—Le he pedido que se quedara. Me habría encantado estar un rato más con ella. Es encantadora. Pero no ha querido. Creo que ha pensado que íbamos a estar mejor solos.

—¿Y qué te ha dicho ella a ti? —conociendo a su madre, a Kristin le preocupaba mucho aquel detalle.

Perry prácticamente enterró la cabeza en la bolsa que estaba vaciando.

—No mucho. ¿Qué vamos a comer? ¿Pasta?

—Pensaba preparar un plato de pasta para mi madre.

—Sería una pena dejar que se desperdiciara toda esta comida. ¿Qué puedo hacer para ayudarte a preparar la comida? La última vez que nos vimos dijiste que me ibas a enseñar a cocinar, ¿recuerdas?

Kristin frunció el ceño.

—¿Por qué no dejas de venir a verme sin llamar antes? ¿No has oído hablar del teléfono?

Perry la miró con expresión inocente.

—No me diste tu número de teléfono.

—Estoy en el listín, Goodman. Averiguaste mis señas sin dificultad, y lo mismo podrías haber hecho con mi número.

—Tal vez —Perry miró los alimentos que había extendido sobre la mesa—. ¿Qué hago primero?

Kristin no sabía exactamente cómo había sucedido pero, al parecer, iba a pasar la tarde enseñando a Perry a cocinar. Meditó un momento en silencio si debería pedirle que se fuera, pero sabía de

antemano que no iba a hacerlo. Perry resultaba indudablemente atractivo en su cocina, vestido con vaqueros negros, un jersey de lana verde, un paquete de pasta en una mano y uno de espinacas en la otra.

Suspiró.

—Puedes ir troceando las verduras.

—Estupendo —dijo Perry, animadamente—. ¿Dónde guardas los cuchillos?

Kristin parpadeó en respuesta a su entusiasmo.

—Er... tal vez deberías poner a hervir el agua mientras yo me ocupo de las verduras.

Perry ríe.

—Puedes fiarte de mí con un cuchillo en las manos. Solo indícame cómo empezar.

Kristin estaba dispuesta a pasar aquella tarde educadamente, pero sin disfrutar demasiado de ella. Después de todo, no había invitado a Perry a su casa a comer. Incluso le había dicho que en aquellos momentos estaba demasiado ocupada con su libro. Al parecer, había decidido ignorar por completo sus comentarios, como si no considerara que hubiera que tomárselos en serio. No iba a ser tan grosera como para pedirle que se fuera, pero tampoco tenía por qué divertirse.

Por supuesto, Perry tenía otras ideas.

Kristin debería haber supuesto que un hombre que se ganaba la vida siendo amable y encantador sería difícil de resistir si se empeñaba en ello. No pudo evitar reír sus bromas y divertirse con sus esfuerzos por entender la receta que le había dado.

Cuando empezaron con la lección de cocina, Perry sugirió que estaría bien tomar un poco de vino. Para cuando habían bebido dos vasos, Kristin empezó a encontrar cada vez más dura la tarea de mantener el distanciamiento emocional.

Un rato después, Perry metió el recipiente en el horno y se frotó

las manos.

— ¿Cuánto tardará en estar preparado?

— Media hora. La ensalada está en la nevera, así que apenas queda nada por hacer hasta que suene el reloj del horno.

Perry dejó su vaso en la encimera y dio un paso hacia Kristin.

— Estoy seguro de que se nos ocurrirá algo que hacer para llenar el tiempo.

Ella se apartó rápidamente.

— ¿Por qué no damos un paseo?

Perry sonrió con pesar.

— Sí, claro. Eso se parece un poco a lo que tenía en mente.

Tras consultar su reloj, Kristin abrió la puerta de la cocina y condujo a Perry al exterior. Dar un paseo hasta el borde del lago sería mucho más seguro que quedarse dentro de la casa con él, sobre todo teniendo en cuenta el pícaro brillo que había visto en sus ojos.

Hacía una tarde muy agradable. El sol brillaba a media altura en el cielo y soplaba una ligera brisa cargada de olor a lavanda.

— Tienes un jardín muy bonito —dijo Perry, que se había detenido a admirar un pequeño grupo de rosales que Kristin había plantado en torno a una fuente de cemento—. Veo varios comederos para pájaros. ¿Te gusta observarlos?

— Me encanta sentarme aquí por las mañanas y verlos. Los hay de muchas clases.

— Hace mucho que no tengo una mañana libre para hacer algo así —dijo Perry, con un toque de envidia—. ¿Ves también alguna vez algún ciervo? Tengo entendido que también los hay por aquí.

— Sí. Suelen venir hasta aquí bastante a menudo. En invierno les suelo dar maíz.

Habían llegado hasta el extremo de la propiedad de Kristin y tomaron un sendero que llevaba hasta el borde del lago.

— Esto es magnífico —dijo Perry, sinceramente impresionado con el paisaje—. Supongo que pasas mucho tiempo aquí.

Kristin lo condujo hasta la roca en la que solía sentarse cuando iba allí. Había el sitio justo para los dos.

—Suelo venir aquí a menudo a mirar el agua acariciando la orilla. De vez en cuando saltan los peces y los pájaros planean sobre el lago en busca de comida. A veces, los ciervos vienen a beber a la orilla.

Perry se sentó junto a ella y estiró las piernas.

—¿Sueles pescar?

—No. Me gusta con sentarme y disfrutar del paisaje.

Perry tomó una pequeña piedra plana del suelo y la lanzó sobre el agua del lago.

—No hacía eso desde que era niño.

—Aún te sale bien —dijo Kristin—. Debe haber dado por lo menos seis botes.

—Diez.

Kristin alzó una ceja.

—¿Diez? ¿Tú crees?

—Lo sé. Los he contado.

—Mmm.

—¿Dudas de mí?

—Digamos que sé que a los políticos les gusta dar un giro positivo a las cosas.

Perry tomó otra piedra.

—Cuenta —dijo, y la lanzó.

Se hundió al décimo bote.

—De acuerdo —concedió Kristin—. Consideraremos que han sido diez.

Perry asintió, satisfecho.

—Ya te lo había dicho; no soy la clase de político que crees que soy.

Kristin se aclaró la garganta y miró su reloj, sin intención de entrar en una discusión política con él.

—Será mejor que volvamos a casa. La comida estará lista para

cuando hayamos llegado.

Perry se levantó y extendió una mano hacia ella. Kristin la tomó y aceptó su ayuda para levantarse. Él no la soltó de inmediato. En lugar de ello, la atrajo hacia sí.

—No puedo pensar en un lugar mejor para robar un beso — murmuró, y procedió a hacerlo.

En realidad era un lugar encantador para un beso sorpresa, pensó Kristin mientras apoyaba las manos sobre la camisa de Perry. Lo único que le preocupaba en aquellos momentos era saber que nunca podría volver a aquel lugar sin recordar el beso... y a Perry.

Él se apartó antes de que las cosas fueran a más.

—Tenía razón — dijo—. Es un lugar perfecto.

Kristin se humedeció los labios y no pudo evitar un estremecimiento de placer al sentir el sabor de Perry en ellos.

—Más vale que vayamos a ver qué pasa con nuestra comida.

Perry pareció realmente sorprendido cuando probó la lasaña de espinacas que habían preparado juntos.

—¡Está muy buena!

Kristin no pudo evitar reír.

—¿Esperabas que estuviera mala?

Él saboreó un segundo bocado.

—Está deliciosa. Cocinar no es tan difícil, ¿verdad?

—No, al menos si empiezas con platos sencillos y sigues cuidadosamente las instrucciones.

—¿Te importa si me llevo una copia de la receta? Me gustaría intentarlo otra vez.

Kristin no pudo evitar preguntarse a quién querría impresionar con sus recientes habilidades culinarias. Bajó la mirada.

—Por supuesto que puedes llevarte una copia de la receta.

Comieron un rato en silencio y luego Perry preguntó:

—¿Qué tal va tu libro?

Kristin perdió de inmediato el apetito.

—Espacio.

—El otro día dijiste que no te iba demasiado bien. ¿Cuál es el problema?

Ella se encogió de hombros.

—Resulta difícil de explicar.

—Me han dicho a menudo que soy bueno escuchando.

Kristin no lo dudaba. El problema era que no sabía cómo hacerle entender lo que ella misma no entendía. ¿Por qué después de haber escrito ya una docena de libros y haber disfrutado cada minuto haciéndolo se encontraba de pronto luchando por terminar una sola página? Cada vez le asustaba más sentarse ante el ordenador.

—Lo cierto es que apenas hay nada que decir.

—He conocido algunos escritores. No es un trabajo fácil, ¿verdad?

—Algunas personas creen que es muy sencillo. Todo lo que hay que hacer es inventarse una historia.

—¿Quién dijo que todo lo que hay que hacer es sentarse ante la máquina de escribir y abrirse las venas?

Kristin sonrió al reconocer la alusión.

—Creo que fue Hemingway.

—¿Sientes tú lo mismo?

—Nunca había considerado que escribir pudiera ser una actividad dolorosa... hasta hace poco.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé —murmuró Kristin, deseando que Perry dejara el tema de una vez—. Supongo que paso por un momentáneo bajón. Y no ayuda que la gente no deje de pasar a visitarme sin avisar —añadió, ligeramente malhumorada.

—Comprendo que puede resultar molesto —dijo Perry en tono compasivo—. Probablemente deberías decirles que dejen de hacerlo.

—Lo he intentado, pero me temo que nadie capta las indirectas.

Perry chasqueó la lengua.

—Es una lástima. ¿Quieres un poco más de vino?

Kristin asintió distraídamente.

—¿Y qué has hecho tú durante estos días? —preguntó, más que nada para cambiar de tema.

—He asistido a algunas reuniones, comidas, cenas... Lo habitual.

—Ayer vi tu foto en una revista. Estabas hablando con el senador Reynolds.

Perry asintió.

—La nota a pie de página decía que estábamos hablando sobre una importante estrategia para la próxima campaña.

—¿Y era cierto?

Perry sonrió.

—En realidad, el senador me estaba hablando del último novio de su hija. Lleva la cabeza rapada y un imperdible en la lengua. Me estaba preguntando si sería muy malo para su reelección que se lo llevara de excursión al bosque y lo perdiera «accidentalmente».

—¿La hija del senador sale con un chico así? —Kristin no trató de ocultar su asombro—. No me extraña que esté disgustado. Siempre me ha parecido un hombre muy anticuado.

—Larry es un hombre muy agradable. Casi toda la basura que hayas podido leer sobre él son invenciones de la oposición liberal.

—¿Y cuánta «basura» has inventado tú contra su oposición liberal?

—Nunca he distribuido una información que no considerara cierta. Admito que en un par de ocasiones me han embaucado para defender a candidatos que no merecían mi lealtad, pero eso sucedió cuando era más joven, menos experimentado y estaba más dispuesto a creer lo que quería escuchar.

—Así que ahora todos tus candidatos son ciudadanos prominentes y honrados a los que lo único que les interesa es el bien del país, ¿no? —Kristin no hizo ningún esfuerzo por ocultar su escepticismo.

—Todos los candidatos para los que trabajo me han convencido de que son la mejor opción para el puesto al que se presentan — contestó Perry con firmeza—. Son humanos y, por tanto, cometen errores y tienen defectos, pero creo en ellos, o no los apoyaría.

Kristin no pudo evitar pensar que había veces en que Perry Goodman parecía demasiado bueno para ser cierto. «Como Jim», susurró una vocecita en su interior. Dio un sorbo a su vino y luego dejó el vaso en la mesa.

—Creo que debes saber que nunca voto por tu partido. Los conservadores anticuados suelen ponerme nerviosa.

Perry se encogió de hombros.

—Algunos de ellos también me asustan a mí. Pero me sucede lo mismo con varios de los supuestos liberales. Mis candidatos personales tienden a ser más del centro. La mayoría, un poco a la derecha del centro.

—Y supongo que a mí me consideras un poco a la izquierda del centro.

Perry sonrió sin mostrar ningún indicio de preocupación.

—Eso servirá para tener algunos debates interesantes después de las comidas.

Kristin frunció el ceño y movió la cabeza.

—Nunca discuto sobre política, religión, o la definición de un «buen» libro. Algunas personas, por ejemplo mi madre, disfrutan discutiendo acaloradamente. Yo prefiero las conversaciones tranquilas y corteses.

—Yo también, casi siempre. Y por si te interesa saberlo, nunca menospreciaría tus creencias políticas. Daría por sentado que habrías pensado en ellas seriamente antes de formarte una opinión.

Kristin se mordió el labio, consciente de que, en lo referente a política, su proceso habitual para decidir era cerrar los ojos y elegir una papeleta. Nunca se había interesado realmente en el proceso de unas elecciones. Perry le estaba dando demasiado crédito, y no era

así como esperaba que reaccionara al decirle que no apoyaba a su partido.

Volvió a tomar su vaso de vino. Estaba resultando más difícil de lo que esperaba desanimar a Perry Goodman, aunque no estaba totalmente segura de lo que quería de ella. Era muy complicado deducir qué pretendía. Esperaba que no resultara igualmente complicado resistirse a él.

En algún momento entre la lasaña y la tarta de fresa que Kristin sirvió de postre, Perry tomó una decisión. Kristin había sufrido a causa de un hombre en el que había confiado y que la había decepcionado. Además, estaba ansiosa y tensa a causa de su trabajo, y esa misma tensión contribuía a las dificultades que estaba teniendo. Necesitaba relajarse y aprender de nuevo a confiar. Hasta que llegara ese momento no tendría la más mínima oportunidad con ella.

Lo que significaba que debía recurrir a cada gramo de paciencia que poseía para que ella averiguara por su cuenta que era un hombre con el que podía contar.

No se quedó mucho rato tras ayudarlo a recoger la mesa. En realidad no quería irse, pero le pareció que era lo mejor que podía hacer. Kristin lo acompañó a la puerta sin que su expresión indicara lo que sentía respecto a su temprana marcha.

—He pasado una tarde muy agradable —dijo Perry—. Gracias por el cursillo de cocina.

—Yo también lo he pasado bien —admitió ella—. Pero la próxima vez llama por teléfono antes de venir, ¿de acuerdo?

Perry asintió rápidamente, antes de que Kristin se diera cuenta de que acababa de comprometerse implícitamente a que hubiera una próxima vez. Luego alzó ambas manos y las apoyó a los lados de su rostro.

—Tendrás noticias mías pronto. Me está costando mucho mantenerme alejado de ti.

Instintivamente, Kristin alzó sus manos y las apoyó en las de él.

—Me gusta estar contigo, Perry. Pero de momento puedo ofrecerte muy poco.

—En ese caso, tendrá que bastarme... de momento —Perry se inclinó y la besó en la frente antes de hacerlo en los labios. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que el beso fuera ligero y relativamente casto.

Se retiró despacio, sonriendo levemente.

—Algún día... —murmuró, y dejó la frase sin acabar. Luego respiró profundamente para potenciar su voluntad, la soltó y salió de la casa—. Buenas noches, Kristin. Que duermas bien.

Se fue rápidamente, antes de ceder al impulso casi irrefrenable de tomarla en brazos y llevársela a la cama.

El paquete llegó a última hora de la mañana siguiente. Kristin habría esperado flores... y probablemente no se habría sentido demasiado afectada por ellas, ya que eran un detalle mucho más habitual.

Perry le enviaba una varita mágica.

Sacó el fantasioso regalo del paquete con una sonrisa. La varita estaba hecha de plástico transparente lleno de purpurina suspendida en agua. En el extremo superior había una estrella cubierta de lentejuelas, y del inferior caía un grupo de cintas de colores.

Haz varios pases con esta varita sobre tu ordenador, decía la escueta nota que acompañaba a la varita. *No te hará ningún daño. Perry.*

«Debería haberme enviado flores», pensó Kristin. Dudaba que estas le hubieran producido aquel nudo en la garganta.

Esa tarde, mientras trabajaba en el ordenador, dejó la varita a su lado. Se negó a aceptar que había supuesto la más mínima diferencia, por supuesto, pero se las arregló para escribir cinco buenas páginas ese día. Habría necesitado escribir muchas más, pero seguían siendo tres más que las que había logrado escribir la última vez que se había pasado el día ante el ordenador.

Al día siguiente llegó otro paquete. En esa ocasión se trataba de una figurita de porcelana que representaba un hada con el pelo rubio y un vestido de tul. Estaba de puntillas, ligeramente inclinada hacia delante con una pequeña varita mágica en su mano derecha. La nota adjunta decía: *Formula un Deseo*.

Perry iba a tener que parar de enviarle regalos, pensó Kristin mientras dejaba a figurilla en su escritorio. Le hizo sonreír cada vez que la miró esa tarde. Escribió seis páginas, y se quedó satisfecha con todas excepto con una, aunque decidió que podía corregirla.

El regalo del día siguiente llegó de la floristería local, pero, en lugar de un ramo de flores, Perry le envió una planta de tréboles. *He oído que estas dan suerte*, decía la nota.

La planta encontró su lugar en la repisa de la ventana del despacho de Kristin.

Perry la llamó aquella tarde.

—¿Cómo te va? —preguntó, sin identificarse.

—Tienes que dejar de enviarme regalos —lo reprendió ella con suavidad.

Él rio.

—Solo trataba de darte suerte con tu libro. ¿Ha funcionado?

Ya que había escrito más durante los tres días pasados que durante las tres semanas anteriores, Kristin no supo exactamente cómo responderle. Lo que había escrito no tenía nada que ver con los regalos, por supuesto. Simplemente había tenido una buena semana. Aún le faltaba mucho para terminar el libro.

Perry no esperó a su respuesta.

—Te he echado de menos, Kristin.

Ella no supo qué responder.

—Um....

—Tengo que volar mañana a Dallas para asistir a una fiesta de recaudación de fondos. Supongo que no estarás libre para venir conmigo, ¿no?

—La verdad es que no puedo —respondió Kristin, sin saber si se sentía aliviada o decepcionada por tener una excusa legítima—. Tengo que trabajar.

—Me lo temía —dijo Perry, decepcionado—. Podríamos haberlo pasado bien.

Kristin no lo dudaba. A pesar de sí misma, debía reconocer que lo había pasado bien cada vez que había estado con Perry. Pero había muchos motivos por los que no podía irse con él a Dallas al día siguiente, entre otros, su trabajo.

—¿Te va mejor escribiendo? —preguntó Perry.

—Puede que un poco —contestó ella con cautela.

—Eso está bien, ¿no?

—Por supuesto.

—Tengo la sensación de que te da miedo hablar de ello. ¿Eres supersticiosa?

—No, en realidad no. Solo soy un poco cautelosa.

—No hay problema. ¿Estás segura de que no quieres venir a Dallas conmigo?

Kristin sonrió. No había duda de que Perry merecía cierto crédito por su insistencia.

—Estoy segura.

—De acuerdo. En ese caso, te veré cuando vuelva. Entretanto, piensa en mí ocasionalmente, ¿de acuerdo?

«Como si pudiera dejar de hacerlo», pensó Kristin.

—Que tengas un buen viaje, Perry. —Gracias. Hasta pronto.

Kristin aún tenía la mano en el teléfono cuando este volvió a sonar. Era su madre, que llamaba para hablar con auténtico entusiasmo sobre su viaje.

—Va a ser tan divertido... Ojalá fueras a pasarlo tú tan bien como yo. Siento que te estoy dejando atrás cuando más me necesitas.

—No te preocupes por mí, mamá. Estoy bien. Y espero que tú lo pases de maravilla.

—Puede que Perry vuelva a visitarte mientras estoy fuera — sugirió Sophie, esperanzada—. Seguro que lo pasarías estupendamente con él.

Kristin mantuvo la boca firmemente cerrada. Si su madre averiguaba que acababa de declinar la oportunidad de acompañar a Perry a Dallas se quedaría horrorizada. Haría todo lo posible por que cambiara de opinión, y ya que ella no estaba muy segura de su decisión, eso era lo último que necesitaba.

Además, no le quedaba más remedio que ponerse a trabajar. Suspiró y se pasó una mano por el pelo, mirando en torno a su abarrotado despacho. Era hora de sentarse ante el ordenador. Ya nada podía distraerla. La casa estaba tranquila y vacía. Tal vez demasiado tranquila y vacía, pensó con nostalgia. Tal vez debería comprarse un gato, o algo parecido.

Al día siguiente recibió un conejo de juguete enviado por Perry. Era blanco y marrón, con la nariz rosa y una cinta rosa en torno al cuello. Kristin rio al leer la tarjeta.

Si una pata de conejo da suerte, cuatro darán aún más.

No pudo resistir alzar el muñeco y acariciarlo con su mejilla. ¿Por qué no podía limitarse aquel hombre a mandarle flores?

Los regalos que recibió a lo largo de los días siguientes siguieron estando relacionados con la «buena suerte»: una caja de cristal llena de peniques, un duende con una olla de «oro», una preciosa tarjeta con un arcoiris...

Kristin no pudo evitar preguntarse cuánto estaban teniendo que ver los regalos de Perry con el repentino aumento de creatividad que experimentó durante la semana.

Se encontró profundizando más y más en su historia. Sus personajes parecieron adquirir vida y empezaron a moverse a través de las páginas con más espíritu y energía que durante las semanas anteriores.

Nick O'Donnell se estaba convirtiendo rápidamente en el héroe

más intenso que había creado. Y aunque ni siquiera trató de decirse que era una coincidencia, era muy consciente de que su personaje se parecía cada vez más a Perry en su encanto, espontaneidad, sentido del humor, y en los altos ideales que había expresado respecto a su trabajo y compromisos. En el papel, era el perfecto héroe romántico.

En cuanto a si alguna vez llegaría a ser «su» héroe... eso era otro asunto. Un asunto que la ponía muy nerviosa.

Su despacho estaba cada vez más lleno, pensó, mirando los regalos que Perry le había enviado. Sin duda, pronto dejaría de hacerlo. Pero sabía que se sentiría bastante decepcionada cuando eso sucediera.

Capítulo ocho

Perry estaba sentado en su despacho de Washington, con media docena de carpetas sobre la mesa, un gráfico de las últimas encuestas en la pantalla de su ordenador y una pila de mensajes telefónicos junto a su codo. Tenía mucho trabajo pendiente para esa tarde.

Apartó la mirada de la lista que había estado estudiando cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Elsbeth entró con varias carpetas en los brazos.

—Perry, necesito...

—¿Qué más da suerte? —interrumpió él, aún perdido en sus propios pensamientos.

Elsbeth hizo una pausa.

—¿De qué estás hablando?

—De cosas que dan suerte. Ya sabes, como los tréboles de cuatro hojas y todo eso.

Elsbeth asintió.

—Oh, te refieres a amuletos. Como una pata de conejo, por ejemplo.

—Eso ya lo he usado. ¿Qué más?

—Um... ¿peniques de la fortuna?

—También.

—Mi padre tiene un par de calcetines de la suerte —sugirió Elspeth—. Los lleva cada vez que juega al golf.

Perry frunció el ceño.

—¿Calcetines de la suerte? Nunca había oído hablar de algo así.

No podía enviarle calcetines a Kristin. Además de que ella no

entendería su propósito, carecían por completo de romanticismo.

—¿Para que necesitas eso exactamente? —preguntó Elspeth con curiosidad—. ¿Tenemos algún candidato supersticioso al que no conozco?

—No, er... —consciente de que había pasado demasiado tiempo con su lista de «objetos de la suerte», Perry se aclaró la garganta y se frotó la parte trasera del cuello—. Es... un proyecto personal —dijo, y apartó a un lado la lista.

Elspeth lo miró atentamente.

—¿Y ese proyecto tiene algo que ver con Kristin Cole?

Perry volvió a aclararse la garganta y apartó la mirada.

—Tal vez. ¿Por qué?

—Oh, por nada —replicó Elspeth en tono claramente divertido—. Simple curiosidad.

Él se sintió obligado a decir algo más.

—Está teniendo problemas para terminar su último libro. Le he enviado un par de cosas para animarla.

—Mmm. Ya he oído hablar sobre los interesantes paquetes que han salido de aquí últimamente.

Perry puso mala cara.

—¿Quién ha estado hablando sobre mis asuntos personales?

—Todo el mundo —contestó Elspeth animadamente.

—Oh, estupendo —Perry pensó que debía resultar imposible conocer a una mujer fascinante sin que todo el mundo se pusiera a cotillear a espaldas de uno.

Elspeth rio.

—¿Puedes culparnos? Últimamente no has sido tú mismo. Estás distraído, y un tanto malhumorado. No dejas de buscar tiempo libre, y reconocerás que eso no es nada habitual en ti. Y el otro día te vieron con una novela romántica en las manos durante el discurso del senador Buckle.

Perry sintió que sus mejillas se acaloraban.

—Mary Alice me compró dos libros de Kristin. Quiero leerlos, pero aún no he encontrado tiempo para hacerlo.

—Te gusta de verdad, ¿no, Perry?

—Claro que me gusta —replicó él en tono despreocupado.

Elspeth movió la cabeza.

—Es más que eso. Estás loco por ella.

—Yo no lo expresaría así —protestó Perry.

—Yo sí. Si le hubieras dedicado tanto tiempo a Jennifer, ahora serías un hombre casado.

Perry hizo una mueca de desagrado. Ni siquiera quería pensar en aquella posibilidad. Aunque en otra época consideró a Jennifer la perfecta compañera para la política y las relaciones sociales, no podía imaginarse a sí mismo casado con ella.

Se negó a imaginarse casado con alguna mujer en particular.

—¿Qué puedo hacer por ti, Elspeth? —preguntó, con la clara intención de cambiar de tema.

Elspeth dudó un momento antes de seguirle la corriente. Durante el siguiente cuarto de hora hablaron de negocios. Cuando estaba a punto de salir, Elspeth dijo:

—Una herradura.

—¿Qué?

—Una herradura. Dicen que da suerte.

—Oh, sí. Lo había pasado por alto. Gracias. Elspeth sonrió.

—Cualquier cosa por una causa tan buena.

Perry siguió mirando la puerta varios minutos cuando Elspeth se fue. Se las había arreglado para centrarse un rato en el trabajo, pero sus pensamientos volvían a estar llenos de Kristin.

Mientras escribía la palabra *herradura* en su lista, volvió a escuchar en su mente el inquietante comentario de Elspeth. «Si le hubieras dedicado tanto tiempo a Jennifer, ahora serías un hombre casado».

Kristin vio la foto de Perry solo una hora después de recibir su

último regalo.

En esa ocasión le había enviado una lámpara mágica, como la de Aladino. *Puede que no contenga un genio dentro, pero seguro que sirve para iluminar un poco un día oscuro*, decía la nota.

Se dio cuenta de que no había tenido muchos días «oscuros» desde que había conocido a Perry. Sus visitas la habían distraído, y los regalos que le enviaba también.

Le hubiera gustado que la llamara por teléfono, pensó con cierto anhelo. Lo echaba de menos.

Aquel pensamiento la despejó repentinamente. La sonrisa se desvaneció de su rostro. Dejó la lámpara en la mesa y se apartó de esta. Estaba esforzándose por no empezar a imaginar cosas relacionadas con Perry Goodman. Quería ser realista en sus expectativas.

Sin duda, le estaba prestando una atención que resultaba muy halagadora. Ella era una novedad para él, una mujer que no había caído automáticamente a sus pies de gratitud por el simple hecho de que se hubiera fijado en ella.

¿O estaba siendo injusta?, se preguntó con cierto sentimiento de culpabilidad. Perry no le había dado motivos para pensar que fuera tan arrogante. ¿Se habría formado una opinión sobre él sin conocerlo realmente? No le gustaba que la gente estereotipara a los escritores de novelas románticas, pero ella podía ser culpable de haber hecho lo mismo con quienes se dedicaban a la política.

Y entonces vio la foto de Perry en la revista que había llegado aquella mañana con el correo. Había sido tomada en una gala para recaudar fondos en Texas. En ella, Perry aparecía junto a una bella y alta rubia que Kristin reconoció enseguida. El pie de la foto los identificaba como *Perry, Goodman y su Asociada y Frecuente Compañera, Elspeth Moore*.

Elspeth era amiga de Perry, se recordó Kristin. Su compañera de trabajo. Fue muy agradable con ella la noche de su primer encuentro

con Perry.

«Frecuente compañera». ¿Cuánto tiempo pasarían juntos? ¿Y como podía estar Perry con ella sin darse cuenta de que, además de inteligente y encantadora, era una mujer preciosa?

Cerró la revista. No le gustaba lo que le había hecho sentir aquella foto. La sensación que tenía era desagradablemente parecida a los celos, y esa era una emoción a la que había tenido que enfrentarse dolorosamente en su última relación.

Apartó la revista a un lado con la firme intención de borrar aquella foto de su mente y ponerse a trabajar. Necesitaba tomar algunas notas para el siguiente capítulo. Sacó un folio y se puso a escribir, pero apenas habían pasado unos minutos cuando el bolígrafo se quedó sin tinta.

Frustrada, lo arrojó a la papelería y abrió uno de los cajones del escritorio para buscar otro. Mientras lo hacía, su mano se topó con una hoja de papel que le impedía llegar hasta el fondo del cajón. Al sacarla, vio que se trataba de un dibujo de Kimberly, la hija de ocho años de Jim, y en él aparecían su padre, la niña y ella.

Deslizó un dedo por el rostro de la niña en el dibujo. Hacía no mucho, aún esperaba convertirse en la madrastra de Kimberly. Aún no sabía con certeza si se había enamorado más del padre o de la hija. Echó un poco de menos a Jim cuando la dejó, pero sufrió mucho por haber perdido a Kimberly.

Creyó cada palabra que le dijo Jim. Parecía tan sincero, tan genuinamente enamorado de ella... Sin embargo, mientras salían no había dejado de rogar a su esposa que lo aceptara de nuevo. Y acabó consiguiéndolo.

Volvió a guardar el dibujo en el cajón y cerró este de un golpe seco. Tras decidir que seguiría trabajando más tarde, se levantó de la silla. En aquel momento lo que necesitaba era salir de casa, huir de los recuerdos, de los regalos de Perry, de sus temores. Necesitaba estar con gente que la aceptara como era y que le hiciera reír. Y el

mejor lugar para ello era la heladería en que se reunían sus amigos del pueblo para tomar helados y charlar, y ella necesitaba ambas cosas con desesperación ese día.

Cuando al día siguiente por la tarde sonó el timbre de la puerta, Kristin supuso que se trataba de la llegada de otro regalo de Perry. A pesar de que se había pasado las últimas veinticuatro horas tratando de convencerse de que debía acabar con aquello, aún estaba sonriendo de anticipación cuando abrió la puerta.

Y se quedó tan anonadada como encantada al ver que, en esa ocasión, Perry se había enviado a sí mismo.

—Espero que esa bonita sonrisa sea para mí —dijo al verla, y alargó una mano para acariciarle la mejilla.

Kristin sintió que su sonrisa se ensanchaba. Era incapaz de ocultar el placer que le había producido volver a verlo.

—Hola, Perry.

—Es un placer volver a verte, Kristin.

Kristin trató de hablar con firmeza.

—Esperaba que esta vez me llamaras por teléfono antes de venir.

—Lo siento. Lo olvidé —Perry trató de mostrarse arrepentido, pero falló estrepitosamente. Alargó su mano izquierda y ofreció a Kristin un pequeño paquete que cabía en su palma—. Te he traído algo.

—¿Otro regalo? Esto tiene que terminar, Perry.

Él sonrió con expresión arrepentida.

—Lo sé. Ya me estoy quedando sin ideas.

Eso no era lo que Kristin había querido decir, y él lo sabía. Ella miró un momento el paquetito que Perry sostenía en la mano y luego se apartó de la puerta, resistiendo el impulso de tomarlo.

—Adelante.

Perry entró y esperó a que Kristin cerrara la puerta para ponerle el paquete en las manos.

—Considéralo un recuerdo de Texas.

Kristin lo aceptó y señaló uno de los sillones.

—Siéntate —ofreció, mientras ella se sentaba en el sofá.

En lugar de ocupar el sillón, Perry se sentó junto a ella.

—¿Qué tal te ha ido estos días?

—Bien, gracias —Kristin jugueteó con la cinta que envolvía el paquetito, pero no trató de abrirlo—. ¿Y qué tal te ha ido a ti en Texas?

Perry sonrió.

—He pasado mucho calor, pero, aparte de eso, todo ha ido bien. ¿Y tu libro? ¿Qué tal marcha?

—He avanzado un poco.

Los hoyuelos de Perry afloraron cuando su sonrisa se ensanchó.

—Entonces, ¿crees que te ha dado suerte alguno de mis regalos?

Kristin alzó las cejas.

—Puede que simplemente haya superado el mal momento.

Perry rio.

—Sin duda, esa es la explicación más probable.

Kristin suspiró y arrugó la nariz. Perry se había tomado muchas molestias con todos aquellos regalos. Lo menos que podía hacer era mostrarse agradecida, sobre todo porque le habían gustado de verdad.

—Pero tus amuletos de la buena suerte no me han hecho ningún mal, desde luego. Muchas gracias.

—De nada —Perry señaló el paquetito—. ¿Y no sientes curiosidad por este?

Kristin intuía que aquel regalo era diferente a los anteriores. Sabía que no podía esperar más a abrirlo, de manera que se humedeció los labios, tiró de la cinta y retiró el papel.

La cajita que apareció era claramente de una joya... y eso solo sirvió para ponerla aún más nerviosa. Tragó saliva antes de abrirla.

Dentro, sobre una base de terciopelo blanco, había una pulsera de pequeños eslabones de oro. El eslabón central tenía la forma de

una herradura y estaba incrustado de diamantes.

—Me han asegurado que las herraduras dan buena suerte —dijo Perry, mirándola al rostro.

Kristin no sabía qué decir. La pulsera era preciosa, pero no sabía si debía aceptarla. Aquel era diferente a los otros regalos. Los otros le habían hecho sonreír. Aquel la ponía nerviosa.

—No deberías haber hecho esto —dijo.

—Iba a traerte una herradura auténtica, pero el caballo no quiso cooperar.

Kristin no rio su broma.

—No puedo aceptarla, Perry. Es demasiado.

—Es solo otro amuleto de la suerte.

Kristin movió la cabeza.

—Es una joya.

—¿Y eso hace que sea diferente?

—Sí.

—¿Por qué?

Kristin se mordió el labio.

—No lo sé, pero así es.

Perry sonrió.

—Eso no resulta muy lógico.

Kristin no pudo resistir el impulso de tocar con un dedo la herradura. Era un adorno tan bonito... Luego se obligó a cerrar la cajita.

—Lo sé, pero será mejor que te la quedes.

—No puedo —Perry alzó las manos para que Kristin no pudiera dársela—. La tienda estaba en rebajas y no puedo devolverla.

—No te creo.

Él se limitó a seguir mirándola sin decir nada.

—Entonces, dáselo a una de tus amigas.

—Tampoco puedo —insistió Perry—. Mi relación con ellas no tiene nada que ver con regalos de este tipo.

—Tampoco tiene nada que ver con eso nuestra relación —le recordó Kristin con firmeza.

La sonrisa de Perry fue directamente maliciosa.

—Ya has aceptado varios regalos míos.

—Pero este es distinto —insistió Kristin.

Perry rio.

—Podríamos seguir así todo el día —dijo, y a continuación la rodeó con sus brazos—. Pero se me ocurren formas mucho más agradables de pasar la tarde que discutiendo.

Kristin abrió la boca para protestar, pero Perry no le dio opción de hacerlo. La acalló con sus labios.

Kristin tenía dos opciones en aquel momento; podía hacer lo que «debía» hacer, o lo que «quería» hacer. Lo que solía hacer más a menudo era lo primero, de manera que en esa ocasión se decidió por lo segundo. Devolvió el beso a Perry con todo el anhelo que se había acumulado en su interior desde la última vez que lo había visto.

Perry se colocó de manera que su espalda quedó apoyada contra el respaldo del sofá mientras Kristin acababa prácticamente sentada en su regazo. Ella no supo qué había pasado con la pulsera, pero de pronto se encontró con las manos libres. Aprovechó la oportunidad para deslizarlas por el pelo suave y espeso de Perry mientras él le acariciaba con las suyas la espalda, las caderas, la cintura, los muslos... Estuvo a punto de ponerse a ronronear de gusto.

Hacía tanto tiempo que nadie disfrutaba tan concienzudamente de ella, produciéndole a la vez tanto placer..

—Te he echado de menos, Kristin —dijo Perry contra su boca.

Ella murmuró una respuesta y volvió a besarlo, preguntándose si alguna vez se había sentido tan bien con algún otro hombre.

De algún modo, su blusa acabó desabrochada. Y, de algún modo, Perry deslizó la mano bajo su sujetador y le acarició delicadamente con el pulgar un pezón. Se endureció al instante.

Sus besos pasaron de ser precipitados y anhelantes a lentos y

carnales. Deslizó la lengua entre los labios de Kristin y sondeó detenidamente el interior de su boca. Ella le dio la bienvenida con la suya, haciendo que Perry dejara escapar un profundo gemido.

—Kristin —murmuró, y le acarició delicadamente una mejilla—. Si supieras cuántas veces he pensado durante estos días en volver a besarte. Si supieras lo que me hace besarte...

Ya que estaba prácticamente sentada en su regazo, Kristin sabía con exactitud cómo le afectaba a Perry besarla. Y se deleitó sabiendo que podía hacer que la deseara tanto. Le parecía que había pasado tanto tiempo desde la última vez que un hombre la había deseado...

Se apartó un poco de él para mirarlo. Él permaneció muy quieto, permitiéndole memorizar su rostro con la mirada y los dedos. Lentamente,

Kristin trazó el arco de sus cejas, el puente firme y recto de su nariz, los hoyuelos de sus mejillas, la curva de su labio inferior y la ligera endidura de su barbilla. Pensó que no le parecía un extraño. ¿Cuándo se había convertido Perry en alguien a quien podía reconocer meramente por el tacto? ¿Por qué le resultaba tan natural tocarlo, besarlo?

¿Por qué de pronto parecía que aquello había sido inevitable desde el momento en que lo vio aparecer en la pasarela de la subasta en Nueva York?

Sabía exactamente lo que estaba haciendo en aquellos momentos y a dónde los iba a llevar. Si quería parar, sabía que aquel era el momento. Esperar más sería cruel para ambos.

Pero también sabía con absoluta certeza que no iba a parar.

Tal vez era por lo sola que había estado últimamente. Tal vez se debía a que su madre se había ido de vacaciones con un hombre atractivo y eso le hacía sentirse como una persona aburrida y poco audaz en comparación. Pero lo más probable era que se debiera a que aquel era Perry. Desde el momento en que lo vio por primera vez supo que tenía que tenerlo.

Él murmuró su nombre, deslizó una mano por su pelo y tiró delicadamente de su cabeza hacia atrás para tener acceso a su cuello. Kristin se estremeció cuando la besó en el hueco de la garganta y luego utilizó el borde de sus dientes para mordisquearla seductoramente.

—Tal vez deberíamos salir a cenar, o a hacer algo —murmuró Perry, y alzó la cabeza tan lentamente que Kristin supo que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para apartarse.

—Hace apenas una hora que he comido —contestó ella, con una sonrisa trémula en los labios.

Perry no pudo resistir volver a saborear su boca.

—¿Quieres el postre? —preguntó.

—No sé —la voz de Kristin surgió más ronca que nunca—. ¿Qué puedes ofrecerme?

—¿Tarta?

Kristin le desabrochó el botón superior de la camisa.

—No.

Perry soltó el cierre delantero del sujetador de Kristin.

—¿Helado?

Ella se estremeció al sentir la calidez de la mano de Perry sobre uno de sus pechos.

—No...

—En ese caso, supongo que tendremos que buscar alguna otra cosa que hacer —murmuró él.

Para entonces, Kristin ya le había desabrochado toda la camisa. Admirando la perfección que había expuesto a su mirada, deslizó lentamente una mano por el pecho de Perry. El delicado roce del vello que lo cubría la impulsó a rozar su mejilla contra él. Había olvidado por completo de qué estaban hablando.

No estaba de humor para más juguetes. Se echó atrás lo suficiente para volver a mirar a Perry al rostro. Sus ojos se habían oscurecido y tenía las mejillas sonrojadas. La emoción que revelaba

su rostro no era simulada ni calculada. La deseaba. Y Kristin encontró aquel sencillo hecho más seductor que cualquiera de los encantadores regalos que le había enviado.

Apoyó una mano sobre un lado de su atractivo rostro. Él la tomó por los dedos y la besó en la palma.

—Eres preciosa, Kristin.

Ella negó con la cabeza y le cubrió la boca con la mano.

—No empieces a decirme piropos ahora —ordenó—. No es necesario.

Sabía que no era preciosa. Al menos, no como lo eran las mujeres del mundo en que se movía Perry. Jim solía decirle que era «bonita», y «atractiva». Pero en un par de ocasiones mencionó que su ex esposa era «preciosa».

Perry le retiró la mano de su boca y volvió a besarle la palma.

—No era un piropo. Pienso realmente que eres preciosa. Lo he pensado desde que te vi por primera vez.

Parecía tan sincero... Sería tan fácil creer que hablaba en serio... ¿Creería de verdad que era...?

—Preciosa —repitió Perry, y volvió a besarla.

Para entonces ya estaban prácticamente tumbados sobre el sofá, con las camisas abiertas, y el contacto de sus pieles hizo que Kristin apenas pudiera pensar con coherencia, y mucho menos discutir. Si Perry quería llamarla «preciosa», ¿por qué no dejarle hacerlo?

Ella consideraba que él era «precioso», y por mucho que Perry hubiera protestado, no le habría hecho cambiar de opinión.

Además, le encantaba sentir contra uno de sus muslos la evidencia de cuánto la deseaba.

Sin duda, Perry Goodman era una buena influencia para su ego... aunque también fuera una seria amenaza para su corazón.

—Tal vez deberíamos salir a cenar ahora —dijo él, con voz ronca.

Kristin sonrió y negó con la cabeza.

—Tengo una idea mejor. Vamos a mi dormitorio.

Los ojos de Perry brillaron.

—¿Estás segura? Porque si no lo estás, no hay ninguna prisa. Por mucho que desee hacer el amor contigo, no quiero que luego te arrepientas. Tenemos tiempo de sobra para...

—Perry —interrumpió ella, seducida una vez más por el matiz de inseguridad que había percibido en la voz de Perry—. Gracias por tu preocupación, pero ya soy mayorcita. Sé lo que estoy haciendo.

Perry no necesitó más persuasión.

—En ese caso —dijo—, enseñame dónde está el dormitorio.

Kristin sonrió.

—Temía que no fueras a preguntarlo nunca.

Kristin había meditado muy pacientemente la decoración de su dormitorio. Había pasado horas seleccionando el mobiliario y los accesorios perfectos. Pero le habría sorprendido que Perry se hubiera fijado en el más mínimo detalle de la decoración, porque en ningún momento apartó la mirada de su rostro mientras se tumbaban en la cama.

Era casi inquietante la intensidad de su mirada. No se perdió el más mínimo detalle de los cambios de expresión de Kristin mientras buscaba en su rostro la reacción a las deliciosas cosas que le hacía. Parecía empeñado en memorizar cada centímetro cuadrado de su cuerpo mientras la desnudaba, lenta pero eficientemente. Kristin pensó que no podía haber nadie más en su mente mientras le hacía el amor, murmurando su nombre, concentrándose en darle placer.

Unos minutos después estaba retorciéndose debajo de él, jadeando, anhelando más. El nombre de Perry escapó de entre sus labios en un sorprendido gritito cuando él deslizó una mano entre sus muslos para acentuar su excitación. Y no había ningún otro hombre en su mente cuando, finalmente, Perry cedió a sus ruegos y la penetró tras ponerse la protección que ella había sacado previamente de su mesilla.

Lo rodeó con los brazos y las piernas, deseando no tener que

soltarlo nunca, aunque sabía que aquello solo era una fantasía. Y sin embargo, ¿qué mejor momento que aquel para la fantasía?

El final fue ardiente, rápido y frenético, y antes de que el eco de sus gritos entrecortados se apagara por completo, Perry giró sobre sí mismo de manera que Kristin quedó sobre él. La guió con las manos sobre sus caderas y la sostuvo hasta que recuperó suficiente fuerza como para hacerse cargo de la situación. Entonces fue ella la que hizo que él se arqueara y gimiera hasta volver a alcanzar un nuevo orgasmo. Solo entonces se permitió ella alcanzar el suyo, cediendo a las intensas contracciones que se adueñaron de su cuerpo. Cuando se derrumbó sobre el pecho de Perry, se sorprendió al comprobar que tenía las mejillas húmedas a causa de las lágrimas de júbilo y placer que había derramado.

Ningún hombre la había hecho llorar nunca mientras hacían el amor. Ningún hombre le había hecho el amor nunca con tanta minuciosidad, tan espectacularmente, con tanta perfección.

Una preocupada vocecita en su interior preguntó si algún hombre volvería a hacerle sentirse así alguna vez, pero la silenció rápidamente, pues no deseaba estropear aquellos deliciosos momentos.

Quería disfrutar un poco más de aquella fantasía.

Perry la estrechó contra su hombro y apartó de su rostro un mechón de pelo húmedo.

—Descansa, corazón —murmuró—. Hablaremos después.

Descansar. A Kristin le pareció una idea estupenda. Cerró los ojos y se acurrucó contra él, empapándose de su calidez como si fuera un gato perezoso tumbado al sol. Se quedó dormida con un ronroneo de placer y una sonrisa felina en los labios.

Capítulo nueve

Cuando Kristin despertó estaba sola en la cama. La casa parecía en silencio y vacía. La penumbra que reinaba en la habitación indicaba que por lo menos había dormido dos horas. Se estiró y se sorprendió ligeramente al sentir que sus músculos protestaron por el movimiento. Notó algo en su muñeca derecha. La alzó y sonrió al ver que llevaba puesta la pulsera. Los diamantes que decoraban la herradura brillaron a la débil luz que entraba por la ventana.

Perry era incorregible, pensó. Pero también era maravilloso, añadió para sí con una sonrisa. Se preguntó dónde habría ido. Si estaba en la casa, no había duda de que estaba siendo realmente silencioso. Tomó la corta bata roja de satén que tenía en una silla junto a la cama y se levantó. Tras ponérsela y peinarse un poco con las manos, salió en busca de Perry.

Se detuvo bruscamente en la entrada del comedor, y por un momento se preguntó si aún seguiría dormida y soñando.

En la mesa había un centro de flores recién cortadas con dos velas a cada lado. La mesa estaba puesta para dos con la vajilla de porcelana, plata y cristal que guardaba en un armario de la cocina. De esta llegaba un olor exquisito.

—¿Perry? —dijo, insegura.

Perry apareció en el umbral de la puerta de la cocina, con el pelo revuelto, las mangas de la camisa subidas por encima de los codos y una mancha de algo blanco en una pierna de sus pantalones negros.

—¿Has echado una buena siesta? —preguntó, como si lo que estaba sucediendo fuera lo más normal del mundo.

—Sí... um, ¿qué estás haciendo?

—He preparado la cena. Espero que no te importe que haya estado husmeando por tu cocina.

—¿Has preparado la cena? —repitió Kristin, aún un poco adormecida y sorprendida.

Perry sonrió y asintió.

—Espero que sea comestible.

Kristin volvió a mirar la mesa.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

Perry alzó las cejas.

—¿No te gusta?

—Me encanta.

Él volvió a sonreír.

—En ese caso, siéntate y deja que te sirva.

Kristin bajó la mirada hacia la corta bata que vestía, consciente de sus piernas desnudas y de lo revuelto que llevaba el pelo.

—Tal vez debería vestirme antes.

—No te molestes por mí —replicó Perry, y se acercó a la mesa para apartar una silla para ella, sin dejar de mirarle las piernas en el proceso.

Kristin sonrió tímidamente, se sentó y se cubrió los muslos con la bata. Tras asegurarse de que estaba cómodamente instalada, Perry se acercó de nuevo a la cocina.

—Enseguida vuelvo.

Volvió con una botella de vino que Kristin tenía guardada en la nevera. Se la presentó con una floritura y sirvió un poco en su vaso. Riendo, Kristin lo probó y asintió. Perry regresó a la cocina y reapareció con dos cuencos de ensalada de lechuga, zanahoria, tomate y queso, aderezada con vinagre y aceite de oliva.

—Está muy buena —aseguró Kristin tras probarla.

Perry rio.

—Ni siquiera yo puedo estropear una ensalada. O eso espero, al menos. Aún no la he probado.

La ensalada resultó estar estupenda. Deliciosa, de hecho. Aunque lo cierto era que Kristin estaba tan emocionada por todas las molestias que se había tomado Perry que le habría gustado cualquier cosa que le hubiera ofrecido.

Pero el cocinero pareció más nervioso cuando trajo el plato principal.

—He practicado un par de veces desde que me diste tu lección de cocina, pero aún soy un novato. No hace falta que mientas si no te gusta lo que he preparado.

Kristin sonrió cuando miró su plato.

—¿Linguini con salsa al pesto? Tiene un aspecto estupendo.

—He traído albahaca fresca y piñones —admitió Perry—. No sabía si tendrías.

Kristin si tenía aquellos ingredientes en su cocina, pero pensó que había sido muy dulce por su parte haber planeado aquello con antelación.

Probó un bocado mientras Perry la observaba ansiosamente.

—¿Y bien?

—Delicioso —aseguró ella con total sinceridad—. ¿Dónde has encontrado la receta?

—Me la ha dado mi hermana mayor. Dijo que era lo suficientemente fácil como para que la preparara incluso un inútil como yo. Y por cierto, está deseando conocerte. Dijo que cualquier mujer capaz de tentarme a entrar en la cocina tiene que ser alguien muy especial.

Kristin estuvo a punto de atragantarse con la pasta que acababa de tragar. ¿Perry había hablado de ella con su hermana? ¿Y su hermana quería conocerla?

No estaba preparada para todo aquello.

Perry pareció leer sus pensamientos. Por un instante, su expresión se ensombreció, pero la aligeró enseguida deliberadamente con una sonrisa.

—¿Más vino?

Kristin asintió y decidió no decir nada respecto al comentario de la hermana de Perry. Sin duda, este no estaba más preparado que ella para una relación seria que implicara que sus familias se conocieran y todo lo demás. El paso que habían dado ese día ya había sido lo suficientemente grande.

De vez en cuando, la intimidad que habían compartido destellaba entre ellos, haciéndoles interrumpirse en medio de alguna frase, con las miradas unidas y los tenedores suspendidos en el aire. Entonces, uno de ellos apartaba la vista, rompiendo el momento, y todo volvía a resultar cómodo.

Cuando terminaron de comer la pasta, Perry sugirió que pasaran al cuarto de estar. También había comprado un postre, pero acordaron esperar un poco antes de comerlo. Llevaron sus vasos de vino a la otra habitación, donde Perry dejó encendida tan solo una lámpara antes de presionar un botón del CD. Al parecer, lo había cargado previamente de música claramente seductora. Kristin casi gimió cuando Ella Fitzgerald empezó a cantar *Isn't it Romantic*.

Si Perry pretendía asegurarse de que nunca olvidara aquella mágica tarde, lo estaba consiguiendo. Cuando la tomó entre sus brazos y comenzó a balancearse al ritmo de la música, Kristin se preguntó si sería capaz de volver a pasar un rato como aquel sin hacer comparaciones.

—Me encanta bailar contigo —susurró Perry, y apoyó una mejilla contra su sien—. Es tan agradable tenerte entre mis brazos.

Ella sonrió y le acarició la nuca.

—Te acusaría de intento de seducción, pero ya me has seducido.

—No trato de seducirte. Solo estoy disfrutando de ti.

Kristin suspiró.

—De todos modos, me estás seduciendo.

Perry ríe con suavidad.

—Yo diría que es al revés.

A Kristin le gustó escuchar aquello. Se arrimó un poco más a él para hacerle sentir la presión de sus pechos. La mirada de Perry se oscureció y su voz sonó una octava más grave cuando volvió a hablar.

—Eres una mujer perversa, Kristin Cole.

—En realidad no lo soy, pero es agradable serlo un poco de vez en cuando.

—¿En serio?

Kristin besó a Perry en el cuello.

—Sí.

Él la tomó por la barbilla y le hizo alzar el rostro.

—Siéntete libre para ser todo lo perversa que quieras conmigo.

Kristin ríe y simuló dar un mordisco en el aire.

—Podrías arrepentirte de haber dicho eso.

—Ya soy mayorcito —dijo él, parafraseando lo que había dicho Kristin antes—. Sé lo que hago.

Ella sintió cómo se endurecía contra la parte baja de su abdomen.

—Sí —murmuró—. No hay duda de que ya eres mayorcito.

Perry rio.

—Definitivamente perversa —dijo, y deslizó las manos hasta sus caderas.

Apenas movían los pies, y sus cuerpos se balanceaban lentamente al ritmo de la música. Perry inclinó la cabeza y besó la punta de la nariz de Kristin.

—Tienes la nariz más bonita que he visto en mi vida.

Aquellos comentarios sobre su nariz divertían a Kristin. Habría esperado que tratara de camelarla con palabras floridas sobre sus ojos o su piel. O sobre sus labios, tal vez, ¿pero sobre su nariz?

—A mí me gustan tus hoyuelos —confesó—. Ya me fijé en ellos el día de la subasta.

—Estos hoyuelos fueron una pesadilla durante mi juventud. No creerías cuántas burlas tuve que soportar por su causa.

—Mmm —Kristin se apartó un poco y observó el atractivo rostro de Perry—. Seguro que dejaron de ser una pesadilla en cuanto pasaste la pubertad.

—Lo cierto es que ha habido ocasiones en que me han venido bien.

—Seguro que sí —por algún motivo, Kristin se encontró de pronto pensando en Jenniffer, la bella mujer que conoció el primer día de su cita con Perry—, la que le hizo pensar que había estado íntimamente relacionada con él en el pasado. ¿Hasta qué punto habría sido íntima su relación? ¿Y cuándo habría acabado? Eran dos preguntas sobre las que no quería pensar en aquellos momentos.

Perry volvió a besarla.

—Si mis hoyuelos fueron la causa de que pujaras por mí en la subasta, les estaré eternamente agradecidos.

Kristin apartó de su mente todo pensamiento sobre cualquier otra mujer, rodeó el cuello de Perry con los brazos y se presionó de lleno contra su cuerpo. Una parte de su mente se fijó en la letra de la canción que había empezado a sonar, la versión de Linda Rondstadt de *What'll I Do*.

«¿Qué haré cuando te vayas?», decía la letra. Y eso era algo en lo que Kristin tampoco quería pensar.

Se apartó de nuevo y tomó a Perry de la mano.

—Ya estoy lista para el postre —dijo, con voz ronca.

—He traído pastel de chocolate.

Kristin negó con la cabeza y dejó que las solapas de su bata se entreabrieran y revelaran algo más que un destello de la piel que había debajo.

—No era eso en lo que estaba pensando.

Antes de darse cuenta de lo que había pasado, se encontró alzada en brazos de Perry.

—En ese caso, permite que te haga una sugerencia alternativa —dijo él, mientras se encaminaba hacia el dormitorio.

Kristin rio, sabiendo con certeza que la sugerencia de Perry sería más que satisfactoria.

—Abre la boca.

En respuesta a la orden de Perry, Kristin entreabrió los labios. Cerró los ojos con un gemido apreciativo cuando él le introdujo un trozo de la deliciosa tarta de chocolate en la boca. Estaban sentados con las piernas cruzadas en la cama. Kristin solo llevaba puesta una sábana y la pulsera de la herradura. Perry vestía unos calzoncillos cortos de color azul marino... y estaba realmente espectacular con ellos.

Kristin no tenía idea de qué hora era. Solo sabía que era más de media noche. No tenía interés en mirar el reloj. Las horas que habían pasado desde la llegada de Perry habían sido el interludio más sensual que había experimentado en su vida, y no quería que nada se entrometiera.

—Tienes chocolate en la cara —dijo Perry, y se inclinó hacia ella.

Kristin fue a frotárselo, pero él le sujetó la mano.

—Yo me ocupo —murmuró, y acarició con la lengua la comisura de sus labios.

Por increíble que pareciera, Kristin volvió a desearlo al instante. Movié la cabeza.

—¿Por qué tengo la sensación de que has planeado cuidadosamente una campaña para tenerme así?

Perry rio.

—Puede que lo haya hecho. Ya sabes que soy muy bueno organizando campañas.

—Eso he oído decir. Parece ser uno de tus talentos especiales.

Perry alzó un hombro.

—Me gustan los retos —murmuró—. Y no me gusta perder. Y soy especialmente tenaz cuando el resultado me importa personalmente. Y tú eres importante para mí —añadió, con una sonrisa tan dulce que Kristin sintió que su corazón se derretía.

Sin darle tiempo a recuperar la voz para responder, Perry deslizó un dedo por su mandíbula.

—Vaya —dijo con voz ronca—. Me temo que he vuelto a mancharte de chocolate.

Kristin arqueó el cuello.

—Entonces, será mejor que me limpies.

Perry deslizó la lengua a lo largo de su mandíbula, sin pasar por alto ni un centímetro.

A pesar de que la mano le temblaba cuando Perry dijo seriamente que ya estaba limpia, Kristin hundió deliberadamente un dedo en el trozo de tarta que había en un plato entre ellos.

—Creo que tú también tienes chocolate en la cara.

—¿Dónde? —preguntó él, con una sonrisa de anticipación.

Kristin deslizó el dedo por su labio inferior.

—Aquí —susurró, y se inclinó a besarlo.

En aquel mismo instante decidió que no había sabor más delicioso que el de Perry con chocolate. Si pudiera embotellarlo... no ganaría un centavo, se dijo de inmediato. No estaría dispuesta a compartir aquel sabor con nadie más.

Perry apartó el plato a un lado y luego tumbó a Kristin lentamente sobre la cama, apartando la sábana de sus pechos en el proceso.

—Me lo temía —dijo, con pesar.

—¿Qué?

Perry deslizó un dedo cubierto de chocolate en torno a uno de sus pezones.

—Me temo que he vuelto a ensuciarte con la tarta.

—En ese caso, tendrás que limpiarme con esmero —ordenó Kristin.

—No pienso pasar por alto ni una miga —aseguró Perry.

Y así fue.

A la mañana siguiente, Kristin despertó antes que Perry.

Permaneció tumbada varios minutos mirándolo, asombrada de que hubiera un varón tan espectacular durmiendo a su lado. Luego se levantó cuidadosamente y fue al baño, donde pasó unos momentos mirándose al espejo para comprobar si la noche la había cambiado tanto por fuera como por dentro. No pudo notar ninguna diferencia apreciable. Se preguntó si alguna otra persona podría hacerlo.

Vestida con unos pantalones cortos y una camiseta, y con el pelo aún húmedo a causa de la ducha, salió de puntillas al dormitorio. Perry seguía profundamente dormido. Esperaba que no tuviera alguna cita importante aquella mañana, porque, viéndolo dormir así, no tuvo valor para despertarlo.

Tras preparar una cafetera y servirse un café, fue a su despacho a comprobar si tenía algún mensaje. Como de costumbre, tenía varios de sus amigos escritores y una nota de su agente. Leyó los que le interesaban, contestó los que consideró necesarios, guardó el resto para más tarde y luego abrió su procesador de textos con la intención de escribir algo antes de que Perry se despertara.

Como siempre, sacó su cuaderno de notas para hacer un esquema del siguiente capítulo antes de empezar a escribirlo. Unos minutos después estaba totalmente sumergida en su trabajo.

Algo parecía haberla inspirado aquella mañana.

Perry disfrutó despertando en la cama de Kristin. El suave recuerdo de la fragancia floral que asociaba con ella cosquilleó su nariz incluso antes de que abriera los ojos. La cálida luz del sol que entraba a través de las cortinas de la ventana bañaba su pecho. Al abrir los ojos y mirar la almohada vacía, decidió que lo único que faltaba a su lado era Kristin.

Tras estirarse minuciosamente, se puso los calzoncillos y fue al baño, que también estaba vacío. Una mirada al espejo le dijo que le convenía tomar una ducha antes de ir a saludar a Kristin. Cuando se metió bajo el agua caliente pensó en lo agradable que sería que ella decidiera unirse a él.

Tras ducharse, se puso unos pantalones y una camisa limpia. El día anterior había retirado del coche su bolsa de viaje para poder afeitarse y lavarse los dientes.

Estaba deseando volver a ver a Kristin para comprobar cómo reaccionaba ante él ahora que se habían convertido en amantes. La noche anterior se había mostrado maravillosamente receptiva y abierta a él, y esperaba que no tratara de mantenerlo a distancia al volver a verlo. No habría querido hacer el amor si no hubiera empezado a confiar en él, aunque sólo fuera parcialmente... ¿o sí?

Esperaba encontrarla en la cocina, o en el jardín, tomando un café, pero la encontró sentada en su despacho, escribiendo rápidamente en su temible cuaderno. Por su expresión, estaba totalmente absorta. Ni siquiera lo oyó entrar.

Perry se aclaró la garganta. Ella no apartó la vista del cuaderno.

—Kristin —dijo, en voz un poco alta.

En lugar de sobresaltarse, ella lo miró con una expresión un tanto aturdida. Era evidente que su mente estaba en otro lugar.

—¿Sí?

Perry le dedicó una sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días. Hay café en la cocina. Sírvete tú mismo —dijo Kristin, y volvió a mirar inmediatamente su cuaderno.

Aquel no era el recibimiento con el que Perry contaba. Esperaba entusiasmo, tal vez incluso cierta timidez, pero no que Kristin actuara como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

—¿No quieres venir conmigo? —preguntó.

—Iré en un minuto. Solo quiero terminar este pensamiento antes de que se me escape —contestó ella, y se puso a escribir de inmediato.

Ya que parecía no tener otra opción, Perry fue a la cocina, decepcionado por tener que hacerlo solo. En su opinión, Kristin podía haber esperado a ponerse a escribir hasta después del

desayuno. Además, ¿qué estaba escribiendo tan fervientemente? ¿Lo que opinaba sobre sus técnicas de hacer el amor?

Se dijo de inmediato que debía dejar de ser paranoico. No había motivo para creer que lo que estuviera escribiendo Kristin tuviera que ver con él. Sabía que las personas creativas solían perderse a veces en sus propios mundos, y debía comprender ese detalle si iba a mantener una relación seria con una escritora... y quería mantenerla con aquella en particular.

Se sirvió una taza de café y salió con ella al jardín trasero, suponiendo que Kristin se reuniría con él cuando hubiera acabado. Mientras tomaba el café observando los pájaros y las ardillas, comprendió de pronto con exactitud lo que estaba haciendo. Estaba enfurruñado porque Kristin lo había ignorado a causa de su trabajo. ¿Cuántas veces protestó Jennifer porque él le hacía precisamente aquello?

El comentario de Elspeth pasó una vez más por su mente. «Si le hubieras dedicado tanto tiempo a Jennifer, ahora serías un hombre casado».

Se estaba comportando como un cretino, pensó, arrepentido. Imaginó a Kristin trabajando duro en su libro. El libro que, según le había confesado, tantos problemas le estaba dando. Había sido una estupidez irritarse porque hubiera decidido concentrarse unos minutos en su trabajo.

Para cuando Kristin se reunió con él unos minutos después, Perry fue capaz de recibirla con una sonrisa cálida.

—Buenos días de nuevo.

Notó que la sonrisa que le devolvió ella fue un tanto vacilante, y que sostenía su taza de café con más fuerza de la necesaria.

—Um... creo que te debo una disculpa.

Perry logró mostrar cierta sorpresa.

—¿Por qué?

—He sido un poco grosera contigo cuando me has saludado

antes. Lo siento. Debería haberme tomado más tiempo para hablar contigo. Me temo que estaba distraída con una idea para mi libro y...

—Kristin —interrumpió Perry con firmeza, como si apenas se hubiera fijado en su falta de atención—, comprendo perfectamente lo que supone la responsabilidad de una profesión. Tal y como son las cosas, ya te he mantenido bastante tiempo distraída de tu trabajo.

Kristin pareció un poco sorprendida, pero enseguida sonrió.

—Gracias por tu comprensión —dijo—. Ha habido... otras personas que encontraban muy difíciles de aceptar mis ocasionales caídas en lo que llamo «la fiebre del escritor».

¿Su ex amante, tal vez? Perry se palmeó mentalmente la espalda por haber evitado tan limpiamente una comparación desagradable. Hizo un gesto con la mano para quitar importancia al tema, satisfecho de que Kristin ya estuviera con él.

—He pensado en preparar el desayuno, pero como ayer ya cociné para ti el único plato que sé...

Kristin rio con suavidad.

—Yo prepararé el desayuno. Tú puedes ayudarme.

—Me encantará hacerlo —contestó Perry de inmediato.

Al parecer, las cosas empezaban a ir realmente bien entre Kristin Cole y él, pensó, con cierta petulancia.

Capítulo diez

Una hora después estaban recogiendo la mesa y guardando las cosas en el lavavajillas. Kristin no recordaba haberse sentido tan relajada en mucho tiempo. Su trabajo había ido bien aquella mañana, y acababa de desayunar con un hombre increíblemente atractivo. En conjunto, estaba resultando un gran día.

Y entonces sonó el teléfono.

Ya que Perry estaba ocupado con el lavavajillas, contestó ella.

— ¿Hola?

— Um... ¿Kristin?

Kristin no reconoció la voz de la mujer.

— ¿Sí?

— Soy Elspeth Moore. No se si me recuerdas, pero...

Kristin recordó de inmediato a la encantadora mujer que una revista había identificado como la *frecuente compañera de Perry*.

— Claro que te recuerdo. Eres la asociada de Perry —dijo, y oyó que este gemía

— Sí. Siento molestarte, pero no consigo ponerme en contacto con el móvil de Perry y este fue el teléfono que dejó en caso de que necesitáramos localizarlo. ¿Está ahí?

Kristin fue consciente de lo irónico que resultaba que Perry hubiera dado su número de teléfono cuando él no lo había usado nunca, pero se limitó a decir:

— Sí, está aquí.

— ¿Te importaría que hablara con él? Me temo que es algo urgente.

— Por supuesto —Kristin alcanzó el teléfono a Perry, que se

estaba secando las manos con un trapo—. Es Elspeth Moore. Dice que es urgente.

Él asintió con expresión seria y tomó el auricular.

—Más vale que lo sea —murmuró.

Kristin salió de la cocina para darle más intimidad. Fue al dormitorio, donde recogió las ropas que había por el suelo e hizo la cama. Toda evidencia de la noche pasada había desaparecido para cuando Perry se reunió con ella. Por su expresión, era evidente que la llamada no le había hecho ninguna gracia.

—¿Qué sucede?

—¿Recuerdas el motivo por el que tuve que interrumpir nuestra segunda cita?

Kristin asintió.

—Dijiste que se había producido una crisis en California con uno de tus candidatos. Me explicaste que sus oponentes políticos habían inventado algún chismorreó sobre él.

Perry asintió.

—El asunto ha ido a más, y ahora hay más evidencias contra Leo... mi candidato. Las cosas se van a poner feas. Tengo que ir enseguida allí.

—¿Qué ha sucedido?

—Se rumorea que Leo ha desviado dinero de la campaña a su propia cuenta. Lo han acusado de aceptar comisiones ilegales y de evasión de impuestos. Según Elspeth, su oponente asegura tener pruebas que apoyan sus acusaciones, aunque aún no las ha hecho públicas.

Kristin lamentó en ese momento no saber un poco más de política para poder hablar del tema inteligentemente.

—Eso suena... mal —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Perry asintió.

—Es malo.

—¿Es posible que tu candidato sea realmente culpable? —

preguntó Kristin con cautela.

Un destello de enfado cruzó el rostro de Perry, pero Kristin no creyó que fuera dirigido a ella. O al menos, eso esperaba.

—No. No es posible. Ya te he dicho que elijo a mis candidatos cuidadosamente. Si creyera a Leo capaz de esto, nunca lo habría aceptado como cliente.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo primero que debo hacer es ir a California a hablar con Leo?

—¿Y si averiguas que todo es verdad?

La mirada que Perry dedicó a Kristin hizo que esta tragara saliva.

—No lo es —contestó.

Kristin asintió, y en ese momento recordó que en realidad hacía muy poco tiempo que conocía a Perry. Por ejemplo, no sabía que podía parecer tan duro, tan firmemente enfadado. Aquella era la parte de su personalidad que lo había convertido en un formidable oponente político. Aquella era la faceta de su personalidad que desconocía por completo.

Perry se volvió para tomar su bolsa de viaje.

—Debería haber estado más atento a este asunto. Creía que ya lo habíamos superado. No sé en qué he estado pensando últimamente...

—el sonido de su voz se fue apagando, como si de pronto se hubiera dado cuenta de por qué había estado distraído.

Kristin se mordió el labio y se preguntó si Perry sería tan injusto como para culparla por haber interferido en su trabajo. Sin duda alguna, Jim lo habría hecho, pensó, y enseguida se enfadó consigo misma por haber pensado en su ex amante en un momento como aquel. Se aclaró la garganta y señaló la bolsa de Perry.

—¿Has olvidado algo? ¿Necesitas algo más antes de irte?

Perry la sorprendió tomándola del brazo cuando estaba a punto de salir de la habitación.

—Lo que necesito —dijo, inclinándose hacia ella—, son otras cuarenta y ocho horas a solas contigo. Como mínimo —le dio un

prolongado beso y luego se apartó de ella con evidente desgana—. Pero supongo que será mejor que me vaya.

Kristin sintió un impulso casi incontrolable de aferrarse a él y no dejar que se marchara. Pero se limitó a humedecerse los labios y a girar para salir del dormitorio y dejar que Perry se preparara para su viaje.

Ya que no sabía qué otra cosa hacer, fue a su despacho y encendió el ordenador. Trató de concentrarse escribiendo, pero solo lograba pensar en lo agradable que había sido tener a Perry allí aquellas horas. Y en lo sola que iba a sentirse cuando se fuera.

Aquella tarde, para sentirse un poco acompañada, Kristin encendió la televisión que tenía en su despacho y seleccionó uno de los canales de noticias. El escándalo relacionado con el cliente de Perry era una de las noticias principales del día. Vio el informe sobre lo sucedido y frunció el ceño cuando el presentador mencionó el nombre de Perry.

—Ha sido imposible contactar hoy con Perry Goodman, el jefe de la campaña del senador. Al parecer, se ha reunido con este para preparar un comunicado. Goodman, que aparece aquí con su ex prometida, Jennifer Craig, ha volado esta mañana a California al conocer el escándalo. No se sabe si.

Kristin no escuchó más. Su mirada estaba fija en las fotos de Perry que aparecían en pantalla, con una bellísima Jennifer tomada de su brazo.

Ex prometida. Kristin había adivinado que hubo algo entre Perry y Jennifer, pero no sabía que Perry había llegado a pedirle que se casara con él.

Se dijo que no debería sorprenderse tanto por aquella revelación. Lo que hubiera habido entre ellos ya había acabado y, además, no le concernía.

Pero lo mismo pensó sobre Jim y su ex esposa, se recordó. Aunque no tenía motivos para creer que Perry siguiera interesado en

su ex amante, el recuerdo del dolor que sufrió cuando Jim la traicionó fue suficiente para hacerle temer que había cometido otro terrible error prendándose de Perry Goodman.

Las noticias de los días siguientes no sirvieron precisamente para reconfortarla. El senador de California parecía cada vez más hundido, al igual que su campaña de reelección. Sus antiguos compañeros políticos lo estaban abandonando en masa y exigían su dimisión. En política, estar conectado aunque solo fuera periféricamente con un desastre como aquel era potencial devastador.

Perry también estaba recibiendo sus golpes. Expertos en política cuestionaban la sabiduría de su empeño en permanecer junto al candidato a pesar de la evidencia cada vez más fuerte de que este era un sinvergüenza. Perry no dejaba de decir que esa evidencia era un invento de los enemigos políticos del senador, algo que era recibido con evidente incredulidad en muchos medios. Incluso se sugería que Perry estaba tan implicado en el asunto como el senador, que había encubierto a este en numerosas ocasiones.

Kristin escuchaba todas aquellas acusaciones con incredulidad. ¿Cómo había sucedido aquello? Solo la semana anterior, Perry era el chico de oro de la prensa. Pero en aquellos momentos, simplemente por su lealtad hacia un amigo y candidato, se había convertido en su chivo expiatorio.

¿Se habría equivocado ofreciendo su lealtad al senador? La evidencia contra este parecía bastante contundente. Kristin no dudaba de la inteligencia de Perry. ¿Podría haberse equivocado tanto? ¿O existía la posibilidad de que estuviera más implicado de lo que había admitido en los manejos del senador?

Aunque Kristin se negaba a aceptar la mera posibilidad de que Perry no fuera totalmente sincero y escrupuloso, tampoco podía evitar pensar en lo displicente que parecía respecto al dinero y los favores políticos. Las limusinas y el avión privado que había conseguido para su cita. La exclusiva comida en el Capitol Hall. Las

frecuentes visitas que le hacía, que implicaban billetes de avión y coches alquilados. Era un hombre que se sentía cómodo gastando dinero, que no ocultaba cuánto disfrutaba con el juego de la política y al que le gustaba ser el centro de atención.

Si los expertos en política estaban en lo cierto, arriesgaba mucho permaneciendo al lado del senador. Si se hundía con su candidato, su futuro como estratega de campañas políticas corría serio peligro. Después de todo, los políticos querían aliarse con ganadores, no con perdedores. ¿No era eso un indicio de que Perry estaba motivado por la lealtad y la amistad, y no por sus propios intereses?

Pero Kristin también recordaba que le había dicho que disfrutaba con los retos, y que no le gustaba perder. ¿Hasta que punto estaba atado su orgullo y su ego al destino del candidato?

¿Cómo podía saber ella si también era un hombre en el que podía confiar? ¿Era un héroe por mantenerse firmemente en sus creencias... o un bribón más obsesionado por ganar que por tener razón?

El teléfono sonó en el despacho de Kristin, sobresaltándola. No se dio cuenta de lo lejos que la habían llevado sus pensamientos hasta que la sorpresa la devolvió a la realidad de su silencioso despacho. Descolgó el auricular.

—¿Hola?

—Hola. Soy Perry.

El mero hecho de oírlo hizo suspirar a Kristin.

—¿Cómo estás? —preguntó, preocupada por lo abatido que le había parecido el tono de Perry—. No he dejado de ver las noticias. Te están presionando mucho, ¿verdad?

—Sí. Desafortunadamente, estamos pasando una semana con pocas noticias, y los medios de comunicación no parecen tener otro tema al que agarrarse.

—¿Cómo puedes soportarlo? Esta mañana, cuando salías de casa del senador, los reporteros prácticamente te han aplastado con sus

micrófonos. Y las preguntas que te hacían... No sé cómo has logrado mantener el control.

—No ha sido fácil, te lo aseguro.

Kristin creyó percibir una rabia contenida en su voz, algo que, como consumado político, Perry nunca dejaría entrever a la prensa. Se humedeció

los labios, sin saber muy bien cómo hacer la pregunta que le había estado preocupando desde que Perry de fue.

—No parece que a tu candidato le vayan muy bien las cosas. Da la sensación de que los medios de comunicación ya lo han juzgado y lo han encontrado culpable.

—Soy consciente de ello —el tono de Perry fue evidentemente frío y Kristin esperó que esa frialdad fuera dirigida a la prensa en general, y no a ella por haber sacado el tema—. Espero que sean igual de insistentes cuando Leo saque a la luz pública la evidencia que limpie su nombre.

—¿Ya ha encontrado esa evidencia? —preguntó Kristin, esperanzada.

—No —replicó Perry, con cierta brusquedad—. Todavía no.

—Oh —Kristin trató de que su tono de voz no manifestara ninguna duda, pero sospechaba que Perry las había percibido de todos modos. Trató de darle ánimos—. Espero que encuentres pronto lo que necesitas.

«Suenas como una imbécil, Cole», se recriminó.

—Gracias —se limitó a contestar Perry, y a continuación cambió de tema—. ¿Qué tal va tu libro?

—Está casi acabado.

—Felicidades.

—Más vale que reserves tus felicitaciones para cuando esté realmente acabado —dijo Kristin en tono irónico.

—¿Vuelves a sentirte supersticiosa? —preguntó Perry, sonando como si tratara de retomar el tono burlesco que solía

utilizar con ella—. ¿Debería enviarte algún otro amuleto de la suerte?

—Ya no tengo sitio para más, pero gracias de todos modos por la oferta.

El tono deliberadamente remilgado de Kristin hizo reír a Perry. Pero había poca diversión en su voz cuando dijo:

—Te he echado de menos, Kristin.

Hubo un brevísimo momento de vacilación antes de que ella replicara.

—Yo también te he echado de menos —«y por favor, Perry, no me hagas lamentar lo que he empezado a sentir por ti», añadió para sí.

—No puedo esperar a volver a verte.

—¿Cuándo podrás venir?

—No lo sé. Probablemente, lo mejor será que no te vea en una o dos semanas, hasta que desaparezca al menos en parte el interés por Leo. No querría arrastrarte involuntariamente a la atención pública.

—¿Debería preocuparme por eso? —preguntó Kristin, consternada por la sugerencia. No sabía nada de política, y no quería verse en la situación de tener que hacer algún comentario sobre lo que estaba sucediendo.

—No si tenemos cuidado. Cuando todo esto haya acabado, nuestra relación solo interesará a los columnistas de sociedad, no a los reporteros que se dedican a las noticias realmente duras.

—Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera llegar a salir mencionada en las páginas de sociedad —confesó Kristin—. Pero supongo que eso puede sucederle a cualquier mujer que salga contigo. No hay duda de que eres conocido en los círculos de Washington como un magnífico partido.

—No creas todo lo que oíste en la subasta de solteros —dijo Perry, en tono claramente molesto.

—Han cambiado tantas cosas desde entonces... —murmuró Kristin.

—Y que lo digas.

—¿Qué harás a continuación? Me refiero a tu trabajo —preguntó Kristin, insegura—. ¿Tienes que dirigir alguna otra campaña?

—Aún no he terminado con esta. Leo no ha aceptado ninguna contribución ilegal, Kristin, y tampoco ha malversado fondos. Todo lo que estás oyendo estos días son invenciones de un competidor desesperado y vengativo. Aún no puedo demostrarlo, pero lo haré. Necesito que lo creas.

Kristin quería asegurarle que creía en él implícitamente. Que confiaba en él. Pero le habían hecho tanto daño antes que no podía evitar ser cautelosa.

—No me crees —dijo Perry.

—Yo... —Kristin suspiró—. Lo cierto es que no sé que creer —admitió al cabo de un momento—. Ya te dije que no sé nada de política.

—Esto no es sobre política —contestó Perry con gravedad—. Esto solo tiene que ver con si has aprendido a confiar en mí o no.

Antes de que Kristin pudiera responder, la voz de una mujer llegó con claridad a través de un intercomunicador que Perry debía tener a su lado.

—¿Señor Goodman?

Perry no se molestó en cubrir con la mano el teléfono.

—¿Qué ocurre, Anne?

—Jennifer Craig está en la línea dos.

—Dígale que enseguida me pongo, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Kristin... —empezó Perry de nuevo.

En esa ocasión fue ella quien lo interrumpió, tratando de no pensar en la bella mujer que estaba esperando para hablar con Perry.

—Parece que estás muy ocupado. No quiero entretenerte.

—Tengo que hacer algunas llamadas —reconoció Perry—. Solo quería oír tu voz.

—También ha sido agradable oír la tuya. Adiós, Perry.

Kristin colgó con demasiada rapidez y luego se cubrió el rostro con las manos. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan confusa. Cuando salía con Jim creía estar enamorada de él, pero con Perry no tenía ninguna duda. ¿Habría vuelto a entregar imprudentemente su corazón... o habría encontrado realmente a su héroe en esa ocasión?

Aquella tenía que ser una de las peores semanas de su vida, pensó Perry mientras escuchaba el tono de llamada del teléfono. Su amigo Leo pasaba unos momentos angustiosos y él tenía problemas en su trabajo. Excepto los benditos Elspeth y Marcus, todos sus asociados lo habían abandonado y, a pesar de lo que habían compartido durante aquellas semanas, Kristin había dejado muy claro que aún no había aprendido a confiar en él. Aún lo consideraba el político superficial y manipulador que había descrito en su resumen del carácter de Nick O "Donnell.

Pero no pensaba renunciar. Ni a Leo, ni a Kristin. Defendería al primero y convencería a la segunda, pero antes debía atender otros asuntos. Presionó la línea dos del teléfono.

—¿Jennifer?

—Hola, Perry. Espero no haber interrumpido nada.

Hubo una época en que el mero sonido de la voz grave y modulada de Jennifer hacía que Perry la deseara. Pero en aquellos momentos solo deseaba a una mujer... una mujer que no parecía confiar en él.

—No te preocupes por eso. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Solo quería que supieras cuánto siento lo que está pasando con Leo. Sé que lo estimabas mucho.

—Y aún lo estimo, Jenn. Aún creo en él. No ha hecho nada malo.

—Oh, Perry —Jennifer parecía exasperada con él, algo a lo que Perry estaba acostumbrado con su ex prometida—. ¿Por qué tienes que ser siempre tan testarudo? Si no te desmarcas de este desastre, vas a arruinar tu carrera. Te conozco. Tu trabajo lo significa todo para ti.

—Si me conocieras de verdad, sabrías que mi integridad significa aún más para mí —replicó Perry con calma.

Jennifer suspiró.

—Me preocupo mucho por ti, Perry. Ya lo sabes. No quiero ver cómo te auto destruyes. Todo el mundo dice que Leo se está hundiendo y que tú te hundirás con él. Esperaba poder hacerte recapacitar, pero debería haber supuesto que no sería así. Mis opiniones nunca te han importado demasiado.

—También estás equivocada respecto a eso. Claro que me importa tu opinión. Desafortunadamente, casi nunca hemos estado de acuerdo. Pero quiero que sepas que aprecio tu preocupación.

—¿Quieres que nos veamos para tomar algo y charlar sobre esto? Tal vez así pueda convencerte de lo imprudente que estás siendo.

Perry alzó las cejas, sorprendido. De pronto, Jennifer quería tomar algo con él. Siempre se había quejado de su intensa dedicación a la política; ¿acaso creía que las cosas habían cambiado debido a que se enfrentaba al reto político más importante de su carrera?

Declinó la oferta educadamente.

—Me temo que estoy demasiado ocupado en estos momentos. Y pienso irme de la ciudad en cuanto todo quede resuelto.

Jennifer dudó un momento. Luego dijo:

—He oído rumores de que estás viendo a la mujer que te «compró» en la subasta de la gala por la alfabetización.

—Esos rumores son ciertos, aunque de momento preferiría que no apareciera nada al respecto en la prensa.

—Me pareció que era una mujer muy agradable —dijo Jennifer, en un tono ligeramente nostálgico.

—Lo es —replicó Perry, sin añadir nada más.

—Ya veo. Bien. Cuídate, Perry. Y piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

Perry colgó el teléfono sintiendo que por fin había dicho adiós a Jennifer y a los sueños que en otra época creyeron compartir.

Entonces creyó que Jennifer tenía todas las cualidades que buscaba en una esposa: cerebro, belleza, buena crianza y un profundo interés en el mundo de la política. Pero aquello no bastó. Todo lo que tenían en común no fue suficiente para compensar aquello de lo que carecía su relación. Amor. Pasión. Necesidad.

Perry siempre se había enorgullecido de su habilidad para conocer rápidamente a la gente, para ver su verdadero carácter más allá de la fachada que mostraban ante el mundo. Había sido precisamente ese talento lo que le había permitido asociarse con una impresionante cadena de candidatos políticos ganadores. Pero ese instinto le había fallado con Jennifer.

Y aquel fallo bastó para hacerle dudar de algo que había asumido hacía mucho tiempo. ¿Sería posible que se hubiera excedido en la confianza que tenía en sí mismo? Miró el montón de artículos que tenía sobre el escritorio condenando a Leo y citando las supuestas pruebas contra él presentadas por la oposición. ¿Era posible que también se hubiera equivocado en aquel caso? Leo lo había mirado directamente a los ojos para manifestar su inocencia y la indignación que sentía por lo que estaba sucediendo... y él lo había creído.

¿Existía alguna posibilidad de que hubiera metido la pata creyendo a Leo y defendiéndolo, destruyendo en el proceso su prometedor futuro personal?

Miró el teléfono y pensó en Kristin. En lo referente a ella, había seguido sin ninguna duda sus instintos. Desde el primer momento en que la vio supo que la deseaba. La tercera vez que se vieron supo que sentía por ella algo más que deseo. Y en algún momento de la noche que habían pasado juntos decidió que quería pasar el resto de su vida con ella. Y apenas hacía cinco semanas que la conocía.

No pudo evitar preguntarse si estaría dependiendo en exceso de aquellos instintos que ya le habían fallado en una ocasión. Lo cierto era que no conocía demasiado bien a Kristin. Sabía que le interesaba poco la política y que le había dicho que sus puntos de vista eran

bastante distintos a los de él. Pero, ¿hasta qué punto eran diferentes? ¿Qué sucedería si ella defendiera una opinión distinta a la suya en relación a algunos de los temas que más le apasionaban?

No sabía lo que pensaba sobre los niños. Él quería tener hijos. Si los hombres tenían un reloj biológico, hacía tiempo que el suyo sonaba bastante fuerte. El matrimonio y la familia siempre habían estado entre sus planes, y ese era el principal motivo por el que había pedido la mano de Jennifer. Él estaba listo y ella parecía una candidata adecuada... o, al menos, eso le pareció entonces. Hasta que Jennifer empezó a presionarlo para que cambiara casi todo lo que lo convertía en lo que era, haciéndole darse cuenta del error que había cometido.

Perry ni siquiera sabía lo que Kristin sentía por él. Sabía que al principio se había mostrado muy cautelosa y escéptica. Sabía que aún la perseguían los recuerdos del hombre que le había hecho daño en su última relación, y que esa experiencia la había marcado, volviéndola muy desconfiada. Creía que había logrado convencerla de que él no era como aquel hombre, de que podía contar con él.

Pero Kristin no había podido ocultar sus dudas durante la conversación telefónica que habían mantenido. No estaba convencida de la inocencia del senador, y Perry temía que también se estuviera cuestionando su integridad a pesar de lo que habían compartido.

Pensaba que la noche que habían compartido era la prueba de que los sentimientos de Kristin por él habían cambiado, que tal vez incluso se había enamorado un poco de él.

Pero, ¿y si estaba equivocado?

Gimió y se pasó una mano por el rostro. Hacía años que no sentía que su vida estaba tan liada. Y tampoco estaba muy seguro de qué debía hacer a continuación, cosa totalmente atípica en él.

Todo lo que sabía era que en esa ocasión no podía permitirse perder, ni con Leo, ni mucho menos con Kristin.

Kristin terminó su libro una semana después. Imprimió la última página con una mezcla de intensa satisfacción y alivio. Hacía más de un mes que había vencido la fecha de entrega estipulada en su contrato, pero su editora se había mostrado realmente comprensiva.

Era muy agradable haber acabado, pero lo era aún más saber que el libro era bueno.

Al parecer, había superado el periodo de sequía creativa que tantas preocupaciones le había causado. Y también había asentado algunas otras cosas en su mente mientras redondeaba el argumento de su libro y daba vida a su héroe. Ya no dudaba de que este estaba directamente basado en Perry Goodman. Y en algún momento durante el proceso de llegar a conocer a Nick O'Donnell, había tomado una decisión definitiva respecto al hombre que le había servido de modelo.

Cuando el viernes por la tarde sonó el timbre de su puerta, corrió a abrirla con el corazón latiéndole en el pecho como si fuera una colegiala. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y adoptar un paso más digno. Se tomó unos momentos para recuperar la compostura. Solo entonces abrió la puerta, con una serena sonrisa en los labios.

—¿Has vuelto a perder mi número de...? —empezó, y se interrumpió de pronto al darse cuenta de que no era Perry el que esperaba tras la puerta.

—¡Kristin! —una niña de pelo rubio y rizado la rodeó con los brazos por la cintura—. ¿Te alegras de vernos?

Kristin devolvió automáticamente el abrazo a la niña y miró por encima de la cabeza de esta al hombre que se hallaba tras ella. Jim Hooper le dedicó una sonrisa llena de dientes, una sonrisa con la que, claramente, pretendía congraciarse con ella. Kristin había visto aquella sonrisa en muchas ocasiones... en la época en que estuvo pensando en casarse con aquel hombre.

Capítulo once

Kristin respondió mecánicamente a la pregunta de Kimberly.

—Claro que me alegro de veros. Pero... ¿qué hacéis por aquí?

—Papá me preguntó si quería verte, yo dije que sí, ¡y aquí estamos! —dijo la niña, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No vas a invitarnos a pasar? —preguntó Jim.

Kristin sabía que no podía negarse, sobre todo por la mirada de adoración que le estaba dedicando Kimberly.

—Por supuesto. Adelante.

La niña pasó rápidamente junto a ella. Jim la siguió más despacio.

—Me alegra mucho volver a verte, Krissie. Estás muy guapa.

Se inclinó para besarla, pero Kristin lo evitó volviéndose rápidamente hacia la niña.

—Cuánto has crecido desde la última vez que te vi. Y creo que estás incluso más guapa que antes.

Kimberly asintió feliz y señaló con un dedo su propia cabeza.

—Me he cortado el pelo.

—Es un corte precioso. ¿Te apetece comer algo? Tengo leche y galletas de avena.

La niña asintió con entusiasmo.

—Estoy muerta de hambre.

Kristin la tomó de la mano y fueron a la cocina. Jim las siguió.

Tras servir un vaso de leche y sacar unas cuantas galletas a un plato, Kristin dijo a Kimberly que se sentara a la mesa, encendió la televisión y seleccionó un canal de dibujos animados.

—¿Te importa si tu padre y yo hablamos un rato en el cuarto de

estar, cariño?

—No me importa. Estos dibujos animados me gustan.

Kristin se volvió hacia Jim con una forzada sonrisa en los labios.

—¿Vamos? —preguntó.

Jim asintió y se encaminó hacia la puerta. Kristin había dejado de sonreír cuando él se volvió hacia ella en el cuarto de estar.

—¿Qué haces aquí, Jim?

—No sabes cuánto me alegro de volver a verte, Kristin. Te he echado mucho de menos.

Kristin volvió a evitar un nuevo intento de beso.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué haces aquí, Jim?

—Quería verte.

Kristin alzó una ceja.

—¿Y no has traído a tu esposa?

—Krissie...

—No me llames eso.

—Solía gustarte —la mirada dolida de Jim podría haber enternecido a Kristin en otra época... pero en aquellos momentos solo la enfadó.

—Nunca me gustó —corrigió con satisfacción—. Solo me limité a tolerarlo mientras salíamos. Ahora no tengo por qué hacerlo.

—Sigues enfadada. Lo comprendo.

El tono solemne y compasivo de Jim solo sirvió para irritar más a Kristin.

—No estoy enfadada. Simplemente no sé qué haces aquí. Y tampoco sé por qué ya nadie llama antes de presentarse en mi casa.

—De acuerdo, Krissie... er, Kristin. Mi esposa ha tenido que ir a Chicago por un asunto de trabajo. He venido porque últimamente he pensado mucho en ti y quería verte.

—Y has traído a Kimberly porque sabías que no te cerraría la puerta en las narices si estaba contigo.

—La he traído porque sé lo bien que os llevabais cuando estabais

juntas. He pensado que tal vez querrías verla.

Kristin perdió el respeto que sentía por Jim cuando este le mintió y la dejó de forma tan brusca, pero creía que estaba por encima de utilizar a su hija de aquel modo.

—Por mucho que me guste volver a ver a Kimberly, no me parece buena idea que hayas venido aquí mientras tu esposa está fuera. Creo que no le gustaría saberlo.

Jim se aclaró la garganta.

—Bueno, el asunto es... Linda y yo hemos vuelto a separarnos. Las cosas no salieron bien. Yo me estaba aferrando a algo que debió terminar hace mucho, pero solo acabo de empezar a darme cuenta de ello.

Kristin se cruzó de brazos.

—Siento oír eso.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad?

—Jim...

Él alzó ambas manos para interrumpirla.

—Deja que acabe, cariño. Sé que te hice mucho daño el año pasado, que fui imperdonablemente cruel contigo. Pero espero que puedas perdonarme y que podamos empezar de nuevo.

Kristin negó enfáticamente con la cabeza.

—Me temo que eso no es posible.

—No digas eso, querida —Jim tomó a Kristin de las manos sin darle tiempo a retirarlas—. Lo que teníamos juntos era estupendo. Estabas loca por Kimberly... y creía que también por mí. Formábamos una gran pareja hasta que lo estropeé todo. Ahora sé hasta qué punto metí la pata. Nunca volveré a cometer el mismo error. Ahora sé que es a ti a la que quiero, no a Linda.

—No, Jim. Esto no...

—Eres una mujer muy especial, Kristin. Eres tan gentil, tan tranquila y amorosa. Tan dulce. Linda no es feliz a menos que su vida sea un torbellino. Es temperamental, tempestuosa y totalmente

imprevisible. No quiero vivir así más. Puede que me esté haciendo mayor para eso. Lo que quiero es la relación tranquila y sin sobresaltos que teníamos tú y yo.

Las palabras de Jim hicieron que Kristin se sintiera como su par favorito de viejas zapatillas, y eso la irritó. Sin duda alguna, aquello era lo menos halagador que le habían dicho en su vida, aunque, probablemente, Jim se sorprendería si le hiciera saber lo insultantes que le habían parecido sus palabras.

—Creo que será mejor que te vayas, Jim.

—Sigues enfadada. Te hice mucho daño. Me va a llevar tiempo hacer las paces contigo, ¿verdad? —Jim asintió sabiamente—. Me lo merezco. Si quieres que te corteje, lo haré. ¿Por qué no empezamos por cenar esta noche en tu restaurante italiano favorito? Se llamaba Vincenzo, ¿no?

—Hace meses que Vincenzo cerró, y no quiero que me cortejes, Jim. Lo único que quiero es que te...

—Ya he terminado las galletas —anunció una vocecita desde la puerta—. ¿Podemos dar ahora un paseo hasta el lago?

Kristin se mordió el labio. No le habría costado nada echar a Jim de su casa, pero no podía hacerlo delante la niña.

—Um...

—Claro que sí, Kimmie —dijo Jim en tono jovial, prácticamente retando a Kristin a que se opusiera—. Vamos paseando hasta el lago... como solíamos hacer.

Feliz, Kimberly tomó a Kristin de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

—¿Veremos algún ciervo? ¿Y aún tienes ardillas? ¿Puedo tirar piedras al agua y buscar pececitos?

Ya que no podía hacer nada por evitarlo, Kristin se dejó llevar. Pero dedicó una mirada a Jim con la que le dejó bien claro que no estaba nada contenta con él. Él le devolvió otra de una inocencia tan falsa que Kristin sintió la tentación de empujarlo al lago en cuanto

llegaran. Eso le enseñaría que podía ser tan temperamental e imprevisible como cualquier mujer.

Entonces Kimberly empezó a cantar y Kristin supo que no sería capaz de hacerlo. Al menos, no delante de la niña.

Perry entró en la calle de Kristin con una gran sensación de alivio por haber logrado llegar hasta allí sin atraer la atención. Habían pasado muchas cosas desde la última vez que habían hablado, y quería pasar con ella los días que tenía libres.

Al ver un coche azul aparcado junto al de Kristin ante su puerta se preguntó quién habría ido a visitarla. Tal vez debería volver más tarde, cuando estuviera sola. Pero no. Estaba demasiado impaciente por verla. No le importaría conocer a algunos de sus amigos.

Llamó al timbre pero no hubo respuesta. ¿Dónde estaría?

Tal vez debería haberla llamado por teléfono antes en aquella ocasión.

Siguiendo un impulso, probó a abrir la puerta. No estaba cerrada. Asomó la cabeza al interior y vio que el cuarto de estar estaba vacío.

— ¿Kristin? ¿Hola?

No hubo respuesta.

Perry dudó un momento antes de entrar y volver a llamarla en alto. Miró en el despacho y en su dormitorio. Ambos estaban vacíos.

— ¿Kristin? Soy Perry. ¿Estás en casa?

Tampoco hubo respuesta. Miró en la cocina y de pronto se le ocurrió dónde podía estar. Abrió la puerta que daba al jardín trasero.

— ¿Kristin?

No había nadie a la vista, pero Perry oyó el tono agudo de la voz de una niña procedente del lago. La voz parecía estar acercándose. Sonrió y se apoyó contra la barandilla a esperarlos, anticipando el momento de volver a ver a Kristin.

Pero cuando la vio, la sonrisa se heló en sus labios y enseguida desapareció.

Una enérgica niña caminaba junto a Krístin, tomada de su mano. Un hombre sostenía la otra mano de la niña mientras sonreía a Kristin.

Perry los reconoció de inmediato como el ex novio de Kristin y su hija, los de las fotos en el parque de atracciones. El miserable que se había deshecho de ella para volver con su esposa. El tipejo que le había hecho tanto daño que él no había logrado todavía ganarse su confianza.

Metió las manos en los bolsillos para reprimir el impulso de borrar la sonrisa de aquel tipo de un puñetazo.

Kristin miró en ese momento hacia la casa. Cuando su mirada se encontró con la de Perry, abrió los ojos de par en par.

Él asintió lentamente.

La niña lo vio un momento después.

—Hay alguien en tu jardín, Kristin —dijo.

Perry tuvo la satisfacción de ver que la sonrisa del hombre se esfumaba al instante.

—¿Quién es ese? —preguntó Jim, con el ceño fruncido.

—Ese es mi... mi amigo Perry Goodman.

—¿Tu amigo? —Perry bajó las escaleras del porche trasero y alargó una mano hacia Kristin—. Yo diría que mucho más que eso.

Kristin dudó antes de responder. Solo fue un momento, pero a Perry le pareció una eternidad en la que todo su futuro pareció estar en juego. Entonces, con un destello de algo parecido a la temeridad en su mirada, Kristin aceptó su mano.

—Tienes razón, por supuesto. Soy tu dueña. A fin de cuentas, pagué diez mil dólares por ti.

Perry rio, aliviado, y pasó un brazo por encima de sus hombros para atraerla hacia sí.

—Es cierto. Y fue una ganga que solo aparece una vez en la vida. No se admiten devoluciones.

—¿De qué diablos estáis hablando? —preguntó Jim, claramente

molesto.

— ¿Este es tu novio, Kristin?

— Sí — contestó Perry, ignorando al hombre y sonriendo a la niña —. Soy su novio. ¿Y tú quién eres?

— Soy su amiga. Me llamo Kimberly Hooper. Este es mi papá, Jim Hooper. También es amigo de Kristin.

Perry miró a Jim y asintió brevemente. Ninguno de los dos extendió la mano.

— Me alegro de conocerlos.

— No nos habías dicho que tenías un nuevo novio — dijo la niña, sin mostrarse particularmente afectada por el descuido.

Pero su padre no se tomó la noticia tan bien.

— No, no nos lo habías dicho.

— No me habéis dado oportunidad de hacerlo — Kristin sonrió a Perry—. Me han sorprendido con su visita, y aún no hemos tenido tiempo de sentarnos a charlar.

— ¿No? En ese caso, podemos hacerlo ahora. Siempre me gusta conocer a tus amigos. ¿Quieres que prepare una cafetera mientras vais al cuarto de estar? Ya sé dónde está todo, por supuesto.

— Gracias, pero no será necesario — Jim Hooper miró su reloj—. Kimberly y yo tenemos que irnos.

— Qué lástima — Perry se aseguró de que la sonrisa que dedicó a Hooper manifestara exactamente lo contrario.

Jim lo ignoró y habló mirando exclusivamente a Kristin.

— Aún quiero hablar contigo, Kristin. ¿Cuándo estarás libre para que nos veamos?

— Me temo que voy a estar muy ocupada durante una temporada — contestó ella con firmeza, en el mismo tono que habría utilizado para librarse de un vendedor pesado—. ¿Verdad, Perry?

Perry le dedicó una sonrisa cálida e íntima.

— Sí, tenemos muchos planes.

Al parecer, Jim sabía cuándo reconocer una derrota.

—Nos vamos. Despidete de Kristin, Kimberly.

Perry observó la tierna despedida.

—¿Podemos volver a visitarte, Kristin? —preguntó la niña, esperanzada.

—Siempre serás bienvenida en mi casa, corazón —replicó Kristin, pero el matiz de tristeza que Perry percibió en su voz le hizo saber que no esperaba volver a ver a la niña.

—Adiós, Kristin —dijo Jim, secamente—. Espero que seas feliz.

—Yo me aseguraré de ello —replicó Perry. El otro hombre asintió, resignado. —Vámonos, Kimberly.

La niña tomó la mano de su padre y se volvió para despedirse con la otra mientras se alejaban.

—Adiós, Kristin. Adiós, señor... er, novio de Kristin.

Perry rio. Sin duda, era una niña encantadora. No era de extrañar que Kristin se hubiera encariñado con ella.

En cuanto el coche se alejó, se volvió hacia Kristin y vio que se estaba frotando una lágrima de la mejilla.

—¿Estás triste por Kimberly, o por su padre? —preguntó, con una falta de tacto totalmente atípica en él.

—Por Kimberly, desde luego —contestó Kristin sin la más mínima duda—. Verla de nuevo me ha hecho recordar cuánto la he echado de menos.

—¿Y qué te ha hecho recordar verlo a él?

Kristin alzó una ceja en respuesta al tono celoso de Perry.

—Me ha hecho recordar cuánto me alegro de que volviera con su ex mujer.

Por primera vez desde que había llegado, Perry sonrió con naturalidad. Una vez más se sentía lleno de esperanza y determinación.

—Eso es lo que esperaba que dijeras —dijo, y rodeó de nuevo a Kristin con un brazo para atraerla hacia sí.

Pero ella se apartó antes de que Perry pudiera besarla.

—¡No soy una mujer aburrida! —dijo, mirándolo fieramente.

—Nunca he dicho que lo fueras. De hecho...

—Sé cómo divertirme. Puedo ser espontánea.

—De acuerdo... —dijo Perry con cautela, preguntándose a qué vendría aquello.

—Solo porque trabajo duro en mi profesión y no me voy de pronto a Australia con un atractivo piloto y no disfruto viviendo en un torbellino constante, la gente piensa que soy aburrida y poco aventurera. ¿Es así como me ves, Perry? ¿Es tu vida en Washington tan estresante y agitada que vienes aquí para descansar en mi aburrida y tranquila presencia?

Perry se quedó fascinado con la diatriba de Kristin. El brillo de desafío que captó en su mirada lo excitó.

—¿Por qué parte del libro vas? —preguntó con brusquedad.

Aún furiosa, Kristin respondió distraídamente.

—Ya lo he acabado. Solo me falta leer las pruebas.

Perry se alegró mucho de oír aquello.

—En ese caso, ve a hacer tu equipaje.

Aquello captó la atención de Kristin.

—¿Equipaje? ¿Para qué?

Perry sonrió.

—Estás a punto de ser espontánea y aventurera. Prepara un equipaje informal y cómodo... y no olvides tu bikini.

—No tengo bikini —replicó Kristin.

—Improvisa —sugirió Perry.

—Pero... ¿y tú trabajo? ¿Y la crisis en California?

—Ya me he cuidado de ello. Te lo contaré todo más tarde —después de averiguar por sí mismo hasta que punto había llegado a confiar en él Kristin, se prometió Perry en silencio.

—Pero no puedo irme así como así. Tengo tantas cosas que hacer. Tanto que...

—Si lo prefieres —interrumpió Perry—, podemos quedarnos

aquí a ver la tele. Así pasaremos un fin de semana realmente tranquilo.

Kristin alzó la barbilla con expresión decidida.

—Voy a hacer el equipaje.

Él asintió, satisfecho.

—Tienes media hora.

—No puedo creer que esté en Hawaii. Perry rio.

—Debe ser la décima vez que dices eso.

—No puedo evitarlo —estaban sentados bajo una sombrilla, a pocos metros de la orilla del mar, disfrutando de la agradable brisa marina—. Ayer estaba en mi casa, en Carolina del Norte, y hoy me he despertado en Maui. Esto no es nada típico en mí. No tenía programado este viaje en mi calendario. No había hecho ninguna lista. No le he dicho a nadie a dónde iba. Venir aquí ha sido un acto totalmente espontáneo.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó Perry.

—Maravillosamente —contestó ella con sencillez.

Él sonrió.

—Me alegra oír eso —dijo, con el cuerpo aún pesado y saciado después de haber hecho el amor toda la noche—. Yo también me siento muy bien.

—Este lugar es increíble. La vista te deja sin aliento. No puedo creer que hayas podido arreglarlo todo con tan poca antelación.

—Tengo algunos amigos ocupando cargos muy importantes.

Kristin miró a Perry especulativamente.

—Deben ser muy buenos amigos.

—Digamos que he solicitado la devolución de algunos favores.

—Nunca había estado en Maui.

—Sí, eso ya lo has mencionado.

Las mejillas de Kristin se tiñeron de rubor.

—Debo parecerte muy poco sofisticada. Cualquiera pensaría que nunca he salido de las colinas de Carolina. Lo cierto es que he viajado

un poco, pero no así. Siempre suelo tener un motivo para viajar, como asistir a una conferencia, o a la presentación de algún libro... Pero salir de pronto siguiendo tan solo un impulso repentino... eso es más bien típico de mi madre.

—Y nunca has creído que pudieras ser como tu impulsiva y lanzada madre —fue un disparo en la oscuridad, pero debió alcanzar la diana, pensó Perry al ver que Kristin abrió mucho los ojos y asentía.

—Mamá siempre suele decir que soy como mi padre. Él era un ingeniero muy metódico y práctico. Ella es todo lo contrario, pero se adoraban. Mamá ayudó a mi padre a relajarse, y él se ocupó de cuidarla.

—Y tú te hiciste cargo de esa responsabilidad cuando él murió, ¿no?

—No, no exactamente —contestó Kristin, con la mirada fija en el horizonte—. Siempre he tenido que cuidar de mí misma —volvió la vista hacia Perry—. Quiero mucho a mi madre, y no quiero que creas que no ha sido estupenda conmigo. Pero siempre ha sido un poco... diferente.

—Por lo que he podido ver, Sophie me parece una auténtica joya —aseguró Perry—. Aunque supongo que en más de una ocasión te habrás sentido eclipsada por ella, estoy seguro de que en conjunto te sientes muy afortunada por tenerla como madre.

—Exacto —asintió Kristin, satisfecha al comprobar que Perry la entendía.

—Y no eres tan distinta a ella —añadió él—. Me he fijado en varias cualidades que has heredado de tu madre.

—¿En serio?

—Por supuesto. La creatividad que se revela en tu escritura, el coraje que hace falta para sacar a la luz tu trabajo y arriesgarte a ser criticada y rechazada, el espíritu de diversión que te impulsó a pujar por mí en la subasta de solteros... Y además, estás aquí conmigo

ahora.

Kristin sonrió.

—Sí. Lo estoy.

Satisfecho de haber podido expresar lo que quería, Perry señaló el agua.

—¿Te apetece nadar un poco?

—Puede que dentro de un rato. Ahora mismo me gustaría seguir aquí sentada absorbiendo toda esta belleza.

Perry se levantó.

—En ese caso, voy a por zumo y fruta fresca.

—Me parece una idea estupenda. ¿Necesitas ayuda?

—No. Tú quédate aquí absorbiendo belleza. No necesito clases de cocina para preparar un zumo.

Kristin no protestó, y Perry se alegró de verla tan relajada y satisfecha.

Tardó menos de veinte minutos en volver, pero, cuando lo hizo, encontró a Kristin escribiendo a toda velocidad en su cuaderno. Estuvo a punto de gemir de consternación. ¿Estaban sentados en medio del paraíso y lo único que se le ocurría era ponerse a buscar las palabras adecuadas para describirlo?

—Um... ¿Kristin? Aquí está la fruta.

—Gracias —dijo ella, sin apartar la mirada del cuaderno—. Enseguida tomo algo. Solo quiero terminar este pensamiento...

Se había ido, pensó Perry, resignado. Podría desnudarse y ponerse a bailar el hula hula ante ella y su única reacción sería escribir aún más deprisa mientras tomaba notas sobre su extraño comportamiento. Había entrado en la «fiebre del escritor»... y él estaba aprendiendo a vivir con ello. Solo lamentaba no haber podido hablar un poco más antes.

Aún no sabía si Kristin confiaba en él lo suficiente como para permitirse amarlo.

Ya que parecía tener algo de tiempo libre, se encaminó hacia el

dormitorio con la intención de hacer algunas llamadas para asegurarse de que todo marchaba como esperaba en California. Pero algo le había pasado últimamente. Había descubierto que no estaba interesado en trabajar todo el rato, algo que habría dejado boquiabiertos a más de uno de sus conocidos. Sus prioridades parecían haber cambiado. Aún le importaba su profesión, por supuesto, pero también empezaban a importarle otras cosas.

Un montón de hojas impresas sobre el escritorio de la habitación llamaron su atención. Kristin había llevado consigo el manuscrito del libro que acababa de terminar. Ya era hora de que se familiarizara con su escritura, pensó Perry, y tomó el montón de hojas con intención de ponerse a leerlas de inmediato. Tal vez aprendería algo sobre Kristin en el proceso.

Capítulo doce

Kristin dejó su cuaderno a un lado y se estiró. Sus músculos protestaron por el movimiento, lo que significaba que había pasado demasiado rato en la misma postura. Solía hacer eso cuando se dejaba llevar por alguna idea interesante. Algo en el aire Hawaiano debía haber puesto en marcha sus jugos creativos. Algo...

De pronto dio un grito ahogado y se irguió en la tumbona. Hawaii. Aún estaba sentada bajo la sombrilla, y la vista seguía siendo tan maravillosa como antes. Pero el hombre que la había llevado a aquel increíble lugar había desaparecido. Se había dejado llevar por la fantasía y lo había ignorado por completo.

Tendría suerte si no había tomado un avión de regreso a California mientras ella seguía allí sola, escribiendo. Lo que significaba que en realidad no se parecía nada a su querida madre. Sophie no habría pasado dos horas de unas vacaciones como aquellas escribiendo sobre un héroe imaginario... sobre todo si hubiera tenido a su lado un hombre tan atractivo y real como Perry.

Se levantó y fue al bungalow en su busca. Si le hubiera hecho algo parecido a Jim, este la habría estado esperando en silencio, dolido y decepcionado por su grosera forma de ignorarlo. Se preparó para un recibimiento parecido por parte de Perry.

Lo encontró en el dormitorio, tumbado boca abajo sobre la cama, apoyado sobre los codos y leyendo el manuscrito de su novela.

—¿Perry? —preguntó, instantáneamente nerviosa.

Él no pareció oírla, de manera que Kristin repitió su nombre un poco más alto.

Perry volvió la mirada hacia ella y dejó a un lado la página que

estaba leyendo. Luego se levantó.

Sin saber de qué humor estaría, Kristin se aferró a las solapas de su albornoz mientras avanzaba hacia ella.

—Me he dejado llevar por mis notas y el tiempo ha pasado volando. Siento haber...

Perry la besó en la boca sin dejarle acabar la frase. El resto de la disculpa se perdió en un beso que estuvo a punto de producir un corto circuito en el cerebro de Kristin.

Cuando Perry se apartó un poco para tomar aire, ella tuvo que sujetarse a él para no caer al suelo.

—¿Qué...?

—Me encanta tu libro.

—Oh. Bueno, yo...

Perry volvió a besarla.

—Ha sido maravilloso —murmuro contra sus labios—. Muy revelador.

Kristin no supo qué decir. ¿Qué habría encontrado Perry en la novela para reaccionar tan dramáticamente? ¿Qué le habría parecido tan revelador?

Estaba sonriendo como un tonto, cosa que encontró tan encantadora como desconcertante.

—Me faltan diez páginas para terminarlo. Aún no sé quién es el chantajista. ¿Por qué no me sacas de dudas y me lo dices?

En aquellos momentos, Kristin estaba teniendo dificultades para recordar cualquier cosa relacionada con el libro.

—Yo...

Perry frunció el ceño y agitó un dedo admonitorio ante ella.

—Vamos, no seas testaruda. Dime quién es el malo.

Kristin logró sonreír.

—Tendrás que averiguarlo por ti mismo.

—Vamos, Kristin. Dime quién es. No querrás que pierda más tiempo leyendo cuando tú y yo podríamos estar...

—¿Perder el tiempo? —aunque el corazón de Kristin estaba latiendo alocadamente, logró alzar una ceja con expresión irónica—. Disculpa, pero, ¿has dicho que leer mi libro es perder el tiempo?

—Claro que no. Pero la historia es tan fascinante que no puedo esperar a saber cómo acaba. Así que esperaba que te apiadaras de mí y..

—Olvidalo.

Un destello retador iluminó los ojos de Perry.

—Conozco varios métodos para hacerte hablar —murmuró, y la atrajo hacia sí.

Kristin logró mantener la barbilla alta y la voz firme.

—Hazme lo que quieras. Nunca lograrás que hable.

—Yo no apostaría por eso —Perry separó con una mano las solapas del albornoz de Kristin. Ella se estremeció cuando el aire acarició su piel.

El albornoz se deslizó de sus hombros y trató de sujetarlo, pero él se lo impidió.

—Dime quién es el malo —murmuró Perry mientras deslizaba las manos hacia arriba.

—No —la voz de Kristin no sonó tan firme como un momento atrás.

Perry abarcó sus senos en las manos y los alzó de manera que casi se derramaron por encima del escote del bañador. Luego inclinó la cabeza para besar su cálida carne.

—Dímelo.

Kristin contuvo el aliento.

—No.

Perry deslizó la lengua hasta alcanzar el borde de uno de sus pezones. Mientras acariciaba este, deslizó la mano izquierda hacia bajo, hasta introducirla entre sus muslos. La tela del bañador de Kristin se humedeció enseguida gracias a sus atenciones.

—¿Vas a decírmelo ahora? —preguntó en tono exigente mientras

la tumbaba sobre la cama.

Para entonces, Kristin había olvidado la pregunta.

—¿Decirte qué?

Perry se colocó sobre ella.

—Dime que me desees —murmuró contra sus labios.

—Te deseo.

—Que te alegras de haberme conocido.

—Me alegro mucho de haberte conocido —susurró Kristin mientras él dejaba un rastro de besos en su garganta.

—Eso era todo lo que quería saber —dijo Perry con voz ronca—.

De momento.

Ella no pudo evitar reír.

—Pensaba que querías preguntarme algo sobre mi libro.

El manuscrito se deslizó de la cama y cayó al suelo en una caótica cascada. A Kristin no le importó; las páginas estaban numeradas y siempre podía hacer otra copia. De momento, tenía cosas mucho más importantes en mente.

—Averiguaré el final por mí mismo —prometió Perry—. Más tarde.

—Mucho más tarde —asintió Kristin, y lo atrajo hacia sí.

Los tres días siguientes fueron el intervalo más excitante de la vida de Kristin. Estuvieron llenos de nuevas experiencias... y de copiosas notas para sus futuros libros. Hizo excursiones por la selva, buceó por lugares maravillosos, llenos de peces de miles de colores, navegó, disfrutó de exóticas comidas a la luz de la luna, se puso una falda de hierba y trató de bailar el hula hula, y montó a caballo en la playa. Y se enamoró aún más de Perry.

No habría podido crear un compañero más perfecto ni extrayéndolo de sus propias fantasías. Era considerado, cortés y encantador. Increíblemente paciente con sus ocasionales ataques de creatividad. Y el amante más estimulante, imaginativo y satisfactorio que podría haber imaginado.

—Nunca me he sentido tan audaz y aventurera —admitió mientras caminaban tomados de la mano por la playa—. Estos han sido los días más excitantes de mi vida. No quiero que acaben.

—Pues no dejes que acaben —contestó Perry de inmediato—. Haz que duren toda una vida. Cásate conmigo.

Kristin tropezó y estuvo a punto de caer de bruces sobre la arena. Perry fue a sujetarla, pero ella recuperó el equilibrio cuando se volvió a mirarlo. Debía estar bromeando, pensó, aturdida. Pero no estaba sonriendo, y el familiar brillo travieso faltaba de sus ojos.

—¿Has dicho...?

—Te he pedido que te cases conmigo —repitió Perry—. Si quieres ser realmente audaz, nos iremos de Hawaii como marido y mujer.

Kristin movió la cabeza y se preguntó si habría bebido demasiado durante la comida.

—No hablas en serio.

—¿Por qué no?

—Es demasiado pronto para pensar en dar un paso como ese. Apenas nos conocemos hace dos meses.

—¿Cuántos meses hacen falta para enamorarse?

—E... ¿enamorarse?

—Sí, enamorarse —repitió Perry con firmeza—. Debería sonarte la palabra, ya que tu trabajo te convierte en una especie de experta al respecto.

—Eso es ficción, fantasía. Pero tú estás hablando de la vida real, y yo estoy muy lejos de ser una experta en ese tema.

Perry tomó las manos de Kristin entre las suyas y las estrechó tranquilizadamente.

—Entonces aprenderemos juntos. Piensa en la gran aventura que será hacerlo.

—El matrimonio no es un deporte, Perry —replicó ella, secamente—. No es un juego. Es algo serio. Permanente —«y aterradorador», añadió para sí.

—Es todo eso, por supuesto, pero también es diversión, y satisfacción, y un reto estimulante. Tú y yo podemos hacer que sea todo lo que queramos.

Kristin se llevó las manos a la cabeza para presionarse las sienes mientras trataba de decidir si lo que sentía era consternación... o tentación.

—No hay motivo para seguir con esta conversación esta noche —dijo, decidiendo que lo mejor que podía hacer era no correr riesgos—. Es demasiado pronto para empezar a hablar de matrimonio.

—De acuerdo —dijo Perry en tono ecuánime—. Si te sientes más cómoda tomando un camino más cómodo y seguro, así lo haremos. Establece un ritmo, haz una lista, o lo que quieras, y ponme al tanto de los detalles. Elige una fecha para que te declare mi amor, otra para discutir un posible compromiso y...

—Te estás riendo de mí —protestó Kristin.

—No me estoy riendo de ti. Te estoy tomando un poco el pelo, pero nada más. De pronto te has vuelto de nuevo organizada y conservadora.

—Pero solo porque has empezado a hablar de algo que es muy importante para mí —replicó Kristin—. No puedo bromear sobre el matrimonio. No puedo tomármelo con tanta ligereza como unas vacaciones impulsivas.

Perry dejó de sonreír.

—Yo tampoco —aseguró—. No te he propuesto que nos casemos siguiendo un impulso repentino. He pensado en ello detenidamente.

—¿Cuándo?

—Desde el día que te conocí —contestó Perry con sencillez—. Desde que te vi sonreír y arrugar la nariz por primera vez. Desde la primera vez que te besé. Es algo en lo que llevo pensando semanas.

Kristin se quedó anonadada.

—No sabía...

—¿Pensabas que tengo por costumbre cancelar mis

compromisos y reorganizar todas mis citas para presentarme en la casa de alguna mujer? ¿Qué he estado saltando de avión en avión, alquilando coches y delegando responsabilidades porque esperaba recibir más lecciones de cocina?

—No tenía idea de que estuvieras pensando en el matrimonio.

—Claro que estaba pensando en el matrimonio. Tengo treinta y seis años, Kristin. Soy demasiado mayor para andarme con aventuras pasajeras. Estoy preparado para avanzar. Hace un año estuve comprometido, pero todo acabó porque no estábamos hechos el uno para el otro. Ahora sé lo que quiero. Te quiero a ti.

Kristin frunció el ceño. ¿Qué sucedía? ¿Acaso Perry se sentía preparado para el matrimonio y había decidido pragmáticamente que ella era una candidata adecuada? No estaba segura de que aquella posibilidad le gustara más que sus sospechas previas de que Perry le había hecho aquella proposición siguiendo un mero y momentáneo impulso romántico.

Él volvió a tomarla de las manos.

—No trates de decirme que no me amas, Kristin. Sé que me amas. Lo he leído en tu libro.

—¿Que has qué? —preguntó ella, anonadada.

Estaba segura de que en ningún lugar de su libro decía que Kristin Cole estaba enamorada de Perry Goodman. Al menos, eso esperaba. Tal y como le había funcionado la mente durante las pasadas semanas, era posible que sus dedos hubieran pulsado involuntariamente aquellas teclas.

—No me digas que el personaje de Nick O'Donnell no está basado en mí. Sé que es así.

—Bueno, él...

Perry asintió, satisfecho.

—Al principio del libro, tu heroína, Amy, piensa que Nick es un tipo engreído, mimado y superficial. Y eso es exactamente lo que pensaste de mí cuando me conociste... no lo niegues.

—No iba a hacerlo —replicó Kristin. Los latidos de su corazón eran tan fuertes que temió que Perry pudiera oírlos. Trató de hablar en tono despreocupado—. Pero sigo sin ver qué te ha hecho pensar que yo...

—Al final del libro, Amy mira más allá de la superficie. Se da cuenta de que puede confiar en él, porque Nick comprende los conceptos de lealtad y compromiso, porque siempre es fiel a su palabra y porque está dispuesto a sacrificarse por aquello en lo que realmente cree, aunque él sea el único en creerlo.

A Kristin le halagó el hecho de que Perry hubiera leído tan atentamente su libro, pero también le produjo ansiedad que se hubiera reconocido en el protagonista masculino. Había deducido por el libro que estaba enamorada de él... y tenía razón. Pero seguía sin saber lo que él sentía por ella.

—Yo... um...

—No me has preguntado por Leo. Ni siquiera una vez.

Kristin parpadeó, sintiendo que la cabeza empezaba a darle vueltas. ¿Qué tenía que ver el senador con aquello?

—Yo...

—Ha sido liberado de todos los cargos y acusaciones. ¿Lo sabías?

—No. No me había enterado.

Perry asintió.

—Lo suponía, porque hasta hoy no iba a saberse públicamente, y sé que no has visto las noticias.

—Pero... ¿qué pasó?

—Todo era un montaje para desprestigiarlo. Contratamos un investigador privado que lo ha demostrado. Sus colegas políticos ya están revoloteando de nuevo a su alrededor, diciendo que sabían desde el principio que era inocente —concluyó Perry en tono irónico.

Kristin estrechó con fuerza sus manos y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Perry no se había equivocado fiándose de su amigo. No sufriría las consecuencias de su lealtad.

—Me alegro tanto por ti... Sé cuánto significa esto para ti.

Perry se llevó una de las manos de Kristin a los labios y la besó.

—Tú creíste en mí, ¿verdad? Tenías tus dudas respecto a Leo, y es comprensible, ya que no lo conocías, pero creíste en mí.

—Sabía que creías sinceramente en su inocencia, si es a eso a lo que te refieres —susurró ella—. Cuando oí que algunas personas empezaban a sospechar también de ti, de tus principios... supe que estaban equivocados. No te conocían en absoluto.

—Me he dado cuenta de eso al leer tu libro. No estabas segura de mi candidato, pero sí de mí. Y me quieres.

Kristin no encontró motivos para negarlo por más tiempo. Perry lo había deducido solito.

—Sí —dijo, sencillamente.

—Yo también te amo —Perry la besó delicadamente en los labios—. Creo que te amé desde el principio.

Los ojos de Kristin se llenaron de lágrimas.

—Perry...

—Te quiero, Kristin. Di que te casarás conmigo.

Ella sintió que el miedo le atenazaba el pecho.

—Te quiero, Perry, pero... necesito un poco más de tiempo, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—Lo cierto es que no soy una persona precisamente espontánea —admitió Kristin con pesar—. Necesito tiempo para pensar sobre esto, para digerir las cosas que hemos dicho —necesitaba tiempo para decidir si creía realmente que el matrimonio entre un hombre público, mundano y casi perfecto y una escritora introvertida, que apenas sentía interés por la política y con una clara tendencia a caer en trances creativos, podría funcionar.

Aunque era evidente que Perry no quería ceder, acabó asintiendo.

—Tendrás todo el tiempo que necesites. Yo no voy a ir a ninguna

parte, pero...

—¿Sí?

Perry rozó con sus labios los de Kristin. —No me hagas esperar mucho.

La proposición de Perry supuso el final de las vacaciones. Tanto él como Kristin tenían que volver a ocuparse de sus cosas, y no podían retrasarlo por más tiempo. Abandonaron la isla sin volver a hablar sobre el matrimonio, pero tras hacer el amor espectacularmente la última noche.

Kristin logró no llorar mientras el avión despegaba.

Encontró media docena de cartas y varios mensajes telefónicos aguardándola en su casa. Los escuchó mientras Perry hacía algunas llamadas.

Cuando terminaron, se miraron con gravedad.

—Tengo que volver a Washington —dijo Perry.

—Y yo tengo que ponerme a trabajar. Ambos suspiraron.

Tras tomar café y unos sándwiches, Kristin acompañó a Perry a la puerta.

Él contempló su rostro un largo momento.

Luego alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Estás muy seria —dijo, con una débil sonrisa—. Lo estás desde que hablamos en la playa.

Kristin tragó saliva, asintió.

—Fue una conversación... seria.

—Sí —Perry deslizó el pulgar por su labio inferior—. Supongo que aún no tienes una respuesta.

—No. Necesito un poco más de tiempo.

—Todo el que necesites —aseguró Perry, y luego sonrió—. Pero date prisa.

Ella le devolvió la sonrisa sin decir nada.

—Te quiero, Kristin. Pero tengo que irme.

Kristin asintió con los ojos inundados de lágrimas.

—Lo sé —susurró.

—¿Pensarás en mi proposición?

—Sospecho que no voy a poder pensar en nada más —confesó ella. Perry sonrió.

—Bien.

Y entonces la besó hasta que Kristin apenas fue capaz de seguir pensando.

Perry estaba teniendo un día terrible. Hacía una tarde realmente calurosa en Washington, y el sistema de aire acondicionado de la oficina se había estropeado aquella mañana. Las llamadas al servicio de mantenimiento solo habían servido para obtener vagas promesas de que aparecerían «pronto», lo que podía significar cualquier cosa entre dos horas y dos semanas. Los reporteros no habían dejado de llamar todo el día para pedirle información sobre todo lo sucedido con Leo y para que les explicara lo que opinaba sobre los esfuerzos de la oposición para destruir su futuro político.

Perry no había hablado con Kristin hacía días. Cada vez que la había llamado, había saltado el contestador. Ella no le había devuelto los mensajes, de manera que no estaba más cerca de conocer su respuesta que el día que se despidieron. Si no hubiera estado tan cargado de responsabilidades, lo habría dejado todo para ir a verla.

La echaba de menos, pensó, desanimado, y se arremangó la camisa en un vano intento de pasar menos calor. Hacía casi dos semanas que habían estado en Hawaii, y la añoraba tanto que le dolía.

Si hubiera tenido alguna duda sobre el amor que sentía por ella, se habría desvanecido por completo durante los días pasados.

Elsbeth entró en su despacho con un montón de notas de mensajes en la mano.

—Tienes que contestar estos dos de inmediato —dijo, mientras dejaba dos de las notas sobre el escritorio—. Los demás pueden esperar.

Perry asintió y se pasó una mano por el pelo. Notó con desagrado el sudor que lo empapaba.

Elsbeth lo miró con expresión horrorizada.

—Perry.. mírate la mano.

Perry hizo lo que le decía y gimió. Por algún motivo, probablemente relacionado con el calor, su pluma había perdido tinta. Tenía la mano negra, también parte de la camisa... y, probablemente, la frente.

—Dime que no la tengo por toda la cara.

Elsbeth sonrió, compasiva.

—Será mejor que vayas a lavarte antes de hacer tus llamadas.

—¡Maldita sea! ¿Qué más puede ir mal hoy?

—Ni lo preguntes —rogó Elspeth, poniendo cara de susto—. No quiero ni pensar en lo que podría pasar.

—No creo que las cosas pudieran empeorar —dijo Perry, tratando de responder con su habitual humor. Mientras lo hacía, movió una mano para enfatizar sus palabras... y golpeó un montón de carpetas que se hallaban en una esquina del escritorio. Los papeles volaron por todas partes.

Elsbeth empezó a reír.

—En serio, Perry, ¿qué te pasa hoy? Nunca te he visto así. Estás hecho un desastre... en más de un aspecto.

—No me digas. Lo único que me faltaría sería que de pronto aparecieran unos cuantos reporteros con sus cámaras para mostrar mi humillación a todo el país.

Sin dejar de reír, Elspeth extendió los brazos.

—Los retendré aun a costa de arriesgar mi vida —prometió con burlona solemnidad.

—Um... disculpad.

Tanto Perry como Elspeth se quedaron petrificados al oír que alguien había hablado desde la puerta.

Elsbeth dejó caer los brazos y se volvió.

—¡Kristin! —dijo, claramente sorprendida—. Cuanto me alegro de volver a verte —añadió de inmediato.

Perry no supo si reír o llorar al ver que Kristin entraba en su despacho. Consciente de los papeles caídos, de su camisa arrugada y manchada, de su pelo húmedo y de su frente también manchada, se levantó y avanzó hacia ella.

—Hola, Kristin. Qué sorpresa tan agradable.

Kristin deslizó la mirada por el despacho antes de detenerla en los ojos de Perry.

—Quería ver el lugar en que trabajas —dijo—. No es exactamente lo que esperaba.

Perry y Elspeth rieron en respuesta a su tono irónico.

—Normalmente está mucho peor que hoy —dijo Elspeth, seriamente—. Hoy es un buen día. Y ahora, si me disculpáis, voy a meter un rato la cabeza en la nevera.

—Dile a Marcus que le veré luego, ¿de acuerdo? —dijo Perry, sin apartar la mirada de Kristin.

—Estoy segura de que lo entenderá —Elspeth sonrió y cerró la puerta del despacho tras salir.

Perry no podía dejar de mirar a Kristin. Le costaba creer que estuviera allí, ante él. Tenía un aspecto magnífico, y estaba preciosa con el vestido rojo sin mangas y las sandalias negras que llevaba. Se había sujetado el pelo en un moño alto, probablemente a causa del calor, y llevaba unos delicados pendientes de diamantes. Cuando lo miró con sus grandes ojos marrones, se sintió dolorosamente consciente de su desaliñado aspecto.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó Kristin en tono jocosamente burlón.

—Sí... hasta que has aparecido tú.

Ella caminó lentamente en torno a él.

—Y pensar que temía que tu magnífico aspecto me hubiera influido demasiado... —murmuró.

Incluso mientras reía, Perry sintió que se ruborizaba.

—De acuerdo, sé que estoy hecho un asco. El aire acondicionado se ha roto y mi pluma ha explotado.

Kristin se detuvo ante él y sonrió.

—No importa —le aseguró—. Sigues estando más guapo de lo que ningún hombre tendría derecho a estar.

Él rio.

—Gracias... creo.

Ella dejó de sonreír.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti —contestó Perry de inmediato—. Al no obtener respuesta a mis mensajes, temí que...

—Tenía mucho que pensar —interrumpió Kristin—. Necesitaba tiempo y un espacio en que hacerlo.

Perry sintió que los nervios le atenazaban el estómago.

—Y... ¿qué has pensado?

—He pensado que la política sigue sin enloquecerme. Aunque admito que el proceso político es más importante de lo que pensaba, y que me has convencido de que hay algunos políticos realmente decentes, aún siguen sin gustarme las intrigas y maquinaciones implicadas incluso en las campañas más bien intencionadas.

Perry asintió.

—Lo comprendo. Y aunque probablemente seguiré mucho tiempo en las campañas que considere que merecen la pena, me he planteado seriamente aceptar uno de los puestos de profesor que me han ofrecido varias universidades. Enseñaría una materia que me gusta y significaría muchos menos viajes y ajetreo.

Kristin asintió pensativamente.

—Me gusta cómo suena eso... mientras sea algo que realmente quieras hacer.

—Creo que sí —Perry avanzó un paso, pero ella alzó una mano para que se detuviera.

—Eso no es todo en lo que he estado pensando.

—¿En qué más has estado pensando?

—No es fácil convivir conmigo, Perry. A pesar de que me gustaría que las cosas fueran de otro modo, lo cierto es que no soy una persona realmente espontánea. Me gusta hacer listas. Me gusta comprobar las cosas mientras las hago. Me gusta planear con antelación, pero a veces mis planes se van al traste si me distraigo con la escritura y pierdo el sentido del tiempo. A veces me paso días sin salir de casa. La gente me habla y ni siquiera los oigo. Sé que eso molesta a algunas personas... incluso a las que me aman.

—Pero no a las que te comprenden de verdad —contestó Perry con delicadeza, sabiendo que Kristin se refería a antiguos amantes que no la comprendieron—. He leído tus libros, Kristin. Todos. Son muy buenos. Y es imposible conseguir eso sin mucho trabajo y concentración. Tratar de interferir en eso sería como tratar de cambiarte. ¿Y por qué iba a querer cambiarte alguien que te ama?

—Tengo algunos problemas con la confianza —continuó ella—. Y con la auto confianza.

Perry volvió a asentir.

—Yo también tengo mis problemas. Pero no creo que haya nada que no podamos superar si nos esforzamos juntos. Yo estoy deseando hacerlo.

—Yo también —susurró Kristin—. Te quiero, Perry. Y quiero casarme contigo... si la oferta sigue en pie.

—La oferta seguirá en pie el resto de mi vida —dijo él son sencillez, sintiendo que su corazón y sus esperanzas remontaban el vuelo—. Te quiero más de lo que nunca he querido a nadie. Te he pertenecido en cuerpo y alma desde que me compraste... y siempre será así.

—Sin posibilidad de devolución —dijo Kristin, con los ojos brillantes.

—Exacto —asintió Perry—. Te quiero, Kristin. Cásate conmigo.

—Sí —dijo ella, y se arrojó a sus brazos—. Sí.

Se besaron hasta que ambos estuvieron a punto de morir por falta de oxígeno. Y entonces volvieron a besarse.

Mucho después, Perry se apartó con desgana y miró a Kristin. Y no pudo evitar romper a reír. Ella alzó una ceja.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó, sin aliento.

Una generosa mancha de tinta cubría su mejilla, así como parte de la cintura y la cadera de su vestido, anteriormente rojo. El pintalabios casi había desaparecido por completo a causa de los besos y tenía el rostro ruborizado. Perry pensó que estaba absolutamente preciosa, y se enamoró de ella una vez más.

—Cásate conmigo —exigió, impaciente por empezar a compartir su vida con ella. Kristin asintió.

—Trataré de hacer listas muy cortas —prometió.

Perry rio y volvió a estrecharla entre sus brazos, sin importarle ya en lo más mínimo el aspecto con que hieran a abandonar el despacho.

—Me parece muy bien —murmuró, y volvió a cubrir los labios de Kristin con los suyos.

Epílogo

Se casaron en otoño, en la pequeña iglesia de Cutter Point en que Kristin fue bautizada de niña. La boda fue seguida de una pequeña recepción en el cercano club de campo. Habían preferido que fuera una ceremonia íntima y la lista de invitados se limitaba a la familia y a algunos amigos cercanos.

Pasarían la luna de miel en el Caribe. Perry estaba deseando irse. En cuanto la cortesía lo permitió, tocó el brazo de Kristin.

—¿Estás lista? —preguntó, conteniendo apenas su impaciencia.

Ella sonrió.

—Sí, estoy lista.

Sophie se acercó a ellos. Se sentía en su salsa como centro de atención en la recepción de la boda de su hija.

—Queridos —dijo, incluyendo a ambos en un cálido abrazo—. Me siento tan feliz por vosotros... —tras dar un sonoro beso a cada uno, añadió, sonriente—: Y ya va siendo hora de que empecéis vuestra luna de miel.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Perry, que pasó de inmediato un brazo por la cintura de Kristin y la escoltó hacia la puerta entre las cálidas despedidas de los demás invitados. La dama de honor de Kristin aguardaba a la salida con el bolso de esta. Kristin le dio las gracias y lo colocó cuidadosamente bajo su brazo.

Perry frunció el ceño.

—Un momento —dijo.

Kristin lo miró con expresión interrogante.

—¿Has olvidado algo?

Perry sonrió, tomó el bolso de debajo del brazo de su esposa, lo

abrió y sacó el cuaderno que había dentro. Luego se volvió hacia Sophie.

—Guarda esto un par de semanas, ¿de acuerdo? —dijo, seriamente—. Hay ciertas cosas de nuestra luna de miel que no me gustaría ver impresas en alguna novela romántica más adelante.

Sophie rio, encantada.

—No hay duda de que mi hija ha sabido elegir —dijo, y guardó el cuaderno en su bolso.

Kristin estaba sonriendo cuando Perry se volvió hacia ella.

—Pronto averiguarás que tengo muy buena memoria —advirtió.

Él enlazó su brazo con el de ella.

—Tendré que aprender a vivir con ello.

Unidos codo con codo, salieron por la puerta dispuestos a ser felices para siempre.

Fin